



Nancy Huston
Labios de piedra

Traducción del francés de Antonio Soler

LABIOS DE PIEDRA

NANCY HUSTON

NANCY HUSTON

Labios de piedra

Traducción de
Antonio Soler

Galaxia Gutenberg



© Guy Oberson

NANCY HUSTON

Dedica su obra al análisis de la condición femenina y al desarraigo. Nacida en Calgary (Canadá) en 1953, su lengua materna es el inglés pero escribe sus libros en francés. Ha publicado numerosos libros de ensayo, novelas y obras de teatro, entre los cuales destacan, traducidos al español, *Instrumentos de las tinieblas* (1998), *Marcas de nacimiento* (Premio Femina 2006, en español 2008) y *La huella del ángel* (2009). Galaxia Gutenberg ha publicado sus ensayos *Reflejos en el ojo de un hombre* (2013), *La especie fabuladora* (2017) y *Vosotras bellas, vosotros fuertes* (2018).

En *Labios de piedra*, Nancy Huston traza la biografía de Saloth Sar, uno de los mayores genocidas del siglo XX bajo el pseudónimo de Pol Pot, y la contrapone a su propia historia de joven rebelde, a través de Dorrit, su alter ego. Nacida en Canadá, su rechazo a una vida programada la lleva a labrarse su propia formación intelectual y humana. Su búsqueda la llevará al mismo París efervescente y radical que años antes había pisado Saloth Sar.

Emigrado a París desde Camboya, un país machacado por sucesos históricos que lo sobrepasaban (colonialismo, Guerra Fría, guerra de Vietnam, Revolución China), Saloth Sar transformará su marxismo teórico en hechos y, ya como Pol Pot, sumirá a su país en un horror sin precedentes. El régimen que instauró causará millones de víctimas. Seres borrados.

Pol Pot se salvó. Volvió a la guerrilla para combatir veinte años más. En 1997 mandará asesinar a nueve miembros de su familia y a Son Sen, su antiguo ministro de Defensa y amigo de cuatro décadas. A la hora de hacer balance, piensa que no tiene gran cosa que reprocharse porque sus intenciones eran buenas. Siempre obró por el bien de su país. «Míreme —le dirá sonriendo a un periodista que fue a entrevistarlo unos meses antes de morir—. ¿Acaso parezco un hombre violento?»

Dorrit, pequeña revolucionaria de salón, se casará pronto y tendrá hijos e incluso nietos. Contra cualquier pronóstico, terminará por disfrutar con la comida y dando de comer, riéndose a carcajadas y relajándose en largas veladas con amigos. Aunque, año tras año, seguirá torturándose y matándose dentro de sus libros... y sonriendo, fuera de ellos, como si no hubiera pasado nada.

Título de la edición original: *Lèvres de Pierre*
Traducción del francés: Antonio Soler Marcos

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© Nancy Huston, 2018
© de la traducción: Antonio Soler, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de portada:
Immigrante (A, 17 años), Guy Oberson.
Óleo sobre lienzo, 30 × 40 cm, 2014
© Guy Oberson, 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17971-21-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Eva y Pierre

Habría que observar con más detenimiento los minerales, los guijarros, la lava petrificada, los fósiles, la roca —nos dicen quiénes somos. Uno se atrinchera en esa mineralidad cuando pierde el amor.

ANNE DUFOURMANTELLE

Lo que aprendió de nosotros, Nessim, es que había que estar en guerra contra lo más íntimo de uno mismo.

OLIVIER ROLIN

LA GRAN DIFERENCIA

Camboya. No he ido más que una vez, a principios de 2008. Allí escribí un diario...

«13 de enero, villa Loti, Siem Reap, 5.30 h, sentada delante de nuestro bungalow envuelta en una oscuridad húmeda y calurosa, eco de música —tambores, un hombre cantando—, alboroto de gallos, el zumbido del aire acondicionado, algunos mosquitos, el aire inmóvil...»

En general, cuando voy a descubrir un país muy lejano lo hago acompañada de sus novelistas. Pero (por razones que entonces yo aún no comprendía) no existe la novela camboyana.

Aunque viajaba en pareja, viví aquel periplo sumergida en un extraño silencio y una extraña soledad. Estaba al acecho, hiperatenta a las huellas del genocidio de los jemeres rojos. El segundo día después de mi llegada compré en una librería de ocasión de la ciudad vieja de Siem Reap el libro del fotógrafo irlandés Nic Dunlop *The Lost Executioner (Tras las huellas del Verdugo)* y empecé a leerlo de forma obsesiva. El día siguiente hice fotos a un grupo de músicos que tocaban en una estrecha callejuela, sentados en el suelo. Alineadas, unas junto a otras, sus piernas de madera esperaban que los músicos las volvieran a coger después del concierto. Todos aquellos hombres habían sido heridos por minas antipersonas, todos habían sido amputados, a excepción del que tocaba la viola, cuyo arco dirigía el conjunto. Este músico era ciego. En Angkor, la joven de uniforme que comprobaba nuestros tiques en la entrada de los templos, nos dio unos folletos para el concierto de una orquesta de mutilados cuyos beneficios estaban destinados a los «niños del genocidio».

Un día tras otro mi marido se sorprendía: «¿Cómo un pueblo tan apacible y sonriente ha podido perpetrar contra sí mismo el peor genocidio de la historia de la humanidad?». Yo también estaba desconcertada por la cortesía y la dulzura exageradas de los jemeres. No sabía aún que mohines empalagosos y genocidio podían revelar la misma indiferencia, que la legendaria sonrisa de los jemeres (igual que la mía) era a menudo una máscara que sirve no para proyectar una imagen sino para proteger la intimidad de quien la lleva puesta.

Un día hicimos una excursión al quinto pino. Dos horas en un jeep con chófer a través de unas pistas de polvo rojo, pueblos miserables, chozas sobre pilotes, con los tejados de paja, vacas esqueléticas, búfalos... Al llegar a Banteay Srei y a Beng Mealea teníamos la sensación de haber llegado al culo del mundo. La vida en los arrozales era igual a la de aquí hace cinco, diez o quince siglos... con la diferencia de que esos campesinos contemporáneos eran más pobres.

Después de una semana, volvimos a coger un avión y, tras una escala en Bangkok, aterrizamos en Chiang Mai, en el norte de Tailandia. Nuestro amigo François Bizot nos esperaba allí, en una casa que al mismo tiempo era la sede de la Escuela Francesa de Extremo Oriente. Recuerdo la casa, de madera oscura, con una tapia blanca. Recuerdo la larga acera formando una curva suave en la puerta, lisa bajo nuestros pies desnudos, respunteada de farolillos. Recuerdo, por encima de nuestras cabezas, la luna en forma de tazón, como jamás puede vérsela en Europa. La terraza dominaba el río Ping. Pasábamos allí largas horas, después de la cena, paladeando whisky. Las conversaciones estaban acompañadas por lejanas músicas estridentes y por las carcajadas que llegaban de una discoteca de la otra orilla del río Ping.

En 1971, Bizot —entonces joven etnólogo especializado en budismo camboyano— había sido retenido, detenido, atado, encadenado e interrogado durante varios meses en un campo de reeducación de los jemeres rojos. El director del campo, primero guardián de Bizot y posteriormente su liberador, fue Kang Kek Ieu alias Douch, nombre que más tarde llegaría a ser célebre, y sinónimo de crueldad.

Mi marido y yo habíamos leído los libros de Bizot, *El portal*, y *Le Saut du varan*. Apreciábamos su pensamiento agudo y pesimista sobre el bien y el mal. Sabíamos que ese hombre estaba en una depresión perenne después de haber comprendido que tenía cosas en común con su verdugo, especialmente la banal capacidad humana de disociar fin y medios. Justo antes de nuestra llegada, Bizot había recibido un mensaje convocándolo ante el tribunal de Phnom Penh: tenía que testificar por primera vez ante el juez en la vista previa del proceso contra Douch y otros dirigentes de los jemeres rojos. De inmediato decidimos cambiar nuestros billetes de avión para acompañar a nuestro amigo en ese trance, y me sentí muy frustrada cuando vimos que ese cambio no era posible. A pesar de todo, esta súbita irrupción del pasado en el presente confirió un nuevo matiz a nuestras conversaciones en la terraza. Poco a poco, a medida que evocábamos juntos el régimen de Pol Pot o el marxismo dogmático que preconizaba la mayor parte de los intelectuales franceses en los años setenta, fragmentos de mi propio pasado empezaron a emitir señales dentro de mí. Y eso no es todo.

Una de las últimas veladas en la terraza, Bizot nos hizo un breve resumen sobre la prostitución tailandesa contemporánea. Tomé notas. Nos explicó que había tres casos muy específicos.

1.º El Burdel. Relaciones respetuosas, púdicas y en general muy dulces. El hombre entra, elige una mujer entre las seis o siete que le son ofrecidas, todas muy pudorosas, desvían la mirada... Una joven trabaja allí algunos meses, ahorra un poco y lo habitual es que vuelva a su pueblo y se case con su primer amor. Realmente, no es nada trágico.

2.º El Salón de masaje. Las mujeres están protegidas, la empresa lo administra todo (el tiempo, la tarifa...). Si el cliente quiere tener relaciones sexuales paga un suplemento y la mujer decide si acepta o no. Allí tampoco existe humillación ni violencia en las relaciones.

3.º El Bar. Paradójicamente, es lo peor. La joven empieza a beber y a fumar, trasnocha, los clientes están descontrolados, a menudo son perversos o violentos. La joven se hunde hasta las cejas en ese agujero. Destrozada, ya nunca podrá volver a su vida anterior.

Esa exposición me dejó atónita. No podía comprender que un individuo tan sensible como Bizot, hiciera unos análisis tan matizados (siendo además padre de dos niñas) y pudiese estar convencido de que una joven virgen puede salir indemne de cientos de coitos con desconocidos. Me vinieron a la mente, como flashes, recuerdos de un determinado «salón de masaje thai» en Manhattan. Puede ser que la semilla de este libro se plantara aquella noche en la penumbra húmeda de una terraza a la orilla del río Ping, en el norte de Tailandia, en enero de 2008.

A lo largo de los años que siguieron a aquel viaje al Sudeste Asiático no supe qué hacer con la sensación casi absurda, y sin embargo persistente, de que Camboya tenía algo que ver conmigo. Atravesando decenas de años y continentes la «Kampuchea Democrática» de los jemeres rojos insistía, me convocaba, me aseguraba que yo no era extraña a esa historia, y me exhortaba a aprehenderla a través de la escritura. Pero ¿de qué forma podía abordar un tema tan radicalmente exótico? ¿Qué tenía que decir, yo, blanca y burguesita, ciudadana de dos grandes potencias occidentales, sobre ese pequeño país tan violentamente extraño situado en la otra punta del mundo? ¿De qué modo podía apropiarme de él literariamente sin sentirme en una permanente

impostura?

Pasaron los años. El proceso a los jemeres rojos tuvo lugar en 2009, Bizot declaró en él. En 2011 publicó su gran ensayo *Le silence du bourreau*, y ese mismo año vi —otro intento de comprender sin complacencia la personalidad de Douch— la película del cineasta y escritor camboyano Rithy Panh *Le Maître des forges de l'enfer*. A partir de ahí me volví a sumergir en otras obras de Rithy Panh, en particular en *El papel no puede envolver la brasa* (2007), magníficos libro y película sobre las jóvenes prostituidas de Phnom Penh. Finalmente, en el verano de 2016 decidí tirarme a la piscina.

Tras decidir que no volvería físicamente a Camboya (porque el país se había transformado por completo en las cuatro décadas siguientes a la caída del régimen de los jemeres rojos, fundamentalmente tras la irrupción de la era digital), me dediqué no sólo a leer libros y ver películas sobre esa época, sino también a impregnarme de relatos camboyanos y epopeyas indias, a encender varitas de incienso, a hacer yoga, a escuchar cantos budistas y a entonar mantras. Resumiendo, a desplegar todas las artimañas de mi oficio, que consisten en trabajar tenazmente para intentar cogermelo de improviso.

Fue inútil: los individuos camboyanos seguían pareciéndome inaccesibles. No se puede forzar la creación de un personaje. La relación debe prender como prende el fuego. Si se actúa únicamente por medio de la voluntad, una misma no se lo creará y por tanto tampoco ningún lector se lo creará.

Después de largos meses de cambios de rumbo formales (¿novela?, ¿ensayo?, ¿relato?) y de corrimientos de tierra que muchas veces me dejaron a punto de renunciar —y también de modos distintos de resistencia (porque sé muy bien que un bloqueo que parece debido a aspectos formales del trabajo casi siempre es el reflejo del miedo a remover ciertos aspectos íntimos e inflamables que pueden explotarnos en la cara)—, retomé por enésima vez mi diario de 2008.

«14 de enero. Las sonrisas del rey Jayavarman en Bayon se asemejan a los surcos que hay en los balaustres de piedra, su cabeza está perfectamente integrada en las gruesas y sombrías columnas, en cada uno de sus lados. Nos mira desde arriba sonriendo, de frente y de perfil, Big Brother del siglo XII... Labios de piedra, labios de piedra, sonrisa radiante pero ausente, benevolente pero vacía: omnipresente, igual que las estatuas de Buda y todas las fotos de Pol Pot...»

Me estremecí súbitamente. Había dado con el único camboyano que podría ayudarme. Una idea loca y sin embargo la única posible. No el Pol Pot jefe de Estado, sino el niño, el adolescente y el joven que aún se llamaba Saloth Sar.

Se da la circunstancia de que yo también tengo un pseudónimo: Dorrit. Sólo que, al contrario que el dictador camboyano, yo sólo lo uso en mis textos autobiográficos.^[1] No parecía imposible, a pesar de las flagrantes diferencias, que nuestras trayectorias dieran luz la una a la otra.

Los novelescos puntos de encuentro entre Saloth Sar y Dorrit comienzan a aflorar.

—En la primera infancia: pesadillas, sentimiento de exclusión e incluso de ostracismo, intenso placer por la obediencia y por el orden.

—Numerosas mudanzas, frecuentes cambios de forma de vida e incluso de idioma.

—Gran inseguridad durante los primeros años de colegio. Sar se refugió en el fracaso escolar y Dorrit, en el éxito, pero ambos se sentían solos.

—Angustiados, pero buenos, aprendieron a sonreír en cualquier circunstancia: serán seductores, encantadores, seducidos. En la adolescencia se iniciaron al mismo tiempo en el

erotismo y en la política. (Único episodio del libro inventado: imaginé que Sar, al igual que Dorrit, vivió una gran historia de amor con uno de sus profesores.)

—Algo más tarde, su joven cuerpo es usado para dar placer a adultos del sexo opuesto. Perdidos interiormente, seguían sonriendo al exterior.

—En el curso de una gira teatral, ambos vivieron una experiencia decisiva, una sacudida violenta que los transformó para siempre.

—Algunos años más tarde se les concedió una beca para seguir sus estudios en Francia. En París, vivieron en el mismo barrio (cerca del Panteón), frecuentaron los mismos cafés y se divertieron en los mismos clubes de jazz.

—También en el barrio Latino descubrieron el marxismo, en esa época predicado de forma dogmática por la mayor parte de la intelectualidad francesa. Para ambos esas certezas políticas llegaron en el momento oportuno para sellar las fisuras de sus respectivas personalidades. Fueron a mítines en las mismas salas, se manifestaron por los mismos bulevares, a veces entonaron los mismos eslóganes y cantaron las mismas canciones.

—Aficionados a los paseos por los muelles del Sena, hacen importantes descubrimientos en los buquinistas.

—Después de algunos años en París, se entregan en cuerpo y alma a la defensa de una causa: para Saloth Sar será la liberación de Camboya, para Dorrit la de las mujeres. Esta pasión militante confiere a sus respectivas existencias un sentido nuevo, roborativo: bajo esa influencia escriben y publican sus primeros textos.

—Embriagados por la esperanza de una revolución, desde ese momento, con una sonrisa en la boca, están dispuestos a todo.

Pol Pot causó estragos durante los años setenta. Mientras, la vida de Dorrit atravesaba un periodo que hace tiempo bauticé como «entre virgen y esposa». Un periodo nuevo en la vida de las mujeres (porque hasta entonces ellas eran vírgenes desde el día de su nacimiento hasta el de su boda) y que para Dorrit duró casi exactamente una década, desde los quince hasta los veinticinco años. Poco a poco sus historias van a colisionar. Cuando en 1977 Dorrit empezó a oír hablar de las masacres cometidas por los jemereros rojos, estuvo a favor de ellas. A comienzos de 1979, el reinado del hombre noche y la historia de la *mad girl* acaban abruptamente. Para Dorrit a causa de su matrimonio y para Pol Pot por su derrota militar.

En definitiva, dos monstruos. Dos niños devorados primero por el miedo y después por la rabia. Dos bocas en las que permanentemente se dibuja una sonrisa equívoca. Cuatro labios de piedra.

Pero, por muchas y profundas semejanzas psicológicas que existan entre los dos protagonistas, estas quedan prácticamente anuladas por la brecha (histórica, cultural, religiosa, política) que separa los mundos de los que proceden.

Pequeña revolucionaria de salón, de ese tipo que tanto abundaba en la Francia de la época, Dorrit padecía un egocentrismo típicamente occidental. Su historia seguirá una trayectoria romántica y novelesca. Y el desenlace, aunque pueda parecer «dramático» según la perspectiva de una vida común, resultó insignificante dentro de la historia del mundo.

Emigrante de un país machacado por sucesos históricos que lo sobrepasaban (colonialismo, Guerra Fría, guerra de Vietnam, Revolución China), Saloth Sar transformará su marxismo teórico en hechos y sumirá a Camboya en un horror sin precedentes. El régimen que instauró causará un millón de víctimas. Seres borrados.

Nuestras naturalezas son diferentes. Hay muchas naturalezas diferentes sobre la Tierra. Las páginas que siguen quieren poner de manifiesto esa gran disparidad. Con la esperanza, tal vez, de reducirla.

Con el fin de introducirme del mejor modo posible en el interior del dictador camboyano, de comprender los momentos de debilidad, edificantes y deplorables de este hombre que me resultaba tremendamente extraño, elegí tutearlo. *Al contrario*, para hablar de la joven canadiense desarraigada que me es demasiado familiar, opté por la preciosa distancia literaria que supone la tercera persona.

I

HOMBRE NOCHE

1

PREK SBAUV, 1934

Despertarse así, pequeño Sar.

Despertarse así todavía con esto, con esto alrededor del cuello, despertarse todavía así con esto alrededor del cuello, no son dedos sino tripas, horror, el monstruo está formado sólo por una cabeza y por tripas y su risa es un grito penetrante, luchas por liberarte pero las tripas te tienen agarrado por el cuello, se enredan en tu garganta, te aprietan y te asfixian, por más que luchas te levantan y te meten en la boca llena de saliva de esa bestia de dientes podridos y fétidos que te trituran, te hacen papilla, te tragan y, en medio de unas imparables contracciones del esófago, te hacen descender por la garganta hacia unas tripas flotantes parecidas a los tentáculos de un pulpo, y allí serás transformado en excrementos y expulsado en la orilla del Sên. *Pero ¿qué has hecho? ¡No he hecho nada! ¿Cómo has podido hacerlo, Sar? ¡Yo no he hecho nada! ¡Mamá, mamá! Te despiertas agitado en el jergón situado entre los de tus hermanos Chhay y Nhep.*

—¡Mamá! ¡Sar se ha hecho pipí en la cama otra vez! ¡Apesta la casa entera! ¡No es un niño, es una niña!

—Venga, niños, que no es medianoche. Es hora de levantarse.

Unos rayos de sol dividen la habitación que compartes con tu hermano Nhep en líneas blancas y negras. Chhay, el mayor, sólo viene de visita. De pie y como un rayo, os vestís, pantalones cortos y sandalias, os peináis con los dedos y bajáis a toda prisa a la orilla para lavaros la cara en el río, a la sombra de la casa levantada sobre pilotes. Hoy también, aunque será la última vez, os entregaréis a ese ritual de cada mañana. Sar, hoy también tienes que quedarte de pie en el agua, sentir cómo el fango se te mete entre los dedos de los pies, echar la red para los peces, poner buena cara cuando los otros niños te salpiquen o te resbales, patines o te hagan ahogadillas, te vuelves a poner de pie jadeando, no importa que te rompan la camisa ni que los chavales del pueblo quieran reírse de ti a causa de tu piel demasiado clara, tu voz demasiado dulce, tu cara con esos ojos mansos y los rasgos armónicos. *¡Mira, es una niña!, le dicen. ¡Mira, es una niña vestida de niño! Lo que es es una princesa china, ¿a que sí?*

Casi todas las noches, después de la cena, la familia se queda en la terraza bajo el cielo estrellado. Es el momento más tranquilo del día, el menos caluroso y agobiante. Si Loth, el padre, está en casa y no fuera solucionando los líos del pueblo, les cuenta a sus hijos historias de fantasmas. Su repertorio es vasto y cualquiera de esos cuentos macabros te da miedo, incluso los que has oído decenas de veces. Por ejemplo, ese de los horribles hombres que le abren el vientre a sus mujeres embarazadas con un cuchillo para arrancarles el feto y convertirlo en *kun krac* o

niño de humo, un fetiche que se llevan por ahí como amuletos de la buena suerte. El espíritu de un *kun krac* puede aparecerse durante muchos años y provocar toda clase de desgracias en un hogar sin que haya ninguna forma de defenderse de ellos. Puede hacer que te pongas la camisa al revés y toda la familia se ría de ti, o hacerte una zancadilla y partirse de risa viendo cómo te caes a todo lo largo, volcar la sopera o romper un plato, y si dices que la culpa es de un *kun krac* los demás se reirán todavía más.

—Como un bebé, dice Chhay esa mañana señalándote con el dedo con una mueca de desprecio —. ¿Cómo es posible que sigas siendo un bebé a los nueve años? ¡Nhep tiene siete años y no se hace pipí en la cama desde hace mucho tiempo!

Nem, vuestra madre, le dice a Chhay que se calle. Pero mientras te acompaña al río para enjuagarte los pantalones te deja caer: «Ya sabes que en el monasterio las cosas no podrán seguir así. Los monjes son bastante más severos que tu padre. Lo sabes, ¿verdad, Sar?».

Tú asientes con la cabeza, «Sí».

—¿Qué te harán los monjes?

—Me obligarán a tumbarme desnudo sobre un hormiguero de hormigas rojas, un día entero.

—¿Y qué más?

—Me pegarán con un atizador que tendrán en el fuego para que esté todo el tiempo al rojo vivo.

—¿Por qué?

—Para ayudarme. Para que aprenda.

—Entonces, ¿vas a tratar de controlar la vejiga?

—Sí, madre.

—¿De verdad?

—Sí, madre.

—¿Necesitas orinar otra vez?

—No, madre.

Un poco más tarde, Nem canturrea al repartir las gachas de avena y arroz. Te das cuenta perfectamente de que finge estar contenta para esconder la tristeza que le provoca la idea de tener que separarse muy pronto de sus hijos. Mañana los más pequeños le van a ser arrancados, se irán a Phnom Penh. Chhay ya vive allí. Ha venido para llevarse a los dos menores a la capital.

Nem repite nombres de lugares con su voz cantarina: iréis primero al Vat Botum Vaddei, que está justo en la parte sur del palacio real, y después de unos años a la escuela Miche, justo en la parte norte.

Aunque Nhep sea el más pequeño, ella está preocupada sobre todo por ti, Sar. Siempre ha tenido debilidad por su bello chico-chica con ese perfecto óvalo dibujándole la cara, el penúltimo de los nueve hijos de Loth. ¿Cómo te las arreglarás para aguantar la disciplina de hierro del Vat Botum Vaddei? A menudo Nem ha hecho partícipe a su marido de su inquietud, pero Loth dice que está absolutamente descartada la posibilidad de que envíen a sus hijos directamente a la escuela Miche, a *Mater Dei*, Providence, o Saint-Joseph, la escuela francesa de Phnom Penh. Dice que un hombre es igual que un edificio: lo primero es que sus cimientos sean sólidos, luego pueden añadirse balcones y balaustradas para adornarlo. Tiene programado que sus hijos se formen sobre la sabiduría *theravāda* que, en Camboya, se remonta a la noche de los tiempos.

«No olvidéis que tenéis una reputación que guardar —os recuerda a menudo con un tono

solemne—. «Debéis estar a la altura de vuestros abuelos.» Os sabéis de memoria su lección de historia. Phem, su padre, fue un valeroso héroe militar que pasó la vida entera defendiendo el país de sus innumerables enemigos. Desde hace siglos, vietnamitas y tailandeses invaden y se anexionan territorios camboyanos. En cuanto a los franceses, invitados en un principio por los reyes jemer para que les dieran protección, los fueron despojando poco a poco de su poder y desde entonces se comportan como los amos del país. Si no se hace nada para detenerlos, su forma de vida destruirá la gloriosa cultura jemer de una vez por todas. Phem entregó un pueblo muy célebre al caer en una emboscada de los franceses que le costó la vida.

El martirio del abuelo se remonta a mucho antes de tu nacimiento, Sar. Y siempre te preguntas de qué forma encontró exactamente la muerte. ¿Cómo mataron los enemigos franceses a Phem? ¿Le arrancaron los ojos y le frotaron con sal las órbitas sangrantes? ¿Lo enterraron vivo? ¿Lo atraparon como a un león marino mientras atravesaba un pantano, sumergido en el agua hasta la cintura y apuñalado de repente antes de que pudiera darse cuenta de la emboscada? ¿Lo cogieron vivo y lo ataron a uno de sus vehículos militares y lo arrastraron hasta su cuartel general divirtiéndose al ver su cabeza arrastrándose por la tierra roja y rebotar por la carretera? ¿Se pusieron alrededor de él para reírse como hacen los pueblerinos cuando matan un cerdo, señalándolo con un dedo e imitando sus gritos desgarradores? (La primera vez que viste eso, siendo muy pequeño, tu piel ya de por sí pálida se volvió aún más blanca y te diste la vuelta, con el corazón asomándote a la boca. Pero tu padre, Loth, con un gesto firme te obligó a mirar la carnicería hasta el final.)

Otra cosa te preocupa. Después de haber matado a Phem, ¿probaron los franceses el hígado y la bilis del héroe en señal de respeto como se hace siempre en los funerales de un hombre importante? Un día, estando a solas con tu padre, te atreviste a hacerle esa pregunta en voz baja.

—No, Sar —respondió Loth riéndose—. Antes los franceses se comían el cuerpo de su dios y se bebían su sangre, pero no era más que teatro, un engaño. ¡Hacían trampa, sustituían la sangre por vino y la carne por pan! Ahora la mayor parte de ellos ya no lo hacen, han perdido toda noción de lo sagrado. Han hecho pedazos sus propias estatuas religiosas, ¿te lo puedes creer? Por eso, tú y tus hermanos debéis continuar la lucha del gran Phem contra los colonos.

—Pero si los franceses son tan malvados —protestaste tímidamente—, ¿por qué tenemos que ir a una escuela francesa después del monasterio?

—Porque un hombre, para ser fuerte, debe conocer el mundo y dominarlo con astucia. Una vez que tengáis una sólida formación jemer, la lengua y la cultura francesas serán un bello adorno. Si vosotros las domináis a ellas, ellas no os dominarán a vosotros. Al contrario, os ayudarán a servir a vuestro país y a construir su futuro.

Nem, vuestra madre, sabe que el bullicio de la ciudad os puede intimidar. Nunca habéis puesto los pies en una gran ciudad, sólo conocéis el pueblo de Prek Sbauv.

—Pero aunque estemos lejos —repite ella por centésima vez—, tenéis familia allí y ellos os pueden ayudar.

Gracias al martirio de Phem, la familia disfruta de unos privilegios especiales en el palacio real de Phnom Penh. Tu hermanastro Suong, uno de los hijos mayores de Loth, ocupa allí un puesto de funcionario vitalicio y se ha casado hace poco con una estrella del Ballet Real. Cheng, su hermana menor, trabaja desde hace nueve años para el rey Monivong. Su hija Meak fue durante bastante tiempo la favorita del príncipe heredero. Desde entonces ella preside su harén de treinta concubinas. Y tu hermana mayor, Roeung, de dieciséis años, acaba de ingresar en el harén.

Iniciados en las costumbres de la corte y en la etiqueta del palacio, vuestros hermanos mayores os explican lo que os espera.

Nervioso y balbuceante, el pequeño Nhep lloriquea, pero tú, Sar, permaneces impassible. Y, contrariamente a lo que tu madre cree, tu silencio no oculta el terror sino una extraña euforia. Has decidido no echar de menos a tus padres. Te sientes aliviado dejando atrás el espíritu de los *kun kracque* habitan en la casa, cambiando el universo del pueblo —escurridizo, imprevisible y aterrador como el lecho del río Sên— por la estructura sólida de un *vat*. Presientes que vas a ser feliz en el monasterio, con sus techos dorados, sus rejas de hierro forjado, sus dormitorios y refectorios silenciosos, sus horarios reglados, la cadencia de campanas y mantras...

...Y estás en lo cierto.

2

PHNOM PENH, 1934-1943

Al cabo de una o dos semanas, una vez que has interiorizado el horario de los rezos y memorizado el dédalo de corredores y patios del *vat*, te encuentras a gusto en tu papel de novicio. Novicio, sí: un chico completamente nuevo, puesto en el mundo a la edad de nueve años entre hombres calvos y con los ojos vacíos. Jóvenes y menos jóvenes, tus nuevos padres-hermanos o hermanos-padres, vestidos con unos trajes brillantes color cúrcuma. El amarillo es el color de la renuncia —porque igual que en otoño las hojas amarillas abandonan las ramas de los árboles, hay que saber soltar amarras, desprenderse sin tristeza del mundo, no aferrarse.

También a ti te afeitan la cabeza. Y ya te pareces a los otros monjes, igual que los días son parecidos unos a otros. Día tras día, gestos y cánticos monótonos te enseñan a renunciar a ser.

Lo aprendes gustosamente. *Me refugio en Buda, me refugio en el Dhamma, me refugio en el Saṅgha. Por segunda vez me refugio en Buda, por segunda vez me refugio en el Dhamma, por segunda vez me refugio en el Saṅgha. Por tercera vez me refugio en Buda, por tercera vez me refugio en el Dhamma, por tercera vez me refugio en el Saṅgha.* Sentado en la postura del loto, inspiras lentamente el aire por la nariz, lo haces descender hasta el abdomen pasando por el corazón, lo espiras recorriendo lentamente el trayecto inverso, llevas tu aliento a los puntos tensos de tu cuerpo, el resto del mundo desaparece.

No estás allí. No es tu cuerpo, es el cuerpo. No es tu espíritu, es el espíritu. No es tu aliento, es el aliento. Como nada dura, nada realmente tiene importancia. Te gusta la repetición, te gusta balancearte tarareando y aprendiendo de memoria los cánticos sagrados, sin temor a equivocarte. No echas de menos nada ni a nadie. Tu alma se confunde con los sonidos que emite tu garganta. El monasterio es tu nuevo río, tu elemento, y nadas en él lleno de alegría. Experimentas un vivo placer haciendo y volviendo a hacer lo mismo cada día en ese lugar en el que sólo se espera de ti algo que tú sabes que eres capaz de hacer.

Todo está claro y definido. Di esto... y tú lo dices. Haz esto... y tú lo haces, y de ese modo te sientes aceptado. *Me comprometo a no matar ni a causar daño a cualquier criatura, incluidos los animales, los insectos... Me comprometo a no robar y a no coger aquello que no me ha sido dado. Me comprometo a respetar la propiedad del prójimo. Me comprometo a no tener comportamientos sexuales nocivos y engañosos. Me comprometo a no criticar, mentir, chismorrear o decir palabras frívolas. Me comprometo a pronunciar sólo palabras sinceras, útiles, benévolas y agradables de escuchar. Me comprometo a no consumir alcohol ni estupefacientes que puedan suponer una pérdida de atención y provocar errores.*

Tu canto preferido es el *Discurso del amor benévolo* o *Metta Sutta*. Mucho tiempo después te seguirás repitiendo en voz baja las recitaciones colectivas: *Esté de pie, andando, sentado o tumbado, mientras uno esté despierto, deberá desarrollar un espíritu lleno de amor benévolo. Este es el estado más noble. No teniendo falsas creencias, siendo virtuoso, dotado de visión penetrante y habiendo abandonado la atadura por los placeres de los sentidos, nunca jamás volverá uno a nacer en este mundo.* Ese es el fin. No volver a nacer, no volver a tener necesidad de penetrar un cuerpo femenino sea de la especie que sea, no volver a estar encerrado en el interior del vientre de una hembra para luego ser expulsado de sus entrañas. En Prek Sbauv, si estabas demasiado alterado después de una pesadilla, tu madre te permitía a veces meterte en la cama que ella compartía con Loth. Te apretabas contra ella, sin poder creer que en otro tiempo habías vivido *dentro* de ese cuerpo. No podías admitir la idea de que Loth, tu padre tan sereno y digno, haya montado a Nem como un perro monta a una perra o un gallo a una gallina. Para concebir a los otros niños pudiera ser, pero a ti no, imposible.

Dominar, controlar, y, al final, hacer desaparecer a uno mismo, esta ilusión que en Prek Sbauv tantas veces te ha hecho sufrir, ruborizarte, revolverte de vergüenza y retorcerte de miedo. Primero el *yo* debe diluirse en el *nosotros*: nosotros somos las células de un único y mismo cuerpo, el del Sāsana o la enseñanza. Después debe superarse el orgullo saliendo a mendigar cada mañana, tendiendo humildemente el platillo a los transeúntes para pedir limosna. Las necesidades deben ser mínimas: no teniendo nada, no se necesita nada. La carne debe ser olvidada, vencida.

Te gusta tu vestido azafrán, te gusta pasar la palma de la mano sobre las púas sedosas de tu cráneo rapado y sentir un cosquilleo. A fuerza de repetir las mismas palabras y gestos aprendes a anular el dolor, el cansancio y el aburrimiento. Incluso durante la noche, cuando la ansiedad o la vergüenza renacen en ti amenazando con hundirte consigues casi siempre vaciar tu espíritu. Susurras en voz baja las palabras del Iluminado: *El Saṅgha de los discípulos del Bendito del Cielo que han practicado bien... que han practicado verdaderamente... que han practicado metódicamente... que han practicado con sabiduría...*

Sorprendes a los monjes, Sar, y te sorprendes a ti mismo. Al unísono con los demás, cantas, te levantas, te sientas, te inclinas, juntas una palma contra la otra en el *sampeah*.^[2] Tu postura del loto es impecable. Aprendes a andar con un paso sereno y silencioso, a leer y escribir el jemer. Aprendes las reglas más duras y las recitaciones sin dudar. Viendo a los chicos que recitan mal no te conmueves: cuando se estudian los textos sagrados con el monje más viejo no hay ninguna razón para equivocarse en lo más mínimo. Pie izquierdo contra la entrepierna, pierna derecha curvada detrás del cuerpo, torso inclinado y echado hacia delante, manos deslizándose por el suelo también hacia delante y luego aproximándose la una a la otra como en el *sampeah*, cabeza colocada a ser posible sobre las manos, repites entonando los Tres Refugios, los Cinco Preceptos, el Noble Sendero óctuplo y los Homenajes. A causa de tu vientre ligeramente abultado no consigues colocar completamente la cabeza sobre las manos, pero los monjes no te azotan porque ven que haces todo lo posible por relajar los músculos del abdomen, dejar que tu aliento circule por la espalda y la caja torácica, llevar tu columna vertebral más abajo, más abajo, paralela al suelo. Los monjes jóvenes que miran a derecha o a izquierda para medirse con los otros reciben un latigazo en la nuca sin que tengan derecho a gritar.

Nadie tiene derecho a llorar, a hablar, a reír ni a sonreír, porque las emociones son ilusorias, lo mismo que todo lo demás. Primero deben ser controladas, luego dispersadas, disueltas. Sientes un gran placer realizando el ejercicio que las analiza: los monjes dan vueltas y vueltas alrededor

de la pagoda, todos juntos, al primer toque de campana todos ríen a mandíbula batiente, al segundo se paran en seco, al tercero lloran y gimen hasta perder el aliento, al cuarto paran... después el ciclo vuelve a empezar. Un tiempo exacto para cada emoción. Alternancia rigurosa, por imperativo, de esas risas y lágrimas que representan a todas las que hay por el mundo. Controladas de ese modo, es como se viven realmente y al mismo tiempo se mantienen a distancia.

A veces, tú y Nhep salís del monasterio para visitar a Suong, vuestro hermano mayor, el funcionario. Vive en una casa cercana al palacio real con su esposa bailarina y su hijo recién nacido. En cada visita, Nhep se cuelga de Suong llorando y diciendo que quiere volver a Prek Sbauv. Lo echa todo de menos: las historias curiosas y terroríficas de vuestro padre, la comida de vuestra madre, los peces que saltan en el río Sên, los sonidos y olores de la plaza del mercado, los gritos de los otros niños jugando y peleando. Tú, Sar, no echas en falta nada de eso. Mientras tus hermanos hablan y los criados os traen platos exquisitos, tú mantienes una sonrisa neutra y, sin moverte, te alejas. Las recitaciones te llenan la cabeza.

Estás bien en el *vat*. Aprender a pronunciar los cantos en pali y a escribir en jemer te va formando una base. Durante toda la vida dirás que has pasado allí muchos años y no solamente uno.

*

El día de vuestra inscripción en la escuela Miche tú tienes diez años y Nhep, ocho. Os cogíais cada uno a un lado de Suong, esforzándoos por no dejar traslucir vuestro temor. Vestido con su uniforme de funcionario de palacio, Suong parece aún más grande que habitualmente, aún más orgulloso y fuerte. No teníais derecho a cogeros de su mano, ni de su brazo, ni de sus faldones, pero os agarrabais con todas vuestras fuerzas a su presencia.

—Entrad, chicos, sentaos.

Vestido con un sobrepelliz negro, el rector de la escuela, el padre Jérôme, os dirigió la palabra en jemer y os señaló las sillas. Su despacho estaba muerto. Ninguna superficie brillante o con algún reflejo, ningún asomo de círculo o semicírculo, de óvalo o arcada, ninguna imagen de estupa o de pagoda, ningún altar adornado con flores o con incienso, ninguna dulzura. Faltaban las redondeces reconfortantes del vientre de Buda, faltaban sus sonrisas, los vestidos cúrcuma de los monjes, los rulos de papel de arroz con los *Discursos encadenados* del Iluminado. Aquí no había más que rectángulos, muros blancos y duros, bibliotecas y libros, árboles muertos convertidos en mesas, escritorios o sillas.

La silla en la que estás sentado te hiende las piernas, te corta la circulación. De forma natural te deslizas hacia el suelo y te sientas en él, en la postura de loto.

—Ya estás sentándote en la silla, ¡inmediatamente, jovencito!

Rojo de vergüenza, Suong te suelta una bofetada en la oreja izquierda, un golpe que estará resonando diez largos minutos dentro de tu cabeza. A Nhep le entra una risa nerviosa. El padre Jérôme empieza a maldecir.

Nunca habías visto un blanco desde tan cerca. La fealdad de este hombre te fascina tanto como te espanta. Los cabellos entrecanos se levantan en mechones desiguales por todo su cráneo, profundas arrugas le cruzan la frente y bajan desde las aletas de la nariz hasta las mandíbulas, unas gafas gruesas doblan el tamaño de sus ojos. Su piel está llena de matices diferentes. Los pelos de su barba mal afeitada cubren sus carrillos de una sombra gris, la nariz bulbosa es de un rojo

violeta, las mejillas están veteadas de rosa y amarillo. Te preguntas por qué dicen que esta gente es blanca. Como la piel de todos los camboyanos es lisa, lampiña y de un tono homogéneo, el *patchwork* dérmico del padre Jérôme te parece producto de una enfermedad, tal vez contagiosa. Para colmo, el hombre habla el jemer con un acento desagradable, deformando las vocales y destrozando el ritmo. Sus modales son groseros. Te penetra con la mirada, te apunta con el índice, golpea con la palma de la mano sobre su escritorio, enumera con los dedos diferentes reglas. Al final de su retahíla, os señala a un hombre en cruz que hay en el muro y tú te crees que es el castigo que le espera a los alumnos desobedientes.

Sin saber ya adónde mirar, cierras los ojos, y el padre Jérôme te grita: «¡Mírame, jovencito!». Después, girándose hacia Suong: «¿Qué le pasa al mayor, está enfermo?».

—No —dice Suong, echándote una mirada asesina—. No, no está enfermo, lo que le pasa es que es un soñador. Tiene tendencia a evadirse del mundo, a perderse en sus pensamientos. De ahí la decisión que ha tomado nuestro padre Loth de sacarlo del monasterio e inscribirlo aquí sin pérdida de tiempo.

—Nos hacemos cargo de él con mucho gusto ya que los gastos de inscripción están cubiertos y los formularios cumplimentados. ¿Y dice usted que este chico nunca ha estudiado francés?

¡Qué feos son el idioma y la cara de este *barang!*^[3] Presa de una profunda angustia, te viene la imagen de los monjes alineados en dos filas avanzando cada una en sentido contrario, sus cuerpos agraciados recortados contra el crepúsculo. Vuelves a cerrar los ojos y te balanceas lentamente a derecha e izquierda, murmurando para ti el *Metta Sutta*.

El padre Jérôme coge una regla de su escritorio y golpea violentamente tus manos.

—¡Eh! ¿Estás ahí, Sar? Creo haberte dicho que me mires, ¿no?

La vergüenza te escuece, el terror te revuelve las tripas. Temes perder el control de los esfínteres.

—No tema, querido señor Suong —continúa el rector—, haremos nuestro trabajo. Desde el momento en que Sar entre en el colegio empezará a preparar su título. Con el fin de obtener el máximo rendimiento de nuestra enseñanza sería deseable que tuviese una tutoría diaria de francés como apoyo al programa obligatorio, por lo menos durante el primer año. El profesor que se encarga actualmente de esa tutoría es un gran perfeccionista, un hombre de la vieja escuela. Creo que es exactamente lo que necesita su hermano. Naturalmente eso requerirá un esfuerzo financiero suplementario por su parte, pero no tengo la menor duda de que usted puede asumirlo siendo como quien dice de la familia del rey. Y en la eventualidad de que usted deseara ir más allá y ser oficialmente benefactor de la escuela, el nombre de vuestra ilustre familia quedaría grabado en una placa de mármol en la entrada, como prueba suplementaria de la buena cooperación entre nuestros dos países, el suyo tan rico culturalmente pero puesto a prueba de forma tan dura por las guerras, y el nuestro que, pronto hará un siglo...

Nunca en toda tu vida, Sar, has oído un galimatías como ese. Las frases del rector se te hacen un lío, te dejan pasmado y te impiden respirar, como si fueran las fauces del monstruo de los cuentos o de las pesadillas. ¿De qué habla ese hombre? ¿De encerrarte cada día en este deprimente edificio de ladrillos, *dos horas más que a los otros?* ¡No, eso no es posible!

Pero está claro que va a ser así. Suong toma la decisión por su cuenta. Lo hace en francés para que tú no lo entiendas, pero lo obsequioso de sus gestos habla por sí mismo. Sí, gracias a su puesto de funcionario de palacio, está en condiciones de hacer un importante donativo a la escuela Miche, *Mater Dei*, Providence, Saint-Joseph. Algo que satisfará a Suong, ver vuestro apellido

colocado en la entrada de una institución francesa. El pequeño Nhep, todavía en la enseñanza primaria, irá a comer a su casa. «¿Verdad que eso te encanta, Nhep?» Sar, en cambio, dedicará esas dos horas a mejorar su francés.

La verdad, que Suong no dice, es que él y su mujer Chaya se sentirán aliviados de verte un poco menos. Les molestan tus gestos demasiado serenos, tus aires de santo y tu mirada perdida. Cada vez que has salido del monasterio para pasar unos días en su casa, han sentido que observabas de una forma severa su modo de vida. Bajo el pretexto de que los fastos de palacio te obligaban a transgredir o a ver cómo se transgredía la mayor parte de los mandamientos que recitabas cada día en la preparación de tu noviciado, te despedías inmediatamente con un cortés *sampeah*. Un día, la pareja te había invitado a un espectáculo del Ballet Real en el que Chaya, como el resto de las bailarinas, encarna la *apsará*[4] perfecta: sonrisa en los labios, ojos inmensos, joyas, atuendo dorado y estafalario, peinado en forma de estupa, vestido de seda con colores vistosos, movimientos sinuosos, actitudes sugerentes pero no lascivas (pies desnudos levantados, dedos de la mano separados en abanico, las muñecas extendidas hacia delante como para detener el avance de un hombre aunque con los riñones netamente arqueados) y, en lugar de admirar y aplaudir a tu cuñada —en lugar, sobre todo, de mostrarte envidioso de Suong—, tuviste la insolencia (¡a los diez años!) de bajar los ojos. Sí, sin duda, se dice hoy Suong, la idea del rector es excelente. El contacto intensivo con el mundo occidental será muy beneficioso para un chico tan extraño. Eso lo espabilará, le ayudará a cambiar sus sueños por la realidad.

—Perfecto, entonces —concluye el padre Jérôme, volviendo a la lengua jemer—. Verá usted, querido señor, como no quedará decepcionado, sabremos coger las riendas de este soñador. Y como nunca es demasiado pronto para hacer las cosas bien, le propongo que empecemos hoy mismo. Pondré al tutor al corriente de nuestra decisión.

Suong asiente. Firma los papeles de inscripción, así como el formulario para la transferencia de fondos que el padre Jérôme, ávidamente, le pone delante. De inmediato, en lugar de despedirse con el *sampeah*, que celebra la presencia del otro sin penetrar en el espacio de su aura, Suong distribuye apretones de manos a lo occidental. Primero, en un gesto sin precedentes, te la da a ti, luego, girándose hacia el cura vestido de negro, coge su mano peluda y la sacude enérgicamente mirándolo directamente a los ojos. Te quedas pasmado ante este hermano, irreconocible. Y cuando Suong y Nhep franquean la puerta y se alejan por el corredor, dejándote solo con el rector, te da un patatús.

*

Cuando vuelves en ti, estás tumbado en una cama. Al oír cómo te mueves, alguien se levanta pesadamente y entra en tu campo de visión. Te sobresaltas: es una mujer como una montaña. Un cuerpo inmenso cubierto por una tela negra, un cartón blanco rodeando su frente arrugada. Se inclina sobre ti y te mete en la boca un objeto duro. Aprietas las mandíbulas instintivamente y sientes rechinar fragmentos de vidrio entre los dientes. Dando un grito, la mujer te agarra de la mano, te lleva al lavabo y te enjuaga la boca y la garganta con agua fría.

No entiendes nada de lo que está pasando. Acabas de iniciar una serie de vejaciones, malentendidos, humillaciones grandes y pequeñas que va a durar ocho largos años. Interiormente aterrizado, casi estarás a la altura de los tontos, los bobos o los dóciles idiotas. Te colocarás en la cara, sin quitártela jamás, la sonrisa de los monjes del Vat Botum Vaddei, la sonrisa de Buda.

La mayoría de los alumnos de la escuela son franceses, hijos de colonos diplomáticos o comerciantes, funcionarios o secretarios, aunque también hay un número considerable de vietnamitas. Todas las clases son en francés. Lógicamente, esta lengua ya te es familiar, flota a tu alrededor permanentemente, del mismo modo que el chino y el vietnamita, el inglés y el indonesio lo hacen en los animados mercados y las terrazas de la capital... pero te cuesta dominarla y sobre todo te resulta complicada para aprender con ella las otras asignaturas.

Tus idiomas, el jemer y el pali, no tienen puntuación ni mayúsculas. Las frases no necesitan estar articuladas porque, igual que los humanos y las demás criaturas, nacen y mueren, renacen y vuelven a morir hasta alcanzar la salida del tiempo. Vienen del aire, están hechas del aire, moldean suavemente el aire y vuelven a casarse con la nada. En francés, por el contrario, todo es cortante y todo está cortado. Lo mismo en las bocas que en las páginas, las palabras empiezan y se acaban de forma imprevisible, desconcertante.

Los profesores, de pie y acechantes, garabatean con una tiza blanca signos en una pizarra negra, se vuelven, señalan una palabra o una frase con su regla, interrogan a los alumnos y se indignan cuando estos se equivocan. ¡Y hay tantos motivos para equivocarse! Todo es difícil, no sólo la puntuación, también la gramática, las conjugaciones de los verbos, la ortografía, la pronunciación. Tú, Sar, no paras de equivocarte. Una vez, otra, otra, otra y otra y otra...

En el *vat*, con los monjes y los frailes, repetías hasta el infinito las mismas frases en jemer o en pali, anotabas en el cálamo, en papel de arroz, los mantras sagrados recitados mañana, tarde y noche, letanía de sílabas iteradas y reiteradas con una monotonía relajante según la senda marcada por Buda y seguida por los monjes a lo largo de los siglos sin importar las circunstancias concretas de las personas o de su época para progresar lenta pero seguramente hacia el nirvana, la nada, el fin de toda existencia.

En la escuela Micha, en lugar de canturrear en grupo, los alumnos son llamados e interrogados individualmente. El alumno escogido debe dar un brinco y responder correctamente a la pregunta que le hacen y sentarse de nuevo. Preguntas afiladas como cuchillas cortan el aire. Surgen respuestas igual de cortantes. Aturdido, te esfuerzas por seguirlos. Chhay lo consigue, Nhep lo consigue, pero tú, Sar, no, tú no lo consigues. Para colmo, te cambiaron el nombre el primer día de curso: en Francia no es posible tener un solo nombre, hay que tener dos. Tu padre es Loth, de modo que tú te llamarás, hijo de Loth. Y como no acabas de identificarte con ese nombre, a menudo te olvidas de reaccionar cuando te llaman, lo cual provoca la risa de los alumnos vietnamitas y franceses. Paralizado, sudando, te pones colorado y sonríes, *haces el tonto*, según dice siempre uno de tus profesores-curas.

Las calificaciones que llevas a casa de tu hermano mayor son lamentables. Suong las firma y te mira con aire afligido. «Qué va a ser de ti, Sar? Eres la vergüenza de la familia. Estoy tirando mi dinero a la basura...» Pero, en su fuero interno, Suong disfruta con tus malas notas. Le gusta ver cómo pierdes esa seguridad en ti adquirida en el monasterio de una forma tan rápida, algo que le había chocado mucho y le había dado la impresión de que tú, con tus diez añitos, lo mirabas por encima del hombro.

Tu sonrisa se estira, se alarga, y acaba por convertirse en una especie de segunda piel. Espesa e invisible, te recubre el cuerpo entero, te protege de las burlas y de las malas notas. Pareces indiferente. Has decidido que no necesitas nada ni a nadie. Repites en voz baja las lecciones que te ayudan a vivir. *El maestro ha dicho: Miramos un cuadro. El maestro ha dicho: Miramos un cuadro. El maestro ha dicho: Sólo miramos un cuadro. Todo lo que percibimos está fuera. Tú*

estás dentro. Cuando lo comprendas te habrás librado de toda inquietud. Esta vida es un espejismo, tan frágil y efímera como una burbuja en la superficie del agua. Todo cambia y desaparece, por tanto no te impliques, no te inquietes.

*

Has crecido. Has dejado atrás tus redondeces infantiles y te has convertido en un adolescente esbelto, con una recién estrenada sensibilidad para la música. Durante los espectáculos del Ballet Real te extasiabas, no al ver moverse a las bailarinas sino cerrando los ojos y dejándote acariciar los tímpanos por los sonidos del gong *kong thom* y la *pinpeat*.

Cuando comienza el cuarto curso en la escuela Miche, te sientes aliviado al saber que tu tutor se ha jubilado. Su sustituto es un joven rubio en los inicios de su carrera llamado Mahé Jaouen. El hermano Mahé te pide que vayas a verlo a su despacho después de la comida. Pasas el resto de la mañana intentando controlar el miedo.

El nuevo profesor te ordena que entres nada más tocar la puerta. Es evidente que te está esperando. Algo completamente nuevo, el profesor se sienta al mismo lado de la mesa que su alumno.

—He visto sus notas, Saloth Sar —dice con una voz cálida—. Son... eh... dejan bastante que desear, ¿no le parece? Como este año está ya en la recta final de su certificado de estudios hay que hacer que, sea como sea, consiga remontar.

Sonríes, como haces siempre. Viéndote sonreír, el hermano Mahé se calla. Se crea un raro silencio. Luego añade:

—Perdona, Sar, pero, si no te molesta, preferiría tutearte... y llamarte por tu nombre de pila. Tú también puedes llamarme Mahé. Bien, así que podemos empezar. Te he observado durante el catecismo esta mañana y me ha parecido que el *Pater noster* todavía te cuesta trabajo, ¿no?

Bajas la cabeza.

—¿Estás interno o eres externo?

—Vivo en casa de mi hermano mayor, Suong, funcionario del palacio real —dices esforzándote por articular las sílabas en francés.

—Bien. ¿Por qué no pruebas y me recitas el *Pater noster*?

Te vas lejos, al interior de tu sonrisa.

—Venga, Sar. No tengas miedo. No te voy a castigar.

Víctima de una ligera náusea, tragas saliva y cierras los ojos.

—Mírame, te lo ruego —dice el hermano Mahé con una voz súbitamente diferente.

Te coge de la mano y hace que te levantes. Eres casi tan alto como él. El hombre te roza el mentón con la mano y sumerge sus ojos en los tuyos.

—Sar —dice—, te he observado mientras el coro cantaba el *Credo* y me ha parecido que más que las palabras escuchabas la música, ¿me equivoco?

Esta vez no bajas los ojos para asentir. Estás fascinado por la belleza del profesor, el dibujo de los labios, la delicadeza de la nariz, los pómulos altos en los que asoma una mancha carmesí. Su pelo liso, bastante largo, está dividido por una raya al lado y el flequillo le cae sobre un ojo. Mahé es rubio pero su piel es morena. En vez de escudriñar y husmear dentro de ti, como siempre han hecho los ojos de los *barang* en los últimos años, sus grandes ojos de color avellana parece

que se abren para recibirte.

—Qué guapo eres —dice Mahé con una voz temblorosa.

Tienes una bola en la garganta. El tacto del joven te resulta delicioso.

—Dime, entonces, ¿te gusta la música, Sar?

Sí, te gusta la música.

—¿Te gustan los músicos?

Sí, también te gustan los músicos.

Abandonando tu mentón, los dedos de Mahé se deslizan a lo largo de tu mandíbula y te acarician la oreja.

—Podríamos escuchar música juntos, ¿qué te parece? Puede que eso te relaje y te ayude con las lecciones...

Sí, sí, es posible...

—Me he traído de Francia un tocadiscos y muchos discos singles. ¿Has visto alguna vez un tocadiscos?

No, no lo has visto...

La cara de Mahé se acerca a la tuya, sus labios rozan los tuyos, y bruscamente surge dentro de ti una sensación desconocida, brillante y aguda como la punta dorada del tejado de una pagoda. Sin brusquedad, Mahé aplasta su torso contra el tuyo. «Tú también lo sientes, ¿verdad?», murmura él, y tú dices que sí con la cabeza, porque, sí, Sar, lo sientes. «Ven...» Cogiéndote de la mano, Mahé te lleva a un rincón de su despacho, hacia un trastero en el que hay amontonados mantas, archivos y cajas de cartón. «Ven, por favor...» Mahé se aprieta contra ti y tú te aprietas contra él. «Qué guapo eres, chaval —susurra el cura joven acariciándote los hombros y la nuca—, eres maravilloso...» Te sorprendes a ti mismo respondiéndole en francés «Tú también eres guapo», porque es verdad. Sin cerrar los ojos, Mahé acerca lentamente su cara a la tuya y te da un verdadero beso, el primero de tu vida. Tus labios se abren por sí solos. Inmediatamente, la lengua de Mahé los cruza y dentro de ti se eleva una llama fría que borra todas tus incertidumbres y calma todos tus miedos.

Al volver al despacho, Mahé retoma la cuestión:

—Entonces, dime, ¿comprendes por lo menos el sentido del *Pater noster*?

—No del todo —respondes.

—Perdona, Sar, pero ¿qué quiere decir no del todo? Comprendes el sentido, ¿sí o no?

—No, no del todo.

—¿Cómo puedes recitar palabras que no entiendes?

—Es así. En el monasterio se recita en pali antes de conocer el sentido. La palabra jemer para aprender es *riensout*. Viene de *rien*, saber de memoria, y de *sout*, sutras. Se educa así, memorizando. Cuando los sutras cambian de lengua se pueden aprender igualmente, no es ningún problema.

—Escucha, Sar. Si yo quiero ayudarte, y eso es lo que quiero, tú tienes que decirme cuándo no entiendes algo. Mira, voy a traducirte el *Pater noster*: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

—En francés tampoco lo comprendo —lo cortas con delicadeza—. Mi padre está vivo, y nunca he visto a nadie en el cielo... pero no importa. Lo aprenderé por ti y lo repetiré con mucho gusto.

—No, Sar, por favor, hazlo por ti. Vamos a trabajar juntos, con verdadero esfuerzo. Tus notas son mediocres pero tú estás lejos de ser tonto, estoy completamente seguro de que puedes ponerte al día. Tengo otros alumnos pero, si hago unos trámites administrativos, podríamos vernos dos o tres veces por semana.

Al oír las palabras *otros alumnos*, sientes una repentina ola de celos.

*

El hermano Jaouen tiene veintitrés años, diez más que tú. Es de Bretaña. Una infancia bastante triste y solitaria (padre muerto en la Gran Guerra, madre joven viuda lavando la ropa de otros para sobrevivir) hizo de él un alumno brillante y un lector insaciable. En el seminario de Quimper aprendió suficiente latín como para reírse con sus compañeros mofándose de la frase *Sunt a sacerdotio prohibendi qui natura fortiore patiuntur propensione ad sensum* (Deben ser apartados del sacerdocio aquellos que tengan una fuerte inclinación natural a la sensualidad), bastante griego como para leer el *Banquete* de Platón y llenarse la cabeza con un sinfín de fantasías.

A partir del día del trastero, Mahé decide hacer de ti su alumno en el sentido más noble del término. Quiere alumbrarte, elevarte a su nivel de conocimiento y sabiduría. Con la excusa de tu desolador cuaderno de notas, obtiene permiso del rector para dedicar a tu caso un régimen excepcional: tres mediodías por semana os harán llegar desde el refectorio una comida frugal a su habitación.

Se abre en ese momento un oasis de pura belleza en tu vida, Sar. Lo atraviesas casi sin atreverte a creer que sea así, turbado y halagado por despertar en el joven profesor de las mejillas sonrosadas esa ternura insaciable, casi obsesiva.

De cara a vuestra segunda entrevista Mahé ha preparado un poema de Paul Verlaine. «He vuelto a ver al niño único: y me ha parecido / que se abría mi corazón —la última pena / esa cuyo dolor más exquisito me condena / a la ansiada muerte en un día tranquilo».

Por sus rimas y sus ritmos simples, la poesía de Verlaine te gusta desde el primer momento, te resulta fácil de recordar. El día siguiente recitas el poema entero, y Mahé te mira con una sonrisa llena de orgullo.

Luego, cambiando bruscamente de tema, te espeta:

—¿Conoces a Malraux?

—No.

—¿No? ¿De verdad? ¿Nunca has oído hablar de Malraux?

—No... lo siento.

—Bueno, pues, te digo, es un cabronazo. Él y su mujer fingieron que estaban enviados por un museo de París para hacer extracciones en el templo de Banteay Srei. Lo que hicieron fue arrancar y llevarse toda una serie de bajorrelieves del siglo XII para venderlos en Nueva York. ¿Te imaginas lo que le harían a un camboyano que arrancara esculturas de la fachada de Notre-Dame?

No te lo puedes imaginar por la sencilla razón de que no sabes qué es «Notre-Dame»... pero será cuestión de averiguarlo.

Mahé prosigue:

—Los metieron en la cárcel, aquí mismo, en Phnom Penh. Habría habido que dejarlos

encerrados. Pero la señora fue puesta en libertad con el pretexto de que ella no hizo más que obedecer a su marido, y poco después el señor fue indultado gracias a sus contactos con las altas esferas...

—Las altas esferas... ¿Eso quiere decir el rey?

—¡Qué dices, atontado! En Francia no hay rey, ¿o es que no lo sabes?

No, no lo sabes, Sar. No estás al día, es así de simple. Desde hace tres años únicamente fantaseas y meditas.

—Eso es del programa de sexto —insiste Mahé—. ¿No has estudiado la Revolución Francesa?

Las clases sobre la Revolución Francesa fueron a parar al enorme cubo de basura que tienes dentro de ti y al que arrojas con indiferencia todo lo que no entiendes, es decir, el noventa por ciento de lo que oyes en la escuela Míche.

—Hace ciento cincuenta años que acabó la monarquía francesa —continúa Mahé—. Se acabó también lo más reaccionario del clero, y, entre nosotros, ¡en buena hora! Sí, querido, al final del siglo XVIII Francia decapitó a su rey... a su reina... y a bastantes tipejos más. Miles, más, decenas de miles de tipejos...

—¿Decapitado?

—Perdona. Es una forma de decirlo. Guillotinado.

Aunque entiendes tan poco «guillotinado» como «decapitado» sonrías, siguiéndole la corriente a tu superior.

Mahé se desboca. Lleno de amor, ves flamear la cólera en sus ojos color avellana. Adoras el modo en que sus pómulos enrojecen y su nuez sube y baja por su garganta cuando se sulfura así.

Cambiar. Cambiarlo todo. Revertir el orden establecido. Crear un buen sistema en lugar de uno malo. Robespierre. No dudar en cortar de raíz... El rey Luis XVI decapitado en público en agosto de 1792. Y luego, quince meses más tarde, la reina, que, con lo cristiana que decía ser, despreciaba a los pobres.

De pronto Mahé cambia de tono. «Sin embargo, adoro la música de Versalles», dice, riéndose. Y, con la esperanza de que tu alma vibrará bajo el efecto de los trinos de los compositores barrocos del mismo modo que tu cuerpo lo hace con sus caricias, te hace escuchar piezas para clavicémbalo de Rameau y Couperin, las óperas de Lully. «¿Te gusta, Sar? ¿Te gusta, amor mío?», te pregunta.

Y cuando le respondes «Es maravilloso» mostrando tu sonrisa más irresistible, él suspira feliz. Aunque la verdad es que esos sonidos imprevisibles están en las antípodas de la música repetitiva a la que estás acostumbrado desde que naciste, el *pinpeat* o los gongs del monasterio, y te llenan de angustia.

*

—Te descubriré tantas cosas —te dice Mahé otro día—. Todos los escritores que me gustan. Molière también. Leeremos juntos su *Don Juan o el Festín de piedra*, aunque es un poco atrevido, no estás todavía preparado. A lo mejor el año que viene... Sar, estamos tan unidos tú y yo, ¡es un auténtico milagro! Dios ha hecho que venga a Camboya para conocerte. Él se dijo: Vaya, una de mis ovejas jemer está descarriada, tengo que enviar a Mahé en su ayuda, no saldrá adelante sin él.

Es la más bella de todas mis ovejas...

—Yo no soy una oveja...

—Ja, ja, ja. Es una forma de hablar, cariño...

—Beeeé, beeeé...

Mahé te besa en la boca para ahogar tus balidos...

Vuestra pasión no deja de crecer durante un año y medio. Pero a medida que pasan los meses y que tu deseo se transforma en amor te invade el miedo a defraudar a tu profesor. Te dices a ti mismo que inevitablemente llegará el día en el que Mahé se cansará de tus lagunas. Su rostro ya no se iluminará cuando abra la puerta y te encuentre allí, deseando ser estrechado entre sus brazos. Perderás la ternura del hermano Jaouen, y todo lo que ella te ofrece.

Entonces, Sar, aprendes a transformar tu temor en humor. En casa, en la escuela, en el palacio, te burlas, bromeas, desvías la atención con payasadas, a tu pesar.

Suong lo nota y mueve la cabeza, perplejo: ¿Y ahora qué te pasa, hermanito lunático?

*

Un día, al llegar a las doce en punto como habitualmente, ves que Mahé te está esperando con más impaciencia de la normal. Nada más cruzar tú el umbral, cierra la puerta detrás de ti y te besa.

—¡Mira! —dice—. Es un libro de Bernanos que justo acaba de salir, lo leí anoche, es sublime. El protagonista, aunque es normando y no bretón, es como yo. Esta página en concreto, escucha... te la leo y dime si hay palabras que no entiendes... «La lujuria es una herida misteriosa en el costado de la especie. En el nacimiento mismo de la vida.»

Comprendes el sentido de las palabras, Sar, ese no es el problema. El problema son las ideas que conlleva el texto, lo consabido, su contexto social, histórico, literario, religioso, metafísico... todo eso agita y enmaraña tu espíritu como un nudo de algas oscuras, enredadas.

—Confundir la lujuria del hombre —continúa Mahé— con el deseo que atrae los sexos es lo mismo que llamar del mismo modo al tumor y al órgano que el tumor devora hasta el punto de que su espantosa deformidad se hace dueña de todo.

Para ser digno de los suaves labios y de la mirada orgullosa de Mahé te gustaría beberte el *Diario de un cura rural* como el agua de un manantial, pero esa prosa te recuerda al agua del río Sên antes del monzón: una ciénaga hirviente de sanguijuelas negras, de serpientes y escorpiones.

Pero Mahé sigue leyendo, dirigiéndote miradas encendidas.

—«Y si la repugnancia es demasiado fuerte, si la pequeña y preciosa criatura sobre la que todavía velan los ángeles, presa de náuseas, intenta vomitar, ¡con qué mano más tierna se le acerca la fuente de oro, labrada por los artistas, cantada por los poetas, mientras la orquesta acompaña suavemente un inmenso murmullo de hojas, de aguas vivas, sus arcadas!» ¡Un estilo exagerado, cariño! Pero habla de nosotros, te das cuenta, ¿no? ¡Está hablando de ti y de mí! ¿Qué hay más normal, viene a decirnos, que sentir náusea cuando se te acerca una mujer?

¿Ah, es eso?, te dices a ti mismo. ¿Eso es lo que dice el texto? Y entonces, sonriendo, dices que sí con la cabeza, mientras, detrás de tu frente, los pensamientos zigzaguean en todos los sentidos, como peces plateados.

Mahé te besa.

—Dios se ha dignado apartarme de la impureza —murmura citando de nuevo al cura de la novela—. Qué fuerte, ¿no?

—Muy fuerte —respondes, y le devuelves el beso a tu amante, diciéndote con un suspiro de alivio que ya ha terminado todo.

Pero Mahé vuelve a la carga después de la pausa que tenéis para comer y la cosa empeora. Ahora te machaca con un pasaje de Bernanos dedicado a la fe: «¿Dónde está que no puedo encontrarla?».

No hay nada que hacer, el significado brilla un instante y desaparece. Ya no puedes disimular más.

—Perdón —dices—, no entiendo. ¿Cómo es que el cura anda buscando su fe?

A Mahé se le corta el entusiasmo. Se ríe, mira nerviosamente a su alrededor, inspira, espira, te vuelve a mirar.

—Cariño, concéntrate, mira lo que dice. Te lo voy a volver a leer pero tienes que tratar de seguirlo mirando el libro. «Continúa viva, sí, pero en un lugar donde no puedo buscarla: en mi carne, en mi miserable carne, en mi sangre y en mi carne mortal...»

—Sigo sin entenderlo.

—¿El qué? ¿Qué es la fe?

—Cómo puede estar en la carne...

—En ti, ¿dónde se encuentra tu fe, en qué parte de ti?

—Esa no era la pregunta.

—Esa no era la pregunta pero *tú*, ¿puedes hacértela tú? —dice Mahé elevando la voz—. *Tú*, Saloth Sar, ¿puedes reflexionar tres segundos por ti mismo y preguntarte si crees sinceramente en Buda, en la reencarnación y en todas esas sandeces supersticiosas?

Desconcertado por la agresividad de Mahé, bajas los ojos y sonríes.

—La pregunta no era esa.

—¡Sí, Sar, es esa porque yo te la estoy haciendo! Después de tres años de estudios bajo el doble amparo de la República francesa y de la Iglesia católica, ¿quieres seguir balbuceando tus mantras, aferrado a tus creencias primitivas o estás dispuesto a hacerte un hombre? ¡Contéstame! ¡Nuestras culturas no son compatibles, lo sabes muy bien! No están al mismo nivel. ¿Has oído hablar de un etnólogo jemer que recopilaba cuentos populares franceses? No, ¿verdad? Así que, ¿cuál de las dos culturas es superior? ¡Contéstame, Sar! ¿Llegarás alguna vez a convertirte en un verdadero ser humano? ¿Llegarás alguna vez a ser mi igual?

Una sonrisa inalterable sigue alumbrando tu cara por más que interiormente tiembles ante la idea de perder a Mahé. Buscas la respuesta adecuada.

*

Esto ocurre en noviembre, durante el gran banquete que se ofrece en palacio para dar inicio a la fiesta de las Aguas. Fuera, el muelle Preah Sisowath está abarrotado de gente. Cuatrocientos barcos-dragones inmensos y abigarrados, de treinta metros y con ochenta remeros cada uno, se han juntado en el Tonlé Sap cuyo curso, como sucede cada otoño, acaba de cambiar repentinamente de sentido. A pesar del aburrimiento de la comida de gala, no estás a disgusto en el interior del palacio con tu hermano mayor Suong porque en esa clase de festividades siempre te causa miedo

la histeria y el desorden de la muchedumbre.

Cuando está acabando la comida y algunos invitados empiezan a marcharse —unos para seguir la carrera de barcos, otros para darle los últimos toques a la decoración de la barcaza real—, Meak, tu prima, se detiene a tu altura. Ataviada con un vestido blanco cargado de oro, signo de su nuevo estatus de favorita, se inclina y te susurra al oído: «Eres precioso muchachito, ¿lo sabes, pequeño?». El calor ha hecho que su maquillaje se corra un poco, su perfume de jazmín se insinúa en tu nariz, sus pulseras tintinean chocando contra tus hombros, y ves que el fino tejido blanco está tan pegado a su vientre que se le puede adivinar el ombligo.

Te relajas un poco, te ríes.

—Con todo el respeto que te debo, querida prima, soy mucho mayor que tú.

—Mis amigas, las mujeres del rey, me preguntan si después de esta comida interminable querrás venir a dormir la siesta a nuestras habitaciones.

—Son muy amables, por favor dales las gracias de mi parte, pero tengo que ir a hacer mis deberes. Ya sabes lo estudioso que soy.

Meak se parte de risa, como es normal, tu fama de vago ha llegado a sus oídos, pero aun así te saluda con un *sampeah* y se aleja.

Un poco después, es Roeung, tu propia hermana, la que se te acerca.

—Ven, hermanito —dice mientras te pone una moneda de oro en la mano—. Estás oficialmente convocado por las mujeres del rey, he sido encomendada para eso. No te preocupes, no vas a tener que mantener ninguna conversación...

—¿Cómo? Pero si mi conversación es mucho más brillante que esta moneda.

Sin darse cuenta de los esfuerzos que haces para mantener el sentido del humor, Roeung baja la voz:

—Tienes que entenderlo, hermanito. El rey es viejo y tiene muy abandonadas a sus concubinas. No ha dejado embarazada a casi ninguna y al verte aquí, en el palacio, has despertado su instinto maternal y se han puesto tristes. Sólo quieren mimarte un poco, acariciarte como si fueras su hijo.

—Pero hermana, sabes perfectamente que no soy un niño.

—Sí, claro que sí... Ven, Sar, te lo suplico. No te preocupes, déjate llevar...

Roeung te sirve un vaso de zumo de palma cuyo sabor te sorprende. Un poco más tarde las extremidades se te adormecen y te invade una extraña lasitud.

—Ven, pequeño... Ven, mi hermano adorado...

Las dos mujeres te cogen, te llevan. Pasáis por una puerta oculta del salón de festejos, te hacen atravesar un corredor y entrar en un tocador que tiene una decoración abigarrada. Allí te está esperando la mitad del harén real, unas quince princesas. «¡Oh, el chico guapo! ¡El bello, el precioso, el adorable muchachito!» Mientras flotas y titubeas las jóvenes se te acercan, te acarician, te van pasando de mano en mano, despacio, te llevan, te suben, te tienden sobre una colcha de seda y empiezan a girar a tu alrededor.

—Ven, chico, ven querido, estás cansado, debes tumbarte, descansar...

Por muy dulces y alegres que sean las cortesanas, han llegado a ti después de Mahé, del que estás totalmente enamorado desde hace dos años, así que sus mojigaterías te desagradan. Susurros y manoseos, carantoñas, roces de telas, brillos de joyas, perfumes embriagadores, formas bulbosas, largos bucles negros, manos con las uñas largas... Te enfadas, te irritas. Pero estas profesionales saben lo que quieren. Te han puesto medio sentado sobre unos cojines bordados, te

quitan los pantalones de fiesta y te sumergen en un mundo nuevo. Somnoliento a causa de la droga que te ha administrado Roeung, cierras los ojos y te abandonas a sus manos y a sus labios, pensando que son los de Mahé. Tu miembro se levanta, provocando risas agudas. Una de las mujeres lo coge y, sintiendo cómo se endurece, le imprime un ritmo sostenido, luego vertiginoso. Al ver cómo te excitas, las otras se acarician, gimiendo. Cuando en tu cabeza se produce el estallido, esa blancura brotando en medio de la que te desvaneces, te felicitan con mucho alboroto. Después de una pausa te limpian, te lavan con agua tibia, te empolvan, te arrullan entre sus brazos, te dan las gracias, te cubren de regalos y te invitan —Sí, muchachito guapo, sí, el hijo adorado de todas nosotras— a volver.

Así ocurrieron las cosas el primer día de la fiesta de las Aguas.

Roeung vuelve a buscarte el día siguiente. Ahora que sabes lo que esperan de ti, la sola idea de verte de nuevo frente a esa cohorte de cortesanas frustradas y llenas de excitación hace que todo tu cuerpo tiemble. Has comprendido que esas mujeres quieren ver tu placer para obtener el suyo, y que no te está permitido decepcionarlas. De pronto, justo antes de llegar al tocador, te quedas paralizado: ¿qué ocurrirá si a pesar de sus exigencias y sus estímulos tu sexo permanece inerte? Rechazas recurrir nuevamente a la fantasía de Mahé, no quieres ensuciar vuestro amor. Intimidado por la docena de princesas que no dejan de soltar risitas ante la expectativa de tu orgasmo, decides concentrarte en la más joven y tímida de ellas. Ya en la cama, con los ojos cerrados, te imaginas arrancándole el vestido para violarla y, con la ayuda de algunos detalles más, la cosa funciona. Pero ¿y si la siguiente vez no lo hace? ¿Y si ese truco no es suficiente?

De hecho, tus guiones no sirven de un día para otro. Por más que vayas añadiendo nuevos detalles violentos, ninguno conserva su eficacia más de un día o dos. Las mujeres no se enfadan cuando no consigues eyacular, todavía es peor, se ríen, se burlan y te tratan como a un bebé.

Finalmente las clases se inician de nuevo en la escuela Miche. Como cada comienzo de curso, consultas las clases particulares señaladas en el tablón que hay cerca del despacho del rector. Esta vez, aterrado, ves que tu nombre no figura por ninguna parte. El padre Mahé Jaouen trabajará a partir de ahora con el joven vietnamita Nguyen Thu. Lo conoces. Llegado de Saigón a mitad del curso anterior, es un chico guapo, un alumno excelente y primer violín en la orquesta de la escuela. Maneja el francés de maravilla pero se ha quedado atrás en las asignaturas de ciencias a causa de la guerra. Día tras día ves a Thu partir hacia la habitación de Mahé... y volver.

Por fuera eres el doble de encantador y de simpático, pero por dentro estás hecho pedazos. Una noche sueñas que coges los cabellos rubios de Mahé y tiras amorosamente de su cabeza hacia atrás, como lo hacías a veces, mostrando su delicada nuez. Luego, agarras un abrecartas del escritorio y se lo hincas en la garganta. Al joven cura se le salen los ojos de las órbitas, no se defiende. Hundes de nuevo la hoja y la mueves de un lado a otro... cuando la cabeza del profesor se despega del cuerpo te diriges a la ventana y la levantas. Sí, imitando el movimiento de Gros al mostrar la cabeza del rey Luis XVI al pueblo reunido en la plaza de Grève, muestras orgulloso ese trofeo a los curas de sotanas negras, a las hermanas del Sagrado Corazón que corren a su iglesia y a los cientos de alumnos vietnamitas y franceses de la escuela Miche, *Mater Dei*, Providence, Saint-Joseph.

*

¡Ha estallado la guerra! Caos por toda la lejana Europa. Claudicando rápidamente ante la

victoriosa Alemania nazi, Francia traslada su gobierno a Vichy y coloca a su cabeza al mariscal Pétain. En la reunión de la mañana de la escuela Miche los alumnos dejan de cantar la *Marsellesa* y aprenden el nuevo himno nacional. «Una llama sagrada se eleva desde nuestro suelo natal / Y Francia embelesada te saluda, Mariscal. / Todos tus hijos te aman y veneran tu edad / Han respondido a tu llamada suprema, ¡Presente!» Ves a Mahé apretar los labios, mirando por la ventana cuando entonas esas palabras vigorosas con tu hermosa voz de barítono.

Camboya, al ser un protectorado francés, alineado con el Eje, Japón y el Tercer Reich, se convierte en su aliado. De pronto, Phnom Penh se encuentra dominada y dirigida por los japoneses. En los corrillos de palacio y en los de la escuela Miche no se habla de otra cosa más que de eso. Tu familia se inclina ante los franceses, que a su vez se inclinan ante los japoneses. Tú, Sar, no entiendes demasiado esas alianzas que se hacen y deshacen. Los acontecimientos pasan por tu lado sin que llegues a atrapar su sentido.

En diciembre de 1940, aprovechando la debilidad de Camboya, su eterno enemigo, Tailandia, invade de nuevo las provincias occidentales que unos años antes habían sido restituidas a los camboyanos. Aunque el rey Monivong tiene veinte años menos que el mariscal Pétain se siente repentinamente viejo. Tener que defender su país al mismo tiempo contra los franceses, los japoneses y los tailandeses... no. Es demasiado. Agotado, deprimido, tira la toalla, se retira a Kampot con tu hermana Roeung, poco después exhala el último suspiro y desaparece entre sus brazos.

Para sucederlo en el trono, Vichy elige no a su hijo Monireth, un obstinado y temperamental nacionalista, sino a su hijo pequeño Norodom Sihanouk. Una elección astuta, porque con diecinueve años (sólo tres más que tú) Sihanouk no solamente es joven e influenciable, sino muy francófilo. Uno de sus primeros gestos como rey consiste en elegir su propia panoplia de favoritas. De un día para otro tus servicios dejan de ser requeridos en palacio.

Mahé te evita, el padre Jérôme te sermonea, tu hermano Suong te desprecia. Para empeorarlo todo, tus notas son execrables. Flotas en la angustia y pierdes el tiempo. Repites un curso, otro. Finalmente, en 1943 obtienes tu título de estudios, a los dieciocho años en vez de a los dieciséis. Sigues el consejo de Suong de continuar los estudios secundarios en provincias. Eres enviado a Kompong Cham, a un colegio francés que acaba de inaugurar el joven rey y que lleva su nombre: Preah Sihanouk.

Adiós a una Phnom Penh, infestada de japoneses y en la que resuena la guerra. Adiós a la escuela Miche, donde rondan sombríos recuerdos de celos y sufrimiento. Adiós al palacio real, podrido de lujo, de prostitución y decadencia. Adiós a la familia de Suong, que nunca te ha querido.

Ha llegado la hora, Sar, de que comience tu verdadera vida.

3

KOMPONG CHAM / PHNOM PENH, 1943-1948

En provincias, lejos de los tuyos, al fin consigues defenderte un poco. Madura tu personalidad, trabajas tu máscara, eres dueño de una amabilidad ciertamente excepcional. Tierno como la oveja de la que Mahé te habló una vez, alegre y adorable, te encanta divertir a la galería, por ejemplo cantando a Verlaine con la música de *Maréchal nous voilà*. Durante un tiempo tomas clases de violín, tocas mal, y descubres que si exageras tu incompetencia y la transformas en autoparodia puede ser divertido. Jugando a fútbol perfeccionas una técnica llamada *tijeras*, que consiste en darle al balón por alto estando cabeza abajo. Tus compañeros adoptan la técnica y te ensalzan. Tus habilidades no son intelectuales, sino físicas, todo consiste en saber que es así y asumirlo. Al cabo de algunos meses te unes al grupo de teatro amateur de la escuela como tramoyista.

El país atraviesa durante este tiempo nuevas convulsiones políticas. En febrero de 1945, Estados Unidos bombardea Phnom Penh. Es imposible saber si tienen como objetivo el palacio real, las tropas japonesas o las oficinas tuteladas de la administración francesa. Imprecisas, las bombas afectan a uno de los más bellos monasterios de la capital, el Ounaloum Vat, delante del cual has pasado miles de veces camino de la escuela Miche. Mueren decenas de monjes. Imaginar a esos hombres queridos hechos pedazos, esos mendigos con túnicas cúrcuma, apolíticos, despegados de lo mundano, entregados rigurosamente a su cuestación, todo eso, Sar, hace que a tus veinte años te encierres en tu cuarto, te metas bajo las mantas y llores a lágrima viva.

Menos de un mes más tarde, nuevo seísmo: mediante un golpe de Estado en Phnom Penh, los japoneses ponen fin a la dominación francesa. Norodom Sihanouk proclama la independencia de Camboya. ¡Es increíble! Los funcionarios franceses son arrestados y conducidos con las manos atadas a la espalda. El régimen colonial se desploma. Todos esos *barang* arrogantes siempre dando órdenes en voz alta y con derecho a todo están acabados. Quién sabe, en esos momentos el padre Jérôme puede estar en prisión, el hermano Mahé también.

Dada la gravedad de los acontecimientos, la escuela Preah Sihanouk cierra sus puertas a principios de abril, con algunas semanas de antelación a las fiestas de Año Nuevo. Aprovechando esas vacaciones inesperadas, tus amigos del grupo de teatro deciden emprender una gira. Se apresuran a montar unas escenas célebres del *Ramakerti*, la epopeya del príncipe Rama y de su esposa, la bella princesa Sītā, que todos los camboyanos se saben de memoria y que los campesinos adoran. Viajando en autobús, durmiendo al raso, actuáis primero en los pueblecitos de los alrededores de Kompong Cham, después os aventuráis cada vez más lejos. Los cómicos aficionados flirtean con las muchachas locales.

De pronto, Sar, descubres la felicidad. Sientes que al fin has encontrado tu sitio. Cuerpo y alma reconciliados. Hace meses que no tienes noticias de tu familia, y eso te viene bien.

Durante las representaciones, mientras te ocupas del atrezo y del telón, sigues la acción desde las bambalinas. El actor que representa a Sītā, un tal Davuth, te fascina. Te dices que, desterrado de su reino y condenado como el príncipe Rama a pasar catorce largos años en el corazón de la jungla, estarías encantado de compartir tu exilio con esta criatura. Aunque Davuth es hijo del profesor de historia y un alumno ejemplar, intachable, no es en absoluto pedante. Durante el día te impregnas discretamente de su sabiduría; por la noche, te emocionas con su cuerpo, ceñido por un sari rojo y oro.

El final de la obra es trágico: tras largos años de guerra, Rama consigue finalmente liberar a la princesa Sītā y la hace regresar del lejano país de Lanka en el que el rey-demonio Ravana la mantenía secuestrada. Pero cuando el príncipe la conmina a probarle su fidelidad, Sītā se niega. Antes que ensuciar su amor admitiendo siquiera la *posibilidad* de una traición, la princesa prefiere envejecer completamente sola, llegando incluso a enviar a sus dos pequeños hijos a vivir con Rama, su padre.

Casi todas las noches, siguiendo ese desenlace, acabas con lágrimas en los ojos. Entre el público se escuchan sollozos ahogados. Después del espectáculo, exaltados y con la disculpa de su travestismo, los campesinos jóvenes se lanzan al cuello del actor que tan bien ha sabido encarnar el papel de la princesa. Davuth no hace gran cosa por decepcionarlos.

El grupo llega a Siem Reap después de tres semanas de gira. Por la mañana temprano, antes de que apriete el calor, visitan Angkor. Grandioso, el templo milenario parece expandirse hacia el infinito, no se puede abarcar con una sola mirada. Una inmensa perspectiva sobre el agua, pasando sobre un puente hecho con enormes losas de piedra...

Davuth había venido ya con su padre. Os explica que el templo, compuesto por una serie ascendente de rectángulos concéntricos fue concebido no para albergar a una multitud de fieles sino como residencia de los dioses mismos. «Es evidente —dicen muchos camaradas en voz baja—. Los dioses están aquí.»

Vas al lado de los demás, Sar, maravillado por todo lo que están registrando tus ojos. Balaustradas en forma de interminables colas de dragón. Budas de piedra, sin cabezas. Pórticos y ventanas se abren sobre otras perspectivas arquitectónicas, y sobre otras más, hasta perderse de vista. Racimos de columnas frente a la ondulación de líneas horizontales en los muros de piedra. Hojas de loto de piedra, refinadamente estilizadas. Un *nagar*, base del universo entero, serpentea enrollado sobre sí mismo y sobre él hay un Buda sentado. Una floración de rocas naturales se mezcla con la piedra esculpida con líneas geométricas. Todo en medio de un silencio aplastante. Esplendor vencido, invadido, rodeado, devorado por la vegetación.

Estás conmocionado. Al penetrar en tus ojos y en tu alma, las estructuras de piedra parecen cristalizarse dentro de tus venas. Notas cómo se te endereza la columna vertebral, como si dentro de ti se volvieran a alzar los fragmentos de columnas caídos por el suelo. De pronto, unas ráfagas, una serie de imágenes imprevisibles y tristes de tu vida en Phnom Penh aparecen ante ti: las frívolas concubinas del rey coqueteando, los curas-profesores con sotana negra mirando con desprecio a sus alumnos... Todo eso te provoca náuseas.

—El templo estuvo dedicado a Brahman antes que a Buda —os recuerda Davuth—. ¡Mirad, las escenas que representamos en el teatro están ahí!

Los estudiantes abren los ojos como platos. Alrededor del edificio hay un bajo relieve

representando las batallas de Vishnu, de Hanumán, de Krishna y muchos otros: miles de hombres luchando con caballos, dragones y elefantes en una coreografía espléndida. Algunos personajes brillan después de haber sido frotados por las manos de creyentes pidiendo un favor. También son omnipresentes las *apsarás*, con restos de pintura roja todavía visibles en sus senos y vientres. Bailan sosteniendo una flor de loto en el ombligo, a veces están de frente y con los dos pies vueltos en el mismo sentido, otras de perfil con las rodillas y los codos doblados y un brazo debajo de la cabeza.

Esto es Camboya, te dices a ti mismo, aturdido. *El pueblo que ha construido Angkor Vat es capaz de todo. Tendríamos que volver setecientos años atrás para encontrar de nuevo la grandeza de nuestros orígenes.*

Por la noche, después de la cena y cerca de la hoguera, tú, que jamás te atreves a expresar tus ideas delante de tus compañeros, encuentras el valor suficiente para decir eso. Hablas en voz muy baja pero los otros te escuchan.

—Nuestro país se ha vuelto demasiado débil —murmuras—. Estamos acorralados por potencias extranjeras, nos invaden, nos bombardean continuamente. Habría que despertar el alma del país. ¿Y dónde está esa alma? Aquí... alrededor de nosotros. ¡La grandeza eterna de la nación jemer es Angkor!

Davuth te interrumpe con suavidad.

—La grandeza está muy bien —dice—. Pero no olvides que para levantar esta grandeza hicieron falta esclavos. Cuando ahora vemos estos templos se tiene la impresión de que los pusieron aquí los dioses en persona. Pero no fueron los dioses, Sar, fue el horror. Día tras día y década tras década los esclavos trabajaron sin descanso, derrengados bajo el sol, abriéndose paso entre la espesa vegetación tropical con afilados cuchillos, luchando contra los insectos, sudando, sin aliento, quitándose las sanguijuelas de las piernas y el vientre, azotados y recibiendo gritos. Los que desfallecían eran inmediatamente sustituidos. Los nuevos se agotaban acarreado una piedra tras otra a través de la selva para levantar los palacios sublimes de Angkor, cavaban fosas bajo el sol ardiente para construir los sistemas de drenaje, los de riego. Y cuando, asfixiados, morían, sus bocas se llenaban de fango. Los echaban a patadas a una tumba poco profunda y se olvidaban de ellos. Miles, olvidados para siempre. ¿Os lo imagináis?

Alrededor de la hoguera la noche es negra y silenciosa. Sólo se oye el chirrido de algunos saltamontes y el piar intermitente de un pájaro.

—¿Os lo imagináis? —repite Davuth.

—Sí —dices en voz baja—. Me lo imagino.

En tu cabeza son los ocupantes del palacio real quienes trabajan. Los profesores y las monjas de la escuela, Miche los que están derrengados. Son Suong y Chaya, Nhep y Chhay quienes trabajan hasta quedarse sin aliento. Son los comerciantes chinos, vietnamitas y franceses de la plaza del mercado de Phnom Penh quienes reciben un palazo en la nuca y se derrumban. Son los soldados japoneses quienes mueren de hambre. Imágenes que pasan en silencio. Y tú, para relajar el ambiente, dices:

—También me doy cuenta de que, en todo caso, los esclavos tenían siempre una *apsará* al alcance de la vista para pajearse antes de dormir.

Y el grupo se parte de risa.

*

1945, el año siguiente a la gira teatral es especialmente convulso. En febrero, en una sola noche mueren veinticinco mil personas en Dresde (bombas incendiarias). En marzo, cien mil muertos en Tokio (incendios, napalm). En mayo, Alemania es vencida. En agosto ciento cuarenta mil muertos en Hiroshima y setenta y cinco mil en Nagasaki (bombas atómicas). Derrota de Japón.

Finaliza abruptamente el dominio japonés sobre Camboya, regreso masivo de los franceses. El rey Sihanouk negocia con estos últimos un nuevo *modus vivendi*, pero lo único que consigue es que el antiguo protectorado se convierta en una ambigua autonomía. Es demasiado. Comienza la lucha por una verdadera independencia. Se forman grupos de oposición al rey, cada vez más numerosos y motivados. En Battambang se constituye un Comité de Liberación del pueblo jemer. Los Khmers Issaraks o «Líderes Jemer» se echan al monte. Mientras todos los alumnos del liceo Preah Sihanouk siguen la actualidad y la comentan apasionadamente, tú ni siquiera intentas comprender todo ese lío. Tu cuerpo se ha empapado de Angkor, no lo olvidas. Dentro de ti el templo encarna la Camboya absoluta. A partir de entonces te mantienes firme y conservas en los labios la sonrisa de Buda. Igual que te ocurrió en la escuela Miche, también ahora en el liceo Preah Sihanouk pasas demasiado tiempo fantaseando.

Al acabar el tercer año, fracasas, no obtienes el diploma. ¿Es posible, Saloth Sar, con veintitrés años y sin un título? Tus repetidos desastres humillan y exasperan a tu familia. Desesperado, Suong te envía a la escuela técnica de Russey Keo, en el barrio vietnamita de Phnom Penh, para que sigas durante un año un curso de carpintería. Un trabajo manual. Una perspectiva humillante para el nieto de un héroe de la patria y el hermano de un funcionario de palacio. Pero, definitivamente, será en Russey Keo donde obtendrás el único título de tu vida: un diploma de carpintero.

En un último intento por llevarte por el camino recto, Suong ejerce su influencia para inscribirte en la escuela más prestigiosa de la capital. Y ahí te meten. Sisowath, el liceo al que van todos los jóvenes de buena familia y en el que se forman los futuros líderes económicos y políticos del país. Pero, para ti, Sar, Sisowath es una pesadilla. Al darse cuenta de que no tienes ningún proyecto vital y que estás allí sólo por las influencias de tu hermano, tus compañeros te rechazan, te tratan como si fueras una concubina.

Sin embargo, fuera de la escuela tienes un premio de consolación nada despreciable. Ese año atraes la atención de la joven más guapa de la capital, conocida como la Reina de la Belleza. Soeung Son Maly, diecinueve años, espiritual, refinada. Rebasas de orgullo cuando se coge de tu brazo y pasea contigo por la calle. Pero su madre es una princesa y su familia vive en el barrio más distinguido de la capital. Vuestros encuentros deben ser serios y castos.

A Maly le conmueve el respeto y la delicadeza con los que la tratas. Después de un mes, vuestras conversaciones se hacen más relajadas y empezáis a hablar de matrimonio.

—¿Te casarías conmigo, Maly?

—Sí, creo que sí, pero mamá dice que nada de prisas, que nos tomemos nuestro tiempo.

—Pero ¿puedo hacerme ilusiones?

—Pertenece a una familia magnífica, querido. El país espera mucho de ti, y yo también. Consigue primero tu título en Sisowath y luego veremos...

Desgraciadamente, Sar, en el liceo Sisowath como en los demás sitios, pasas de largo ante tu título. Ya tienes veinticuatro años y no eres más que una penosa carga para tu familia. Casi por

milagro se presenta una solución para que dejes de ser un lastre. Gracias a sus contactos con el Partido Demócrata en el poder, Suong te consigue una beca del gobierno para estudiar en París. El propio rey Sihanouk en persona te entrega la beca a ti y a otros cuarenta estudiantes en medio de una ceremonia oficial. La beca entra en vigor en otoño.

Los demás becados irán a la facultad de letras o de filosofía de la Sorbona, a la Escuela de altos estudios empresariales o a la de química. Pero ¿qué estudios emprenderá en la Ciudad de la Luz el hijo pródigo de Loth? Unos que estén en consonancia con sus más que penosas aptitudes. Tú, Sar, qué le vamos a hacer, irás a la escuela Violet de radioelectricidad.

Al despedirte de la Reina de la Belleza, Maly te dice que no te preocupes: puedes estar en Francia un año, dos o incluso tres, ella te esperará. Pasado ese tiempo, cargado de diplomas franceses y aureolado de gloria parisina, volverás para ocupar un prestigioso cargo en la capital. Entonces, queda prometido, empezareis vuestra vida en común.

4

PARÍS, 1949-1953

Saigón-Marsella. El viaje dura un mes.

Durante el trayecto controlas tus mareos meditando sobre dos imágenes sagradas: una pequeña foto de Soeung Son Maly y una postal de Angkor Vat. Constancia, nobleza, paciencia, belleza. Belleza, paciencia, nobleza, constancia. Y, algo que une las dos imágenes: Maly te dará unos hijos que, estás seguro, continuarán la lucha por devolver a Camboya la grandeza perdida.

Francia es un país que al mismo tiempo conoces demasiado y en absoluto. Es el país de los *barang*, los colonos, blancos, arrogantes como ese cabrón de Malraux que ha saqueado el templo de Banteay Srei... pero también es el país de Mahé. Y, aunque a pesar de tus esfuerzos se te sigue resistiendo, la lengua francesa, con su terrible gramática, sus puñeteras reglas de puntuación y su pronunciación nasal, también es la lengua de Paul Verlaine, cuyos sensuales versos a menudo afloran a tu memoria. Pero, por encima de todo, Francia significa lejanía. Allí no vive nadie relacionado con tu familia, con la corte real o con los colegios en los que has estado. En una palabra, allí no hay nadie que haya sido testigo de tus abundantes fracasos.

Acompañado por otros cuatro becarios con los que has hecho la travesía, llegas a la estación de Lyon el 1 de octubre de 1949. Comienza el vértigo. Bajo la lluvia y hasta donde alcanza la vista aparece una serie de edificios blancuzcos, avenidas, automóviles, letreros luminosos, cruces, semáforos, tiendas y *barang*... todo sumergido en un océano de francés, palabras en francés por todas partes, murmuradas, gritadas, recitadas, superpuestas. Para colmo, todo parece deslizarse sobre cojinetes. Lo que te habían dicho sobre Europa no es verdad.

Tus compañeros no parecen afectados por tu misma sensación de vértigo. ¿Cómo se las ingenian para desplegar el plano del metro y estudiarlo tranquilamente como si nada? Después de haber atravesado la cuarta parte del planeta te cuesta trabajo admitir lo banal de la realidad parisina: te parece increíble que un grupo de estudiantes camboyanos pueda comprar billetes de metro, picarlos, cruzar las puertas metálicas que dan a los andenes, tomar la línea 3, cambiar en Réaumur-Sébastopol a la línea 4, pasar bajo el Sena (eso de lo que tanto te había hablado Mahé), cambiar otra vez en Denfert-Rochereau, tomar la línea de Sceaux para recorrer una estación hasta la Cité-Universitaire, encontrar la Casa de Indochina en ese inmenso jardín plagado de edificios y, una vez dentro, saludar con un *sampeah* a otros estudiantes camboyanos que hay allí.

Lo primero que os dicen esos jemerres de París —¿no estáis soñando?— es que las masas campesinas y obreras chinas han logrado derrocar el antiguo poder. ¡Mao Zedong acaba de proclamar el nacimiento de la China popular!

Envalentonados por sus diplomas y su francés fluido, tus compañeros no dudan en discutir de política con los parisinos y en flirtear con las parisinas. Tu complejo de inferioridad renace. Sobrepasado, muestras tus labios de piedra. Unos días más tarde, en la Casa de Indochina, tu plácida sonrisa atrae al sobrino del difunto rey Monivong, un guapo treintañero llamado Somonopong. Te invita a estirar las piernas por el parque Montsouris, enfrente de la Cité. Caminando sin rumbo entre los estanques, los parterres y las zonas de juego charláis en jemer.

El príncipe sabe que su tío, el rey, expiró en los brazos de una cortesana muy joven. Tú le confiesas que esa joven es tu hermana mayor.

—¿De verdad? —exclama Somonopong riéndose—. ¡Qué casualidad! Y, dime, Saloth Sar, ¿qué proyectos tienes? ¿Estás matriculado en la Sorbona?

—No, prefiero aprender un oficio útil. Voy a estudiar radioelectricidad en la escuela Violet.

—Ah, estupendo. Desde luego es un oficio con futuro. ¿Dónde está esa escuela?

—En la rue Amyot, en el distrito quinto.

—¡Magnífico! Vivo muy cerca, rue Lacépède. Si quieres te enseño el barrio. Deja que te invite a comer mañana.

Os encontráis en la terraza de la Chope, plaza de la Contrescarpe.

—¿Te das cuenta? —te dice Somonopong—, verdaderamente es el barrio de las Luces. Allí arriba está el Panteón, por allí el Jardín de las Plantas con su famoso museo, allí también la École Normale Supérieure en la rue Ulm donde estudiaron Sartre y Beauvoir. Todas las calles tienen nombres de grandes científicos, Linné, Lacépède, Cuvier, Monge... no como la orilla derecha, reaccionaria y con las calles con nombres de santos y de reyes.

No conoces ninguno de los nombres que el príncipe acaba de enumerar. Bastante perdido, asientes con la cabeza, sonríes, bebes un trago de cerveza, enciendes un cigarrillo y finges que lo sigues.

—La última primavera —continúa Somonopong—, la señora Beauvoir publicó un ladrillo y se convirtió en un best seller. Se titula, escúchalo bien... ¡*El segundo sexo!*

Bromeáis. Suena a chiste, *El segundo sexo*, parece mentira. ¿De verdad esa mujer se ha atrevido a poner la palabra «sexo» en el título de un libro?

El príncipe te habla de la actualidad francesa: supresión de las cartillas de racionamiento por primera vez desde la guerra (¿Sí, te preguntas *in petto*, de modo que la guerra también ha hecho estragos en Francia? Desde que el mariscal Pétain firmó el armisticio en la escuela Miche no os dijeron nada más sobre ese asunto...), el gobierno de Henri Queuille acaba de caer, el franco se ha devaluado por segunda vez en sólo unos meses... Te esfuerzas por retener lo que Somonopong te cuenta, pero muy pronto te quedas atrás.

El príncipe echa a rodar una moneda de un franco desde la mesa en la que estáis. La moneda va a parar a los pies de un vagabundo que en un abrir y cerrar de ojos la coge y se la guarda. Sueltas una carcajada, Sar, y tu risa le encanta al príncipe Somonopong. Pone una mano sobre la tuya. Os miráis a los ojos. Pedís otra ronda de cervezas.

Hacia las seis de la tarde, el hermoso cielo azul vira a violeta y el aire se hace más fresco. Armándote de valor le confiesas al príncipe que estás buscando alojamiento.

—¡Ni pintado! —exclama Somonopong—. Precisamente tengo una habitación libre en mi casa. Será un placer complacerte. —Y pide la cuenta.

Menos impactado por la generosidad de su oferta que por la inmensidad de París, caminas

junto al príncipe. Vais en silencio. Y envueltos en ese silencio llegáis ante su edificio y subís las escaleras hasta la cuarta planta, que él ocupa entera. Sin decir una palabra, Somonopong introduce la llave en la cerradura y te hace pasar a la habitación principesca.

Alcanzáis rápidamente un acuerdo. Tu elástico cuerpo será el único alquiler que deberás pagarle al príncipe de tanto en tanto, cuando él esté cansado de las chicas de Pigalle. Nunca le darás a nadie la dirección de la rue Lacépède. Guardarás silencio sobre este apartamento y sobre todo lo que ocurra en él. Te has convertido en un experto como juguete sexual de la familia real jemer. No tiene importancia, ninguna importancia. Lo único que cuenta es la libertad. Con veinticuatro años, a diez mil kilómetros de tu familia, por primera vez en tu vida tienes una habitación para ti solo. Y está *en París*, y además está en el corazón del famoso barrio Latino.

Te haces un juramento: cuando vuelvas a Phnom Penh para pedir a Maly en matrimonio serás dueño de tu destino.

*

A lo largo del otoño, Somonopong te descubre el Vieux-Colombier y los garitos de Saint-Germain-des-Prés. Las sinuosas *apsarás* del Ballet Real de Phnom Penh resultan de un kitsch increíble al lado de las jóvenes de aquí, que se ponen a bailar con sus parejas unos frenéticos bebops. Incluso la delicada y rebuscada belleza de Maly de pronto te parece relativa cuando miras su foto. De todas formas, las francesas del barrio Latino tienen algo en común con tu prometida camboyana: también ellas se quedan prendadas de tu cortesía y tu discreción. Recién liberadas de un catolicismo puritano, te agradecen que no te pongas pegajoso ni intentes besarlas a toda costa. Les encanta rozar la piel dorada y lisa del bello asiático, y todavía les encanta más cuando les das las gracias con una sencilla inclinación del torso. Nada que ver con sus compañeros lanzados y directos que aprovechan los bailes lentos para tocarles el culo o lamerles la oreja.

De esa forma te sorprendes a ti mismo, Sar, deslizándote noche tras noche por una pista de baile con unas temblorosas francesitas. Como lo único que has conseguido en tus quince años de estudios sin títulos es retener el *riensout* y memorizar sutras, aprendes poemas de memoria y se los recitas cada vez que puedes.

Verlaine: La muerte que quisimos y que siempre fue nuestra / al final de ese camino donde crecen la zarza / y la ortiga, oh la muerte sin esas emociones funestas / delicioso anuncio por el que la victoria avanza... Ohhh, con los ojos abiertos como platos, las parisinas se te cuelgan del cuello.

Vigny: Si puedes, haz que tu alma consiga / a fuerza de permanecer silenciosa y reflexiva / llegar a este alto grado de estoico desdén / cuya cima yo, nacido en la llanura, alcancé. / Gemir, llorar, rogar, todo es igual de bajo. / Haz con energía tu arduo y largo trabajo / en el camino donde la suerte te quiso llamar / luego, como yo, sufre y muere sin hablar. Ohh, ohhhhh. Las parisinas, más que ante los versos del poeta estoico, reaccionan ante la altura de quien los recita, ante su voz grave y dulce, su sonrisa magnética, sus dedos largos y su pelo azabache. Eres mortalmente seductor para ellas. Y cuando, a media voz, les cuentas que tu beca apenas te da para comer, te invitan encantadas.

—¿Vamos esta noche al Tabou para oír a Juliette Gréco? Ya la verás, ¡es la pera!

A veces, en las noches del Tabou no sólo está Gréco cantando, también están Sartre y

Beauvoir bebiendo, fumando y charlando. Entonces tú ya sabes que son una pareja mundialmente conocida, y te parece increíble estar sentado al lado de esos semidioses. Tan cerca que bastaría con que estirases el brazo para tocarlos. ¡Si tu hermano Suong o tu prima Meak pudieran verte! Tú, el desgraciado, el fracasado, tú, el chico pálido y gordito de Prek Sbauv del que todo el mundo se burlaba... desatado en la pista de baile de un club de jazz del barrio Latino con unas parisinas que llevan unas faldas apenas por encima de la rodilla.

En ese primer otoño en París, la imagen que tenías de ti mismo se transforma. Aquí, Sar, no eres un fracaso sino un ganador. Los franceses te encuentran fascinante, atractivo. En vez de sentirte perpetuamente al margen, tienes la impresión, nueva para ti, de estar situado exactamente en el mismo centro de la vida.

Entre los estudiantes jemerres, en cambio, esas noches de bailarín te crean fama de dandi. Una de tus alegres amigas, una tal Françoise, te regala fulares sofisticados y te enseña a fumar Gauloises, te da lecciones de conducir y a veces te deja llevar el volante de su viejo Tiburón. Un día, te invita a casa de sus padres, en Bourges. Pero sabes dónde están los límites. Sin dejar de sonreír, escurres el bulto. No has olvidado cuál es tu misión en la vida. Tu destino no es fundirte con la clase media francesa convertido en el yerno ideal de una pareja de profesores socialistas del departamento del Cher. Oscura pero poderosamente, sabes que debes trabajar para recuperar la grandeza de Camboya.

Una noche, Françoise te lleva al Vieux-Colombier para escuchar a Sidney Bechet (una novedad más: un hombre negro en carne y hueso). Caminando con ella por la rue Saint-Sulpice después del concierto, oyes por una ventana abierta a alguien hablando en jemer. El hombre no habla fuerte, pero por su ritmo cortante y su acento viril reconoces la voz de Keng Vannsak, un intelectual apasionado, puro fuego, con el que te cruzaste en la Casa de Indochina el día de tu llegada a París. Te paras en seco.

—¿Qué pasa? —pregunta Françoise.

—Me he dejado en el club mi... eh, el encendedor Zippo que me regalaste.

—No, la mesa estaba vacía cuando nos fuimos.

—Me lo habré dejado en el baño. Sí, perdona, estoy seguro, voy a buscarlo.

—Pero, Sar... ¡nos están esperando en la Huchette dentro de diez minutos!

—Ve, no me esperes. Te alcanzo.

Te quedas en la calle unos minutos más, escuchando. Luego entras en el edificio, subes y pegas suavemente en la puerta de la habitación donde esa noche se reúne la Asociación de estudiantes jemerres.

Salón lleno hasta los topes que una espesa humareda de cigarrillos vuelve casi irrespirable.

Keng Vannsak te saluda con los ojos y sigue soltando su discurso con un tono de ira contenida.

—Según los términos del tratado franco-camboiano firmado hoy mismo el protectorado queda abolido y la independencia de Camboya reconocida... *¡pero siempre y exclusivamente en el marco de la Unión francesa!* Es inadmisibile. ¡Hay que acabar de una vez por todas con este control de Francia en nuestros asuntos!

Un problema demasiado grave como para irte con Françoise. Cuando la reunión se acaba, le ofreces un cigarrillo a Vannsak, se lo enciendes. Establáis una amistosa conversación. Tiemblas de felicidad.

Después de unas semanas y de haber puesto a prueba tu discreción en las tumultuosas

reuniones de la rue Saint-Sulpice, Vannsak te invita —enorme privilegio— a participar en las reuniones privadas que mantiene en su casa. Vive con su esposa, una francesa de nombre Suzanne Colleville, en la rue du Commerce, en el distrito decimoquinto. Observando y escuchando a Vannsak, vuelves a tener las mismas sensaciones de adolescente que sentías en las clases particulares de Mahé. Te estremeces literalmente de deseo, como si tuvieses el cuerpo entero cubierto por un manto de abejas...

Se acerca el verano. Acabas los exámenes de fin de curso en la escuela Violet, los pasas por los pelos. Molesta, tu familia te comunica que ha tomado la decisión de cortarte la manutención. Por otra parte, el príncipe Somonopong va a regresar a Phnom Penh, de modo que su salida de la rue Lacépède supondrá forzosamente la tuya. Dicho de otro modo, no tendrás forma alguna de vivir en París a partir de otoño. La pareja Keng conoce a un comerciante de vinos que alquila habitaciones justo frente a su casa, en la rue Letellier, y puede alquilarte una a buen precio. De forma, Sar, que en el espacio de unos días pasas de vivir en el lujoso apartamento de tu principesco amante al espartano decorado de un auvernés. Pero poco te importa el lujo cuando le has caído en gracia a Vannsak. Aunque no esperas poder hablar un día con la fluidez de este nombre fuera de serie, al menos estás orgulloso de disfrutar de su estima.

A menudo, durante la noche, acuden a tu mente imágenes de ese hombre: sus bellas manos, que conoces íntimamente a fuerza de mirar cómo se mueven durante sus discursos, se entrelazan con las tuyas; su mirada, casi siempre dura, se suaviza al dirigirse a ti. Sueñas con sentirte amado por Keng Vannsak.

Igual que Mahé Jaouen, Vannsak se rodea de jóvenes que manejan brillantemente los conceptos y retienen los pormenores de la Historia. Y —seguramente celosos de ver a su líder volcado con ese joven guapito, dulce y afeminado— los otros miembros del AEK no dejan de recordarte tu reputación de pequeño bufón.

¿Cuántos cursos escolares han terminado con la misma cantinela? *¡Suspendido! ¡Saloth Sar, suspendido! Falta de trabajo falta de disciplina falta de voluntad falta de concentración. Repetir curso.* En junio de 1951, la escuela Violet no te admite en tercero.

Tienes dos caminos. Algunos de tus compañeros van a pasar el verano en Berlín, donde hay un encuentro mundial de jóvenes por la paz. Otros van a Yugoslavia para trabajar por la construcción del socialismo. Los primeros deben pagarse ellos mismos el viaje y la estancia en Berlín; los segundos serán, si no remunerados, al menos alojados y mantenidos por cuenta de la organización.

Momento fatídico. Bifurcación de caminos. No tienes dinero, Sar.

Vas a Yugoslavia.

*

La construcción de la sociedad socialista pasa por la construcción de carreteras y pantanos. Ese verano se está haciendo la carretera Belgrado-Zagreb. Que no sea por ti, te lanzas al trabajo físico. A los veintiséis años, en tu esplendor, codo con codo con los compañeros, sudando bajo el sol, ejercitas los músculos y comes con ganas. Tan lejos de las cursilerías del palacio real de Phnom Penh como de los garitos hedonistas de Saint-Germain-des-Prés, te reencuentras con los olores y las sensaciones de la infancia. El rigor de una vida sencilla y viril, sin humillaciones. Al ritmo del pico y la pala, en el silencio de la mesa regida por el hambre, el cansancio sano de las tardes y el sueño profundo de las noches, construyes el socialismo futuro unido a otros mil

hombres. Sientes que estás haciendo exactamente lo que se espera de ti. Nadie te juzga ni te pone nota. Te sientes pleno y los gestos repetitivos son como las piedras que forman un monasterio. Además este trabajo te parece una forma de plegaria. Durante el día los otros trabajadores hablan en veinte lenguas que no conoces, por la noche salís, uno con una armónica, otro con un acordeón, tocan juntos canciones tristes de sus respectivos países. Para ti todo resulta excitante y apacible al mismo tiempo.

Cuando en otoño vuelves a París, a tus compañeros jemerer les cuesta trabajo reconocerte. Estás bronceado, con buena musculatura... y eres comunista. Te das cuenta de que muy pocos de ellos comparten tu idealismo intransigente. Admiran a Son Ngoc Thanh, el líder del Partido Demócrata, un personaje blandengue y charlatán para tu gusto, siempre dispuesto a negociar, a buscar formas de compromiso. Tú sólo quieres mezclarte con hombres determinados y obsesivos, como esos que en Yugoslavia cavaban zanjas a tu lado.

Consigues ser aceptado en el seno del muy exclusivo Círculo Marxista Camboyano, un pequeño grupo de pensamiento radical que por casualidad se reúne en la rue Lacépède, muy cerca del apartamento en el que vivías con Somonopong. Cada uno de los miembros del Círculo posee una cualidad destacada. Keng Vannsak es el más brillante. Khieu Samphan, fino estratega, es partidario de la lucha armada contra los franceses. Ieng Sary, estricto y riguroso, insiste en la importancia de la abstinencia sexual, toda la energía del cuerpo debe ser puesta al servicio de la lucha política. Thiounn Mumm es el más utópico y amoral...

¿Y tú, Saloth Sar? ¿Tú eres *el más qué*, exactamente? No siendo la oratoria tu fuerte, te matas por atraer la simpatía de esos militantes viriles siendo por lo menos *el más simpático*. Llevas cigarrillos a las reuniones, los repartes y los enciendes...

Pero, mira por dónde, hasta dentro de este círculo marxista, los líderes son nombrados en función de sus títulos académicos. Con tu pequeño diploma, quedas excluido. Lo llevas muy mal dado que los líderes no son siempre tan ejemplares en sus actos como lo son con sus palabras. Por ejemplo, después de tanto predicar la abstinencia sexual, Ieng Sary deja embarazada a su amiga Khieu Thirith, que ha ido a pasar unos días con él en París. Fastidiado por ese embarazo, Sary obliga a Thirith a ir a Suiza para abortar.

Guapos y elegantes, poco numerosos, siempre sonrientes y siempre juntos, los camboyanos del Círculo Marxista asisten a las tempestuosas reuniones anticolonialistas de la Mutualité. En esos días la mayor parte de los mítines giran alrededor de la guerra de Indochina. En la lucha contra el ocupante francés y el capitalismo, los comunistas franceses apoyan al Viet Minh y a su líder Ho Chi Minh. Aunque aprecian el entusiasmo general y se aprovechan de la atención que provoca la causa vietnamita, los militantes del AEK se indignan al ver que los franceses mezclan todas las colonias del Sudeste Asiático bajo el término «Indochina». Ignorando las peculiaridades de la cultura jemer y de los problemas políticos de los camboyanos, los meten tranquilamente en el mismo saco que a su histórico enemigo.

Una noche, el gran Jean-Paul Sartre en persona sube a la tribuna de la Mutualité y se explaya, como recientemente ha hecho en las páginas de *Temps modernes*, sobre la acción criminal de los soldados franceses en «Indochina». Acuden para aclamarlo con un estruendo enorme las voces de 1.789 hombres entusiastas (la sala, en recuerdo de la Revolución Francesa, tiene exactamente ese número de asientos). Tu instante preferido del mitin tiene lugar al final, cuando todos se levantan y entonan la *Internacional*. No te atreves a cantar delante de tus camaradas, pero como te la sabes de memoria, muchas mañanas la tarareas, una estrofa detrás de otra, para animar tus abluciones en

la pequeña cocina de la rue Letellier.

Al salir de «la Mutu» los miembros del Círculo se reúnen cerca de allí, en el café France-Vietnam de la rue Jean-de-Beauvais. Durante horas, en medio de una espesa nube de humo, siguen desmenuzando todo lo que se ha estado hablando antes.

*

Ese invierno de 1951-1952 empiezas a leer *L'Humanité* y decides afiliarte al Partido Comunista. Recoges el carnet del partido: la cuota es de cinco francos mensuales para quienes, como tú, ganan entre dos y cuatro mil francos al mes. Te explican que el PC es como una inmensa familia que representa la cuarta parte de los electores franceses.

Las reuniones de la célula son muy animadas. Reencuentras la felicidad de tus nueve años en el Vat Botum Vaddei. Estás amparado por una estructura fuerte, obedeces a hombres con criterio, todos trabajando juntos por un ideal común. Aunque tu célula del distrito decimoquinto de París no cuenta con la participación de ningún obrero ni campesino, tus orígenes campesinos y tus habilidades manuales son muy apreciados.

Los camaradas de tu célula te llevan a manifestaciones y te ayudan a entender las consignas que los líderes pregonan por los megáfonos. «¡No, Francia no será un país colonizado: americanos, idos a América! ¡Unidos ante el futuro con el Partido Comunista Francés! ¡Cien años de dominación francesa! ¡Para unos la miseria, para otros la riqueza! ¡En lucha por la independencia de los pueblos colonizados! ¡Amo a mi país, me afilio al Partido Comunista Francés! ¡La solidaridad no es el problema, es la solución!» Este es el francés que manejas a la perfección. Igual que los mantras en pali en la pagoda, esos lemas se acompañan muy fácilmente con los latidos del corazón. Respaldo por tus camaradas avanzas finalmente hacia la victoria, una victoria inmensa y justa: la de los pobres, la de los explotados. Todos compartís el mismo objetivo. No hay el más mínimo resquicio de duda.

Te sorprende saber que una parte importante de los militantes comunistas es de origen judío. No se distinguen físicamente de los demás, pero pareciera que casi todos hayan perdido a miembros de su familia durante la guerra. La palabra «judío» te dice poco aunque en las clases de catecismo en la escuela Miche aprendiste que el hombre crucificado por los romanos era judío. Siendo Alemania seguidora de Jesús, ¿cómo ha podido deportar y asesinar a gente de su misma religión? Esta incoherencia te perturba durante un tiempo, pero como los militantes son tan perentorios y no dejan de hablar de lo suyo no encuentras el momento de hablar de eso y acabas por olvidarlo.

Presidiendo la sala en la que se reúne tu célula, descubres el hermoso y bigotudo rostro de Iósif Stalin. Aprecias la personalidad firme pero benevolente del padrecito del pueblo. Te impregnas de sus consignas. «El partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas...» Al saber que el PCF condena tajantemente a Yugoslavia en base a un error histórico denominado «la escisión titoísta de 1948» guardas un prudente silencio acerca del feliz verano que pasaste allí.

Lo mejor del partido es que todo está claro. Aprecias especialmente las reuniones en las que se vota la expulsión de un o una camarada. Se empieza por enunciar las faltas de las que se encuentra culpable al camarada y se le pide que haga autocrítica. A veces lo hace, otras no. La escena es emocionante porque los camaradas se conocen bien, de modo que el acusado está en el

banquillo por la declaración de alguien cercano, y con riesgo de morir políticamente. Los minutos se alargan, los testimonios se acumulan, hasta que finalmente quien preside la sesión pronuncia la votación de expulsión. «¿Quién está a favor? ¿Quién en contra?» Momento crítico. *Sí... o no*. Se es amigo o enemigo, se está a favor del partido o contra él. Las cosas son demasiado graves, no se pueden aceptar los virajes, la sensiblería, los *sí, pero...*, humanitarios. Sin disciplina nada es posible. Las diferencias individuales deben eliminarse, la historia personal queda en segundo plano. Las emociones revelan en sí mismas la sentimentalidad pequeñoburguesa.

Cuando se vota *sí* —cuando una mayoría de brazos se alzan— la víctima, a menudo llorando, debe abandonar la sala rápidamente. En ese momento, Sar, el corazón te late a mil por hora, a veces incluso tienes un amago de erección y tienes que bajar los ojos para no delatar tu excitación. A veces, después de haber asistido a una de esas sesiones, durante tus sueños nocturnos te corres.

Se sabe públicamente que la novelista Marguerite Duras —hija de colonos franceses que pasó una parte de su infancia en Ream, en la costa sur de Camboya— ha sido expulsada del partido el año anterior porque vivía con dos hombres al mismo tiempo. Incluso se dice que durante algunas noches de copas en su apartamento de la rue Saint-Benoît permitía que se criticaran algunas decisiones del Comité Central.

Tú, Sar, no quieres ser depurado. Jamás. Al saber que el jazz y el bebop son músicas decadentes, les haces una cruz a las francesas y a las salas de baile. En cualquier caso, ahora tus noches están entregadas a la militancia. Los latidos de esta nueva lengua francesa te corren por las venas y te mantienen en un estado febril. Te suscribes a *Cahiers internationaux*. De repente todo cuadra, se une, cobra sentido, todo parece posible y positivo. La Reina de la Belleza te quiere y te espera en Phnom Penh. Cuando te cases, la convertirás en una camarada.

Sólo hay un pequeño punto de tensión en tu situación actual: en la misma medida que el PCF te llena de energía, el AEK te la quita.

*

A mediados de junio de 1952 estalla la bomba. ¡En un arrebato de locura, Sihanouk, lisa y llanamente, aparta del poder al Partido Demócrata! Sin dejar de ser rey, se autoproclama primer ministro, se dota de poderes extraordinarios y se lanza a una cruzada para conseguir la independencia del país. El AEK está escandalizado. Keng Vannsak publica en *L'Étudiant khmer* un artículo acusando al rey de estrangular la democracia con la ayuda de los colonialistas franceses. Hace un canto de los partidos tradicionales, tanto de los demócratas de Son Ngoc Thanh como de los Khmers Issaraks, la guerrilla comunista sustentada por el Viet Minh de Vietnam del Norte.

Loco de rabia, Sihanouk envía a París a Penn Nouth, su consejero de mayor confianza, con el fin de manipular a los estudiantes y sumarlos a su causa. Pero estos ofenden e insultan a Penn Nouth: «¡A partir de ahora somos nosotros quienes representamos al pueblo camboyano! —le dicen—. ¡Usted no es más que un traidor!».

Días más tarde, la escuela Violet de radioelectricidad te suspende por tercer año consecutivo, y desde Phnom Penh te llega una carta comunicándote la cancelación de tu beca al final del verano debido a tu mediocre rendimiento.

Es el momento de la verdad.

Sentado en la cama de tu habitación de la rue Letellier, estás más de una hora con la vista

clavada en la carta oficial. Muy pronto ni siquiera podrás pagar esa miserable habitación. ¿Qué vas a hacer? Por la tarde, sin poder aguantar el calor asfixiante, sales a dar una vuelta. Empiezas a andar y no hay modo de detener tus pasos. Atraviesas el Campo de Marte, pasas bajo la torre Eiffel, giras a la derecha y empiezas a caminar a lo largo del Sena.

Un muelle después de otro, avanzas con grandes zancadas, rumiando, odiando, envidiando a tus camaradas del Círculo Marxista. ¿Por qué tiene que ser todo tan duro para ti? Puentes y monumentos se suceden: puente del Alma, Invalides, Assemblée Nationale, puente Alexandre III, Concorde, puente Royal, puente del Carrousel, Institut de France, puente des Arts, Casa de la Moneda de París, Pont-Neuf... Louvre... estatuas ecuestres, personajes coronados, ejército, monarquía, artes, todo ese universo del que eres expulsado... Al llegar a la altura del puente Saint-Michel —la Iglesia y sus santos, otro mundo que te resulta hostil— tu mirada choca de frente con el título de un libro colocado en el puesto de un *bouquiniste*: *La Grande Révolution*. Te viene el recuerdo fulgurante de tus clases particulares con Mahé Jaouen sobre ese tema, todo lo que el joven cura de izquierdas con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes te contó, a ti, su alumno transido de amor, el violento levantamiento del pueblo francés entre 1789 y 1793, los sucesivos intentos de los necesitados por acabar con la monarquía y el clero, y la forma en la que la burguesía traicionó cada uno de esos intentos, interesada en conservar el poder para sí misma.

Coges el libro, lo hojeas. Es un tocho de ochocientas páginas publicado hace más de cuarenta años, en 1909. En las guardas hay una foto del autor, un ruso de barba larga llamado Piotr Kropotkin.

—Veinticinco francos —te dice el *bouquiniste* dando una calda a un Gitane sin filtro.

Asientes, sacas la cartera y lo compras. Quién sabe. En la próxima reunión del Círculo Marxista ese libro te puede permitir fardar, deslumbrar a Vannsak citando hechos y citas revolucionarios. Viendo lo bien que les caes a los comunistas franceses se te hace cada vez más insoportable el desprecio que sienten por ti tus compatriotas. Esta vez se van a enterar. Se lo vas a restregar por la cara.

De regreso a la rue Letellier, como en la habitación no hay ningún sillón, te metes en la cama para estudiarte *La Grande Révolution*. Lees hasta muy avanzada la noche, sin pararte para comer, subrayando párrafos con lápiz negro. Continúas la mañana siguiente, alimentándote con palabras en lugar de con comida. El estilo de Kropotkin es accesible y vivo. Te das cuenta de que los conceptos de este autor vuelan por el mismo y etéreo firmamento en el que Vannsak trata de fijar su ideal revolucionario. Te quedas en la cama leyendo e, influido por el hambre, en un estado cercano a la alucinación llegas a las primeras descripciones de los pobres sublevados contra los ricos. «Llega el ejército, el pueblo le hace frente lanzándoles piedras, tejas y muebles por las ventanas y desde los tejados. El ejército dispara y el pueblo se defiende con coraje durante horas. El resultado es doce soldados muertos y ochenta heridos; doscientos hombres muertos del lado del pueblo y trescientos heridos. Los obreros retiran los cadáveres de sus hermanos y los llevan a los suburbios...»

Tumbado sobre un costado, lees palabras, en tu cabeza se forman imágenes, algo nuevo está sucediendo dentro de ti. La rabia y el hambre hacen aparecer ante tus ojos un velo rojo de sangre. «Poco a poco, empiezan a bajar a la calle, armados. Durante toda la noche hombres del pueblo obligan a los viandantes a darles dinero para comprar pólvora. Las barricadas arden.»

Ves las armas, las llamas, las hojas de acero, ves los brazos y las piernas separarse de los troncos, tu mano coge tu sexo y lo aprieta. Las facciones avivadas, el cuerpo crispado por la

pasión del combate, lees. «Tocan a rebato durante toda la noche, la burguesía tiembla por sus propiedades, hombres armados con picas y palos se despliegan por todos los barrios y saquean las casas de algunos enemigos del pueblo, de los acaparadores, pegan en las puertas de los ricos pidiéndoles pan y armas.»

Lees más rápido, la mano que agarra tu sexo también se mueve más deprisa. Cuando la sangre empieza a emparar las calles de París, las palabras se derraman sobre ti como una oleada de sangre. Gimes, te arqueas, todo se te hace líquido, te abandonas a las imágenes de Vannsak y de Mahé, a sus gritos. «Es entonces, sobre las ocho y media, cuando el rey, [...] temiendo ser asesinado por el pueblo, abandona las Tullerías. Va a refugiarse a la Asamblea, dejando que sus fieles defiendan el castillo y masacren a los asaltantes. Pero al huir el rey, batallones enteros de la aburguesada guardia nacional perteneciente a los barrios ricos se dispersan sin pérdida de tiempo para no encontrarse frente al pueblo rebelado.»

Poniendo a Norodom Sihanouk en el lugar de Luis XVI y a las princesas del harén de Monivong en el de María Antonieta, lo ves todo del mismo modo. Necesitas saber que las cosas son así, necesitas zambullirte a fondo en esos miembros arrancados, vientres abiertos por una daga, la cabeza cayendo con un ruido sordo en el cesto de la plaza de Grève, los adoquines de París resbaladizos y brillantes de sangre, «al día siguiente era digno de ver a todos los jacobinos del reino ahogados en su propia sangre».

La masacre pondría fin a la crueldad y a la opresión de la monarquía: lo mismo la de Phnom Penh que la de Versalles. «Entonces, mientras los suizos, mandados por oficiales de la corte y apostados en la escalinata de entrada, hicieron fuego sobre el pueblo amontonando más de cuatrocientos cadáveres al pie de la escalinata, él dijo que si no se abatían unas cuantas miles de cabezas no habría forma de que la corte acabase con los revolucionarios.»

Los humillados deben sublevarse, formar una masa, invadir y saquear... no sólo los palacios sino también los monasterios. En eso, Kropotkin estaba de acuerdo con Mahé Jaouen. Sí, hay que ser implacable con los monjes también. Te identificas con el pensamiento y los análisis del anarquista ruso. Una teoría sin matices que te ayuda a comprender no sólo Francia y Rusia, Camboya y Vietnam, sino el mundo entero, la totalidad de la Historia humana de cabo a rabo. Llevado por esa lectura y por tus camaradas del PCF, que igual que tú vomitan la jerga opaca y pretenciosa de los intelectuales, te instalas ante la mesita coja que hay en una esquina de tu habitación, coges la pluma, la mojas en el tintero y te pones a escribir.

Instante sagrado. Un camino nuevo.

En la parte superior de la página escribes las letras de un pseudónimo, Khmer Daeum: Jemer de los orígenes, Jemer de las raíces. Es hermoso. Después el título: *¿Monarquía o democracia?*

Te gustaría conseguir la admiración de Vannsak. Elevando los ojos al techo, concentrándote en sacar de tu cabeza los ruidos que llegan de la rue du Commerce —voces de hombres, risas de mujeres, bocinas, zumbido de motores— te remontas a Prek Sbauv. Rescatando de lo hondo de tu memoria el olor del cieno, el brillo cegador del sol de la mañana, los campesinos deslomándose en silencio para plantar el arroz... y, oh, magia, la cosa funciona.

Lleno de ilusión y de incredulidad dejas correr la pluma por la página, y sí, sí, eso sale, aquello otro también, porque la indignación está justificada, llevada por una marea irresistible, un movimiento popular que proviene del inicio de los tiempos... «La monarquía jemer reduce al pueblo a la condición de animales, lo trata como a una caterva de esclavos...» Esas son las palabras, «animales», «caterva», «esclavos». Te había impresionado la lección de Davuth sobre

la esclavitud en Angkor Vat... Davuth era realmente guapo... pero no es momento para fantasear, hay que concentrarse.

Vuelves a escribir: «obligados a trabajar día y noche sin parar». La imagen aviva las llamas de tu cólera, llena de energía tu brazo, borra tu timidez. «La democracia es preciosa como un diamante...»

Eso es bueno, ¡«preciosa como un diamante»! Piensas en el anillo que esperas deslizar por el dedo de la Reina de la Belleza cuando vuelvas a tu país el año próximo. La sola evocación de Maly hace que tu sexo reaccione pero en lugar de ceder al deseo de imaginar todo su cuerpo, diriges ese deseo hacia tu estilográfica. Pronto una nueva metáfora se cristaliza dentro de ti y aparece en la página: «como un torrente que desciende de la montaña en cascadas y que nadie puede parar». ¡Ah, es magnífico, Sar!, te dices, maravillado por el poder de tu propio texto y la certeza de deslumbrar finalmente a Keng Vannsak.

Volviendo a ese criminal de Sihanouk que, al igual que Luis XVI, encarna la monarquía «tan infecta como una plaga putrefacta». ¡Muy bueno, eso!, te tiemblan las aletas de la nariz. Querrías arrancar esa corrupción de la carne de tu país y por medio de la revolución devolverle el cuerpo sano de un país fuerte e independiente. «Las palabras del rey son sensatas, admites (por si, después de haber leído la primera parte de tu texto, hay quien todavía tiene dudas), pero su corazón continúa envilecido.»

Titubeas. Durante diez minutos largos tu pluma permanece suspendida en el aire. Piensas en el poder incommensurable que la fe budista, hasta hace poco la tuya, tiene en Camboya. El budismo es, literalmente, el aire que respira el pueblo jemer. Sus altares son venerados en la entrada de cada pueblo, sus fiestas marcan las estaciones del año, sus preceptos impregnan la vida de los fieles desde que nacen hasta que mueren. Sin su fe, los campesinos jemer —endebles y hambrientos, aterrorizados por la invasión vietnamita y el hundimiento de la nación— no se podrían mantener de pie. También Maly, por muy Reina de la Belleza que sea, es profundamente creyente. A lo largo de vuestras conversaciones de novios en Phnom Penh el respeto por los monjes y los monasterios era una de las bases de vuestro entendimiento. Naturalmente, después de eso tú has conseguido liberarte de esa adicción al comprender, gracias a tus lecturas y tus reuniones parisinas, que la religión es el opio del pueblo. Pero si de pronto te pones a gritar esa verdad a los cuatro vientos, ¿no corres el riesgo de perder a Maly?

Vuelves a pensar en Mahé Jaouen. Al hablar de la Revolución Francesa, Mahé hacía distinción entre cristianos verdaderos, demócratas de corazón, y la Iglesia, poder político reaccionario e hipócrita. ¡Qué buena idea! Añades a tu artículo un pasaje precisando que los monjes ilustrados «siempre han comprendido perfectamente la naturaleza de la monarquía», y que el propio Buda, «nuestro Gran Señor», renunció a una vida principesca para convertirse en el amigo del pueblo. La democracia, concluyes, orgulloso de la pirueta, es el único sistema capaz de defender los «profundos valores» del budismo.

Muy bien, de momento es suficiente. Ya habrá tiempo de demostrarles a los campesinos la verdad del ateísmo después de dismantelar progresivamente los monasterios para redistribuir la riqueza. Ahora lo que urge es apartar a Sihanouk del poder... si es necesario del modo radical empleado por Robespierre. Acabas tu artículo ya de mañana, sudando, exhausto. Después de dormir dos o tres horas, lo pasas a limpio y vas caminando hasta la Ciudad Universitaria para entregarlo en las oficinas de *L'Etudiant khmer*. Cuando sales de nuevo al bulevar Jourdan la cabeza te da vueltas.

El texto se publica unos días después. Tus ideas se consideran válidas, dignas de interés general. Serán leídas por cientos, tal vez por miles de ojos. Y ahí está Khmer Daeum —el nombre inventado y que has hecho tuyo— impreso al pie del artículo.

Puedes ocultarte de ese modo, enmascarado. La máscara te hace libre, ¡has encontrado finalmente tu camino, Saloth Sar! Lo que importa es la lucha, las palabras y los gestos de la lucha. Irradias orgullo. En el ejemplar de la revista que envías a Maly has puesto una nota explicando que has escrito bajo un pseudónimo para no herir a su madre, la princesa, y a los demás miembros de su familia, pero que ese texto expresa tu verdadero pensamiento. Puede que la primera reacción de tu novia sea de rechazo, es normal, habituada como está desde la infancia al lujo de la corte. Al nacer no eligió ser hija de una princesa como tampoco tú elegiste tener un hermano funcionario de palacio o una hermana y una prima putas del rey. Pero Maly es inteligente. Si lee con atención tus argumentos no tendrá más remedio que reconocer su validez. Comprenderá que debe renunciar a sus privilegios y casarse no sólo contigo sino con tu causa: la de la justicia social. Le dirás que formas parte de un movimiento universal imparables, que estás en el mismo barco que millones de obreros soviéticos y millones de campesinos chinos que han hecho la revolución en sus países, por no hablar de los millones de comunistas franceses que están deseando hacerla en Francia.

¿Qué me dices, querida?, le preguntas mentalmente a Maly. Ya ves, de ser un mal alumno he pasado a ser un buen revolucionario: apasionado, humilde y leal. ¿Te casarás conmigo?

Y cuando Maly, en tu cabeza, responde afirmativamente, de nuevo te contienes para no celebrar esa victoria contigo mismo, en tu propio cuerpo.

*

En agosto, el AEK organiza un campamento de verano en Pornic, a orillas del Atlántico. Los jóvenes camboyanos se bañan y hacen excursiones juntos. Organizan un espectáculo de danzas camboyanas el sábado por la noche. Te vistes de mujer para la ocasión, algo que te hace recordar a Davuth disfrazado de Sītā. Eres consciente de tu belleza física: cuando caminas por el escenario o por la playa las chicas francesas recorren con miradas intensas tu cuerpo esbelto y musculado, sin un gramo de grasa. Tú les sonríes, pero no les das pie para nada más. Tu época de dandi ha pasado. Te reservas para Maly.

Por la noche, antes de dormir, te ves llevándote contigo a la Reina de la Belleza a la guerrilla, transformándola en una revolucionaria con los ojos encendidos, un poco como Aleksandra Kolontái... te excita imaginar su bello rostro todo embadurnado de barro, su cuerpo bañado en sudor. Tienes veintisiete años y la droga revolucionaria se ha apoderado de todo tu ser. Estás deseando regresar a tu país para continuar allí la lucha. Derrocar al rey. Saquear el palacio. Hacer pedazos los cortinajes dorados de los salones en los que de adolescente se burlaron de ti y te manipularon las holgazanas concubinas. Te repugna el recuerdo de esas mujeres frívolas y de sus senos rozándote la cara...

Cuando llega el otoño, estás preparado para tu regreso. Tu barco zarpa del viejo puerto de Marsella el 15 de diciembre de 1952.

*

Llegas a Saigón el 13 de enero de 1953, el mismo día en el que Sihanouk anuncia su decisión de gobernar por decreto, de reprimir por la fuerza cualquier forma de oposición, de cancelar las becas en París y de, lisa y llanamente, ilegalizar el AEK. Piensas que en poco tiempo tus camaradas también van a regresar al país, y que el país os ha declarado la guerra.

5

PHNOM PENH / GUERRILLA, 1953-1970

Impulsión, contracción: aunque desde hace poco te sientes un hombre cargado de futuro, tu primer impulso es el de volver a conectar con tu pasado. Experimentas la necesidad casi supersticiosa de tocarlo con tus dedos del mismo modo que puede tocarse la reliquia de un antepasado o una estatuilla de Buda para recibir energía. La verdad es que hace mucho tiempo que todos los miembros de tu familia se han desentendido de ti. No sueñas con convencerlos ni con impresionarlos, ni siquiera deseas verlos, sólo quieres reencontrarte con las huellas de tu infancia.

Los tres días que dura el viaje en autobús, observas los paisajes entre Saigón y Prek Sbauv, y, poco a poco, tu corazón se hunde, se encoge. El país está devastado por el hambre, la enfermedad, la muerte. Los campos están abandonados. Apenas hace unas semanas que estabas admirando los escaparates navideños en los grandes almacenes de París, mientras aquí reina una inmensa desolación. Una miseria como nunca has visto. ¿Qué ha ocurrido?

El autobús se detiene en el centro de Prek Sbauv. Te quedas allí un momento, confuso, desorientado, mirando a tu alrededor. Hace diez años de tu última visita. El sudor te cae por la nuca, respiras con dificultad. Tomándote por un extranjero extraviado, un viejo se acerca conduciendo un tuktuk. «¿Señor?», dice en francés, empleando por respeto la lengua de los colonos. Indignado porque un compatriota te trate de ese modo distante, te envaras para darle una lección, pero hay algo en el aspecto del anciano que hace que te detengas. El hombre mantiene la vista baja, sin embargo... esa curvatura de la mandíbula, esa nariz aguileña... Te quedas helado, te acercas y lo observas. *No es verdad, no puede ser*: Ese hombre demacrado con el pelo gris y la cara arrugada, encorvado no sólo por los años sino por la vergüenza de la pobreza... no es otro que Khan, el hermano menor de tu padre. ¡Tu tío Khan! Un relámpago. Una luz blanca cruza tu cerebro y te deja sin palabras. *Lo más hondo, la escoria, el fondo, imposible caer más bajo...* Cuando las palabras consiguen volver a tu cabeza, son esas las que afloran primero: *la escoria, el fondo, ha caído hasta el fondo...* Vuestra familia era una de las más ricas del pueblo. ¿Conducir un tuktuk? Ser un animal de carga para los demás. Si el hermano de tu padre se ha visto reducido casi a la mendicidad, significa que a la familia no le queda nada. *Es la escoria, el fondo, la escoria...*

Tus labios de piedra se agrietan. Por una vez dejas de sonreír. Balbuceas el nombre de tu tío y luego tu propio nombre, Saloth Sar, ves cómo la mirada del viejo se eleva y luego vuelve a hundirse en el suelo. Viendo a este hombre con su ropaje polvoriento, este espantajo escuálido y sin consistencia, sientes que tus ojos se llenan de lágrimas.

Después de ese día, Sar, nunca volverás a llorar.

Khan te lleva a su casa, situada al lado de la antigua casa de Loth y Nem. Te quedas allí muchos días, el tiempo necesario para comprobar la magnitud de los estragos. En efecto, a la vez que muchos otros, muchísimos, vuestra familia lo ha perdido todo. Sus búfalos, sus tierras. Los campesinos ya no cosechan nada. Los transportes no funcionan. Destrozada por la guerra, Camboya se ha ido a pique.

Demacrados y famélicos, los vecinos se maravillan del aspecto elegante del hijo pródigo: «¡Mírate, te has convertido en francés!». «Qué va —les repites—. Los franceses son el enemigo. Yo nada más que he pasado un tiempo en casa del enemigo para aprender el mejor modo de acabar con él» «¿Y lo has aprendido?» «Sí, creo que sí.»

Y te lanzas a ello.

*

Para empezar, vas a reunirte con Chantaraingsey, el líder jemer issarak, en un campamento del Kampong Spoe, al oeste de Phnom Penh. Primo rebelde del rey Sihanouk, Chantaraingsey ha reagrupado a su alrededor una banda de hombres intrépidos, convertidos todos ellos en expertos en técnicas de tortura. Según los rumores, su suplicio preferido consiste en cortarle muy lentamente la garganta a su víctima mientras le chupa la sangre... Tú, Sar, los miras fascinado.

El 4 de marzo, en Kampong Spoe te enteras de una noticia inconcebible: el fallecimiento del hombre que tú y tus camaradas del PCF llamabais afectuosamente el padrecito del pueblo. Al caer la noche, te introduces en el bosque para imaginar que te reúnes con los camaradas de tu célula y, para consolarlos por tanto dolor, cantas la *Internacional*. El sonido de una cascada ahoga tu voz de barítono, pero sabes que un lamento se eleva por encima de los países comunistas desde una punta del planeta a la otra, que millones de fieles lloran a Iósif Stalin en ese momento, y que nunca será olvidado.

Tu determinación crece.

A lo largo de los meses siguientes, los estudiantes camboyanos van regresando de París uno tras otro: Khieu Samphan, Ieng Sary, Thiounn Mumm... Keng Vannsak. Vas a encontrarte con ellos en Phnom Penh y los pones al corriente de tu estancia entre los issaraks. Básicamente, les dices, son salteadores de caminos. Implacables y crueles, como es de esperar, pero insuficientemente instruidos en el pensamiento y la disciplina comunistas, muy útiles como aliados nuestros. Haríamos muy bien en unir nuestras fuerzas con las de los Viet Minh, que combaten a los americanos en el este del país.

Pasando de las palabras a los hechos, te unes a la guerrilla a mediados de agosto. Muchos amigos llegados de París te siguen. Durante dos semanas marcháis por bosques, cruzáis el Mekong, atravesáis plantaciones de heveas y luego la jungla... Tus camaradas gruñen y reniegan, pero tú callas. Estás en tu elemento: elemento físico, rítmico, lleno de objetivos. Como cuando en tu verano yugoslavo te sentías eufórico al tener a tu alrededor jóvenes con los cuerpos musculados y el ánimo lleno de determinación. Al cabo de tres semanas de marcha, llegáis al cuartel general de la zona este del Viet Minh, que marca la frontera de Vietnam.

Antes incluso de que os hubieseis podido lavar la cara ya os habían entregado vuestra nueva ropa: camisa y pantalón negros, teñidos con jugo de bayas, pañuelo rojo y blanco. Después de atar las cintas de vuestras sandalias de caucho, os ponéis de pie para miraros de reojo, cada cual

buscando y aprobando su imagen en la apariencia de los otros. Estáis encantados, encantadísimos de ser tan parecidos. Negros como la tierra que cultivan los campesinos. Esta es la verdadera nobleza: seria y activa, la de los pobres, no aquella, vistosa y falsa, del palacio real, con su oro, sus engalanamientos y sus bailarinas llenas de colorines. Hay una lucha que llevar a cabo.

Del mismo modo que el pensamiento de Buda unía a todos los monjes en el Vat Botum Vaddei, el pensamiento de la revolución une a todos los combatientes. Estáis unidos desde la mañana a la noche, acampados, escondidos, conversando, soportando los disparos de la artillería. Desde que hace quince años el país viene sufriendo guerras es la primera vez que tú experimentas la violencia en tu propio cuerpo, absorbiendo no solamente el ruido y la agitación sino también la dulce droga de la adrenalina. A veces el corazón te late tan fuerte como cuando estabas haciendo el amor con Mahé al fondo del trastero en la escuela Miche. El mismo miedo delicioso, el mismo peligro de ser descubierto... y, cuando ha pasado, el mismo placer de haber sobrevivido. Percibes los destellos de las bombas incendiarias en medio de la noche como las caricias suaves de las manos de Mahé en tu piel. Los bombardeos hacen que te pegues a los otros, a los camaradas, a los cuerpos elásticos y juveniles que duermen a tu alrededor, muy cerca, entre los olores y los ruidos del bosque. A veces otro cuerpo se acerca al tuyo y, sin decir palabra, casi sin que os miréis, os montáis uno encima del otro, jadeando hasta el éxtasis, e inmediatamente os separáis.

Jamás, Sar, has sido tan feliz como en esos primeros días de guerrillero en la frontera vietnamita. Te viene el recuerdo de tu abuelo Phem, muerto a principios de siglo en una emboscada de los franceses. ¿Qué piensas de esto, abuelo?, le preguntas. ¿Estás por fin orgulloso de mí?

Pero si entre tus camaradas jemerés tu vida de soldado se desarrolla de un modo embriagador, un poco más lejos la cosa no marcha tan bien. Los vietnamitas desconfían de estos camboyanos tan cómodamente vueltos del extranjero y piensan que muy bien podrían ser espías. De modo que en lugar de encomendaros trabajos de alguna importancia os envían al campo. ¿Queréis llevar a cabo una revolución campesina? Perfecto, tenéis entonces que conocer de cerca la vida de los campesinos: levantarse temprano, acostarse temprano, cultivar la yuca, dar de comer a las gallinas, regar las legumbres. Tenéis derecho a leer y conversar libremente entre vosotros por la noche, pero no a asistir a las reuniones políticas ni a llevar armas. Tenéis que prestar un respeto absoluto hacia vuestros superiores... todos vietnamitas. Poco a poco os enseñarán a trabajar con el pueblo de base, a construir comunidades aldeanas, conducir a los campesinos progresistas a la causa, tomar el poder, extender la lucha por todo el país. Si la gente de un pueblo se resiste, el pueblo será incendiado y sus habitantes dispersados. ¿Entendido? Los que no están con nosotros están contra nosotros.

Tus camaradas refunfuñan, ponen caras de pocos amigos. Todos son más cultos que los vietnamitas y la mayoría tiene galones más altos. Están furiosos al verse tratados como marionetas, como sirvientes. Pero tú, Sar, tú sonríes como siempre. Y como a los vietnamitas les parece que sonríes demasiado te ponen a trabajar en las letrinas. Un buen trabajo para este guapo muchacho con aires parisinos: sólo hay que recoger la mierda de todo el mundo y esparcirla por los campos como abono.

Pero es imposible humillarte. Tienes la vista puesta en un objetivo y quieres saber lo que saben esos soldados. En lugar de rebelarte estás dispuesto a hacer lo que haga falta para congraciarte con tus camaradas del Viet Minh, incluido el hecho de pasar por sus camas. Si tu cuerpo sirve para relajarlos, tanto mejor. Cuando los jefes vietnamitas ríen, tú imitas su risa;

cuando te insultan, memorizas la sarta de injurias, las repites interiormente como un sutra, vas registrando hasta los más ínfimos matices de su lengua. Decidido a aprovechar sin escrúpulos todas tus bazas, poco a poco te vas haciendo simpático a los vietnamitas.

Al mismo tiempo, Sihanouk exhorta al pueblo camboyano a rebelarse contra la tutela colonial. Sube la tensión. En junio de 1953 las dos principales órdenes budistas llaman a la guerra santa, el rey decreta la movilización general y Camboya se encuentra dispuesta a luchar hasta la muerte por su independencia. En octubre, tras un largo verano de agitación y atentados, París anuncia finalmente la transferencia de plenos poderes militares al gobierno camboyano. El 9 de noviembre se proclama el día de la Independencia. Esta vez realmente la colonia ha llegado a su final... o casi.

Tú sigues los acontecimientos sin prestar demasiada atención, sin intentar ubicarte entre tantísimas facciones, ideologías, filosofías, religiones, convicciones, opiniones. ¡Ese gran revoltijo! Estás obsesionado por lo que has visto en los alrededores de Prek Sbauv y por el penoso estado de tu tío Khan. Has resuelto conducir a tu país lejos del enloquecedor caos de la vida moderna y para ello te aferras a las verdades más simples. *Sí* a todo lo que devolverá Camboya a la tierra, al campesinado, a las cosas básicas sobre las que se sustenta la vida, *no* a todo eso que querría conducirla al mundo urbano. *Sí* a cultivar en el sentido agrícola del término, no a cultivarse en el sentido mundano, artístico, intelectual, en el que tú no has cosechado más que fracasos. ¡Abajo las ciudades! ¡París y Phnom Penh también! La guerrilla es lo único que sirve.

En la guerrilla has dejado de ser un vago. Bajo el sol del ideal revolucionario tu inteligencia eclosiona y reverdece. Y, de la mano o bajo los golpes de los Viet Minh, haces sorprendentes progresos lingüísticos. Al cabo de un año hablas vietnamita más o menos con fluidez.

Atraído por tu dulzura y amabilidad un soldado de tu edad llamado Keo Meas te toma bajo su cuidado y hace de ti su protegido, casi su alter ego. Hace cuatro años que Meas pertenece a la guerrilla, ha estado en China, fue el primer jemer en conocer al presidente Mao. Gracias a ese prestigioso currículum vive en la parte del campamento reservada a los privilegiados y a los altos cargos del Viet Minh. Desde hace poco se le ha hecho responsable de la nueva estación de radio La Voz de Camboya, y te pide que le ayudes a redactar comentarios para su emisión. Cuando Meas te corrige, tú escuchas y obedeces. Y como a él le encanta ser escuchado con atención, vuestra amistad se intensifica.

Después de unos meses, Keo Meas está lo suficientemente orgulloso de ti como para presentarte al secretario de la zona, el viejo Tou Samouth. Impresionado por tu serenidad, tu dominio de la lengua vietnamita y tus labios de piedra (que tal vez les recuerden a los de los budas de los monasterios de su juventud), Tou Samouth te escoge para preparar sus seminarios políticos. Vuestra colaboración será fructífera. Unos meses más tarde te convierte en su secretario personal.

Como quien no quiere la cosa estás subiendo los peldaños del poder. Has encontrado tu fórmula y ya nada puede detenerte. Mueves tus fichas con imaginación, destreza y discreción. Ahora estás por encima de Keo Meas. Le has dado la vuelta a la situación, suavemente.

*

No vuelves a Phnom Penh hasta noviembre de 1954, después de dos años en la guerrilla. El rey ha prometido convocar elecciones el año siguiente. El Partido Demócrata parte como ganador.

Tou Samouth, tu jefe, te encarga que te infiltres en el partido con el fin de que poco a poco vayan aceptando vuestras ideas. Tu antiguo ídolo Keng Vannsak también se afilia al partido y, junto a otros antiguos miembros del Círculo Marxista de París, se dedica a reformarlo desde dentro. Los dos jefes deciden unir sus fuerzas.

Vannsak y su esposa Suzanne enseñan ahora en el liceo Sisowath, una institución prestigiosa en la que, tú, de joven, sólo conseguiste entrar gracias a la influencia de tu hermano mayor. Cada mañana vas al jardín del liceo y desayunas en la hermosa villa en la que vive la pareja Keng.

—¿Qué tal, Sar, has estado en la guerrilla?

—Por desgracia, no. Chantaraingsey me tuvo todo el tiempo atrapado. No me dejó ir, el cabrón. Imposible moverme, no he hecho nada de nada.

—Tú siempre igual. ¡Suspenso otra vez!

A los ojos de Vannsak nada ha cambiado: sigues siendo su subalterno, un fracasado. De todas formas se da cuenta de que eres más eficiente —escuchas, asientes ante tu superior, no olvidas nada, organizas su agenda y lo acompañas a las reuniones llevando su maletín— pero no se pregunta por qué te esfuerzas tanto en agradarlo y eres tan puntilloso con sus cosas. Él no sabe que con los vietnamitas has aprendido no sólo a ponerte en el lugar de los otros sino a controlarlos.

Sonríes, Sar. Sabes que tu día va a llegar.

En cuanto a la Reina de la Belleza, fiel a su palabra, te ha esperado y quiere que retoméis la relación en el punto donde la dejasteis hace seis años. No hay que dejar pasar el tiempo. Con veinticinco años, ella ha perdido ya su primera frescura. Pero confía en sí misma. Tiene un plan preparado: 1.º en poco tiempo conseguirás un puesto importante y 2.º recuperarás tu estatus, de modo que entonces podréis 3.º veros en público y, 4.º casaros. Mientras, como todo el mundo sabe que en este momento atraviesas una fase contestataria, la madre de Soeung Son Maly se niega a que pongas los pies en su casa. Y como todavía es más inimaginable que Maly vaya al pantanoso barrio de las afueras en el que te has instalado... *¿Dónde os podéis ver?*

Después de consultarlos, Vannsak y Suzanne deciden ayudarte una vez más. Maly y tú os podréis ver en su casa durante el día, en las horas de clase. Le pides a Roeung, tu hermana mayor, que te preste un viejo Citroën negro que ella no necesita. Te lo deja.

—¿Sabes conducir, Sar?

—¡Claro!

—¿Dónde has aprendido?

Tienes un emocionado pensamiento para Françoise y sus carcajadas, aquellas locas noches parisinas en las que al volante de su Tiburón, sin carnet, zigzagueabas por las calles de la capital a las tres de la mañana cantando a voz en grito los éxitos de Yves Montand. Pero lo que dices es:

—La verdad es que qué bonitos son los Citroën.

Dos tardes a la semana coges prestado el coche de Roeung, pasas a buscar a Maly y la llevas al liceo Sisowath. Al ver surgir en medio de las palmeras y las buganvillas una villa colonial de dos pisos, a Maly se le corta la respiración.

—¿De quién es todo esto?

—Ah, es el alojamiento oficial de uno de mis camaradas de París.

—Me vas a llevar a París algún día, ¿verdad?

—Claro...

—¿Has visto los Campos Elíseos, los grandes almacenes, los desfiles de moda...?

—¿Sabes? Sobre todo me apasioné por la política... fui a la fiesta de l'Humanité, cerca del bois de Vincennes...

—Sar, mi madre ha oído decir que te has hecho comunista, pero no me creo ni una palabra. El nieto de un héroe nacional, el hermano de un funcionario de palacio no se hace comunista. Los demócratas van a ganar las elecciones y tú vas a ser ministro, ¿verdad, Sar?

—Ministro o magistrado, todavía no lo tengo claro...

Antes de que vuelvan Vannsak y Suzanne al final de la tarde, le abres la puerta del Citroën a Maly, la acompañas a su casa y haces un gran desvío para que no te vea devolver el coche en casa de Roeung, muy cerca de la suya.

*

Keo Meas y Tou Samouth, tus amigos de la guerrilla, van a verte con frecuencia a tu casita de madera, desvencijada y minúscula, situada sobre un cenagal. El barrio carece de iluminación, durante la noche es oscuro como la tinta y nadie puede seguir vuestras idas y venidas. Conspiráis, fumáis y habláis, a veces hasta el amanecer. Samouth distribuye las tareas. Tú te ocuparás de las acciones comunistas legales dentro del Partido Demócrata y Meas de las clandestinas. Ahora te sientes más próximo a estos hombres que a Vannsak. Sabes que este se encuentra a punto de cerrar compromisos que lo acerquen al poder. A pesar de todo, sigues alimentando la ilusión de convertir a Soeung Son Maly.

El 2 de marzo de 1955, hay un nuevo cambio repentino: ¡el rey Sihanouk abdica! Designa a su padre para que lo suceda en el trono y él se echa a la arena como político. Inicialmente previstas para abril, las elecciones se aplazan hasta el 11 de septiembre. Los diferentes grupos de derecha se unen al Partido Monárquico de Sihanouk, mientras que la izquierda se agrupa alrededor del Partido Demócrata de Meas y Vannsak. Cuando a principios de verano está claro que las dos agrupaciones tienen un peso similar, Sihanouk se lo permite todo: presión policial sobre el Partido Demócrata, acoso a sus candidatos, amenazas a sus seguidores, prohibición de su periódico, arresto de su redactor jefe... Su brazo ejecutor es un tal Sam Sary.

Sary es una verdadera bestia. No un bandido con la crueldad refinada de los issaraks de Chantaraingsey, sino un tipo vulgar y sin escrúpulos, sediento de poder personal. Te resulta repelente, a tus camaradas también. Vuestra aversión se convierte en cólera cuando Sam Sary empieza a pagarle a unos rateros para que revienten los mítines del Partido Demócrata. Montados en carritos arrastrados por bicicletas, irrumpen en tromba como si fueran reyes del carnaval e impiden oír los discursos con un estrépito de gongs y tambores. ¿Qué hacer ante ese tipo de cosas? Vannsak y Meas están desconcertados. Por orden de Sam Sary, muchos candidatos provinciales del Partido Demócrata son detenidos y... desaparecen, lisa y llanamente.

Cuando al fin llega el día de las elecciones, un gran número de electores de izquierda se queda en casa. Los que van a votar son objeto de intimidaciones. Se falsifican los datos. Los raros vencedores demócratas son tumbados. Cuando el Partido Monárquico conquista su previsible y aplastante victoria se produce la desbandada: Keng Vannsak y Thiounn Mumm anuncian su decisión de abandonar la política y los vietnamitas aconsejan al Partido Comunista cooperar con Sihanouk.

Lo peor es que el mundo entero asiste a la farsa como si se tratara de un escrutinio democrático en toda regla. Desconfiado, escéptico, participando en ese juego sólo de mala gana,

le das la espalda de una vez por todas al proceso electoral. Hay que hacer las cosas de otro modo. Sólo un detalle hace que no te incorpores inmediatamente a la guerrilla: la Reina de la Belleza. Le das vueltas a un plan para llevártela —no, no, llevártela no, ella no aceptaría vivir contigo sin estar casados, para casarte entonces— y huir con ella lejos de Phnom Penh y entonces reflexionar sobre el camino a seguir. El tiempo apremia, hay que partir sin demora.

A final de septiembre, te vales de un sirviente de Roeung para que lleve un mensaje a Maly. El hombre regresa unas horas más tarde, lívido, asustado. Le preguntas. Maly se ha negado a recibirlo, no ha podido entregarle el mensaje. Sin embargo, ha pasado el suficiente tiempo por los alrededores de la casa como para cruzarse con dos sirvientas de la muchacha.

Esperas, Sar. Inmóvil, impasible. Dentro de ti sientes cómo todo tu ser se crispa y se concentra preparándose para el golpe. Pero nada habría podido prepararte para la frase que sigue: la joven Soeung Son Maly no será tu mujer... porque acaba de prometerse con otro. Toda la casa está patas arriba con los preparativos de la boda, va a ser una fiesta monumental.

Dejas que el mensajero se embarulle con los detalles hasta quedarse en silencio. Uno y otro sabéis que en el corazón del silencio espera una última información: con *quién*. Poniendo la oreja, el hombre ha debido de averiguar el *nombre* del pretendiente de la Reina de la Belleza. Si tarda tanto en pronunciar ese nombre es que el efecto que provocará al pronunciarlo...

Finalmente, temblando de miedo, junta las palmas de las manos delante del rostro en un *sampeah* suplicante y cae de rodillas.

—Sam Sary —balbucea.

—Gracias —dices, muy bajo, sonriendo—. Puedes retirarte.

Solo, mudo, vuelves a la zona pantanosa.

*

A partir de ese día redoblas tu actividad.

Multiplacas las reuniones clandestinas en tu casa. Quien más acude allí es Ieng Sary, el más puro y duro de tus camaradas parisinos. A veces va acompañado de la joven que dejó embarazada en París y que ahora es su esposa, Khieu Thirith. Una noche, Khieu Ponnary, la hermana mayor de Thirith, los acompaña. Conoces a Ponnary de oídas. Es una intelectual brillante, una de las dos primeras chicas en haber acabado el bachillerato en el liceo Sisowath. La observas atentamente durante la velada. Sobria y seria, sin maquillaje ni joyas, la cara con marcas de viruela. Ponnary tiene cinco años más que tú. Pronto tendrá treinta y seis, es casi una mujer mayor. Bien pensado es exactamente lo que necesitas. Para que tus ideas puedan realizarse debes llevar una vida jemer ejemplar, algo que incluye el matrimonio y la paternidad. Al menos esta mujer elocuente y sincera no es, como Maly, una enemiga del pueblo.

Después de varias veladas, te armas de valor y le haces la pregunta. Ella responde afirmativamente.

*

Decides que la celebración de tu boda deberá ser un reflejo de la historia de tu vida hasta ese momento: pueblo y monasterio, escuela francesa y palacio real, campo y capital, guerrilla y

elecciones de opereta. Monjes budistas salmodian agitando incensarios, pero la modestia de la vida monacal es mancillada por el banquete suntuoso y los distinguidos invitados. La fecha de la boda, 14 de julio, simboliza la Revolución Francesa, pero el ritual se inscribe en las tradiciones camboyanas, completamente antidemocráticas. A muchos invitados la mezcla les parece indigesta, vergonzosa. Resucitando una costumbre abandonada desde hace mucho por las familias pudientes, obligas a Khieu Ponnary a postrarse delante de tu padre. ¿Estás orgulloso de mí, papá? ¿Estás al fin orgulloso? ¡Mira lo que me puedo permitir!

Al ver a esa mujer grande y desgarbada ponerse torpemente de rodillas delante de él y agacharse hasta que la frente toca el suelo a sus pies, el viejo Loth aparta ostensiblemente la mirada. Este estúpido de Sar siempre me ha puesto los nervios de punta... ¿A qué juega ahora?

*

No lejos de tu antigua casa en la zona pantanosa hace poco que se ha abierto una escuela privada antiintelectual: escuela del conocimiento progresista. La experiencia académica de los profesores aquí cuenta menos que su experiencia política. Te presentas a una plaza libre y te contratan enseguida. Darás clases de literatura francesa y de historia a los adolescentes, todos hijos de militantes, de profesores de izquierda o de jóvenes cuadros demócratas.

En historia no tienes más elección que enseñar la versión oficial de los sucesos políticos recientes, cantar alabanzas a Sihanouk en su cruzada por la independencia de 1953. Sin embargo, en literatura recordando el tono lejano de Mahé Jaouen enseñas sin textos, moviendo con intensidad tus bellas manos, les hablas a los jóvenes de la lucha anticolonial, Saint-Just y Robespierre. Tus alumnos están encantados. Tu voz es dulce, tu francés fácil de seguir. Les preguntas y los corriges con respeto, les haces recitar poemas de Verlaine...

Por otra parte, este trabajo es para ti el chollo soñado. Después de tus clases, duermes unas horas y vuelves a salir de noche, normalmente con Ponnary. A lomos de vuestra bicicleta, atravesáis la oscuridad hasta el barrio de la estación, donde tienen lugar las reuniones clandestinas del Partido Comunista. Cada noche, el trabajo revolucionario avanza.

Habláis de política hasta en la cama. Despierta, rápida, atenta a todo, Ponnary sigue la actualidad, comparte contigo sus análisis con tacto de forma que te hace sentir que todas las ideas provienen de ti. Nunca te pone en posición de inferioridad. Al amanecer, agotados por esas conversaciones, os abrazáis rápidamente y con vergüenza. Estáis muy poco atraídos por los asuntos de cama tanto tú como ella, pero tienes que engendrar. Un camarada ejemplar debe tener hijos, a ser posible varones.

*

La casa de Ponnary está en el mismo barrio que la de Maly. A veces ves a tu enemigo Sam Sary salir por las mañanas al trabajo o volver por la noche, sentado en la parte trasera de un coche conducido por un chófer. Un día de diciembre ves a Maly acompañar a su marido hasta la escalinata y entregarle su maletín. Cuando ella se da media vuelta para entrar en la casa, ves que tiene la silueta redondeada, y una dolorosa cuchilla te atraviesa el pecho.

En abril de 1957, durante las fiestas del Año Nuevo, después de nueve meses de infructuosos

esfuerzos, Ponnary pide que os toméis un respiro. Tiene, dice, dolores en el vientre y hemorragias fuera de ciclo. Dejáis de hacer el amor, pero, en lugar de mejorar, su estado de salud se agrava. Le ordenas que vaya al médico. Después de un examen, el médico confirma la existencia de un problema y aconseja la hospitalización para poder hacer exámenes más exhaustivos. Estos revelan que Ponnary tiene un cáncer de cuello de útero en un estado muy avanzado y debe ser operada de urgencia.

Desde el principio hasta el final de la operación como un hombre a punto de ser padre, fumas y das mil pasos en la sala de espera. La idea de haber estado durante meses vertiendo tu semen en un vientre enfermo te horripila.

Finalmente el cirujano te hace llamar y te comunica los resultados de la intervención. Son moderados.

—El estado de su esposa es satisfactorio —dice—. Pero a fin de prevenir la metástasis hemos procedido a la extirpación del útero.

Como las rejas de una prisión, las puertas se cierran una tras otra a tu alrededor. *¡Bong!*, celda del amor, bloqueada. *¡Bing!*, celda de la paternidad, bloqueada. ¿Qué hacer, Sar, para no recibir estos golpes, no estar ahí para recibirlos, dejar de tener la posibilidad de sufrir? Buscar el nirvana, la nada. Ser un clandestino, para ti mismo también. No esconderte más, *ser tú*, calabozo, agujero negro. Nunca más reflejar la luz. Esperar pacientemente hasta desaparecer. Convertirte en noche.

Tienes treinta y dos años, y esta vez eliges de una vez por todas. Nada de vida personal, de ninguna clase. Ponnary vive a tu lado únicamente como camarada. Es cierto que ella está algo extraña después de su operación, pero la revolución resolverá todos vuestros problemas. Con vuestros camaradas (los verdaderos, los valientes, los inquebrantables, no los cobardes como Vannsak y Thiounn Mumm, que han abandonado cuando las cosas se han torcido), elaboras nuevos planes. Paciente y meticuloso, organizas y das órdenes, sabiendo que estas serán seguidas. Todas tus energías están volcadas en el combate. Nada puede detenerte. A finales de septiembre de 1960 reúnes al Comité Central. En principio esperas iniciar una revolución allí mismo, en los barrios pobres y en los tugurios de la capital. Pero Sihanouk se está ensañando con sus oponentes y acabas por ordenar a tus seguidores que abandonen Phnom Penh. La clandestinidad. Desaparecerás durante diez años. Todos tus desplazamientos, todas tus actividades van a estar rodeados del más profundo secreto.

En las regiones más remotas de la guerrilla del norte, descubres campesinos primitivos que aún viven en la edad de piedra. Encuentras en ellos la confirmación de tu ideal. Son iguales que los monjes salvo en esto: en vez de mendigar, vuelcan todas sus fuerzas físicas en el trabajo de la tierra. Esta es la profunda verdad de Camboya. Hay que volver a este estado de sencillez y de pobreza. Sólo de ese modo acabaremos con nuestro enemigo.

A mitad de los años sesenta, siguiendo la ruta Ho Chi Minh, visitas Hanói y continúas tu viaje hasta Pekín. Atento y sonriente, asistes a los inicios de la Revolución Cultural. Ves a los intelectuales chinos expulsados de las ciudades, reeducados para el trabajo, forzados a aprender a cultivar los campos. Observas los comienzos de los grandes sistemas de riego en plena construcción y de nuevo piensas en los diques de Angkor. En efecto, para volver a una sociedad agraria autónoma es imprescindible hacer llegar el agua a los campos. El momento casi ha llegado.

Angkar, la organización que os mantiene unidos y ocultos reemplazará al Dhamma[5] budista.

Aquí se funden, aquí se confunden.

Lo que cuenta no son los individuos, sino el camino. Angkar elegirá la esposa adecuada para cada uno de sus combatientes. Las parejas serán casadas por decenas por medio de ceremonias políticas. No hay que concebir hijos más que para Angkar. Los hijos del amor no deben nacer. Después de arrancar los deseos del cuerpo y del espíritu hay que moverse y pensar como un solo ser, limpio y puro. ¿Estáis enamorados, preciosa parejita? Una bala en la nuca, porque eso es una falta. ¿Que la mujer estaba embarazada y el niño todavía patalea dentro de ella? Saltad encima de su vientre hasta que nada se mueva. Igual que en el monasterio, hay que liberarse. No amar. El amor y el cariño nos vuelven débiles. Padres e hijos: acabado. Hermano y hermana: acabado. Acercaos, acercaos... Convenzamos a otros hombres, hombres jóvenes, niños, para que vengan con sus cuerpos a la selva virgen, a fundirse con la noche.

Y los jóvenes llegan a decenas, a cientos, a miles. Adolescentes educados en la sumisión a la autoridad paterna y al Dhamma se adhieren, admiten, aceptan, se enganchan. Silenciosos, rápidos y eficaces, se convierten en monjes comunistas y tiñen sus hábitos de negro, el negro de las bayas, el negro de la noche y de la tierra. Todos llevan el mismo pañuelo rojo y blanco y las mismas sandalias fabricadas con neumáticos, todos enarbolan los mismos pensamientos y las mismas esperanzas, todos siguen al hombre noche ignorando incluso su nombre, todos siguen a Angkar y arriesgan su vida de la mañana a la noche recitando el dogma en voz baja. *Me refugio en Angkar. Por segunda vez me refugio en Angkar. Por tercera vez me refugio en Angkar. Honor al bendito Angkar Angkar Angkar. Angkar es un arahant,[6] es la luz, la llama negra.*

Hablas con tus consejeros más cercanos. Educados todos, como tú, en la pagoda, representan y trasladan las reglas aprendidas en la infancia, las transplantan a la tierra fértil del comunismo. Crean los diez mandamientos que los jóvenes que llegan deben seguir. *Todo el mundo será reformado por el trabajo. No se robará. Siempre hay que decir la verdad a Angkar. Hay que obedecer a Angkar bajo cualquier circunstancia. Prohibido expresar los sentimientos: alegría o tristeza. Prohibido tener nostalgia del pasado, el espíritu no debe distraerse. Prohibido pegarle a los niños, porque ahora son los niños de Angkar. Los niños serán educados por Angkar. Jamás quejarse por nada. Si cometes un acto contrario a la línea que rige Angkar, deberás hacer autocrítica en público en las reuniones diarias de adoctrinamiento obligatorias para todos.*

Este último mandamiento cobra para ti una importancia especial. Si uno se equivoca hay que denunciarse públicamente, y Angkar decidirá el castigo correspondiente. Te vienen a la memoria las lecciones aprendidas en la célula del distrito decimoquinto de París. *Sí o no.* Hacías autocrítica cada noche y si habías traicionado, si no habías respetado la regla, si habías ayudado a un traidor o tenido la más mínima idea de traicionar, morías. *Sí,* y la camaradería continuaba. *No,* y era la muerte lo que seguía.

Torturad a los sospechosos hasta que confiesen. Torturad. Matad. El camino será largo pero está al final. No necesitas acariciarte. Excitado, llegas al orgasmo sin moverte. Es como si todo su cuerpo estuviera tumescente.

En 1969, Estados Unidos comienza a bombardear sin piedad la región cercana a la frontera vietnamita donde se esconden los combatientes del vietcong y los jemeres rojos. De este modo comienza un círculo vicioso: cuanto más extienden la zona de bombardeo más se despliegan los comunistas vietnamitas sobre el territorio camboyano, y cuanto más se despliegan los vietnamitas, más bombardean los americanos. Repetidas veces los B-52 sueltan sus bombas sobre tu escondrijo. Ante ti caen los cuerpos de esos jóvenes fieles, esos cuerpos conocidos, fanatizados

por ti. Se quedan allí, tirados, los intestinos esparcidos, el cerebro por la cara, por la boca. Al recoger los cuerpos de estos combatientes chapoteas en su sangre. Cuando vuelves a tu tienda, Sar, no lloras. Reflexionas.

Khmer Daeum, el pseudónimo adoptado en tus publicaciones parisinas, ha caducado. Necesitas un nombre definitivo. Buscas y encuentras: será Pol, parecido a *pól*, antigua palabra pali para nombrar a los esclavos y de la que proviene *polotiri*, proletario.

El hombre más sencillo.

El hombre nada.

Añadámosle Pot, por la asonancia.

Ha nacido Pol Pot.

II

MAD GIRL

6

CALGARY, 1963-1968

Es verdad que antes, en su corta vida, Dorrit había vivido *acontecimientos* políticos, por ejemplo ese 22 de noviembre de 1963 en el que, al volver del colegio durante el intervalo de mediodía había encontrado a su madrastra Alice no en la cocina, como de ordinario, habiendo puesto ya la mesa y con el agua hirviendo vertida sobre el tomate pulverizado en los platos hondos, sino sentada y nerviosa delante de la televisión. Habían interrumpido los programas habituales, los dibujos animados que volvían loca a Dorrit.

Al final de aquella tarde, por las ventanillas del autobús que la llevaba a su clase de piano, le había impresionado ver cerrados los grandes almacenes del centro de la ciudad y, pegados en sus escaparates, unas fotos enormes del presidente americano asesinado. Algo prohibido sobrevolaba la ciudad.

Pero no es hasta bastante más tarde, finales de enero de 1968, ya con catorce años y medio, cuando Dorrit percibe por primera vez lo que es la *indignación* política. Al entrar en un aula para la clase de historia, se instala en el pupitre, saca sus cuadernos y lápices, levanta la cabeza... y ve que los ojos del profesor están enrojecidos por el llanto. Con una voz estrangulada, comunica a la clase que tras las ofensivas del vietcong del Tet (el Año Nuevo vietnamita) el presidente Johnson decidió bombardear masivamente Vietnam. Luego se excusa: «Hoy no puedo dar clase...», y sale del aula.

El sábado siguiente, Kenneth, el padre de Dorrit, la lleva con él a una reunión al sótano de su iglesia. Una decena de amigos se habían puesto ya a pintar unas letras enormes sobre unos trozos de tela blanca para hacer pancartas. Kenneth inventa un eslogan que gusta mucho y es aceptado por unanimidad: «De grandes conflagraciones pueden surgir pequeñas fogatas». A media tarde salen a manifestarse por la Séptima Avenida. Los coches tocan el claxon, los peatones se irritan, su marcha se desbarata, se dispersa... pero Dorrit está emocionada. Es increíble: ¡su padre, que siempre le ha enseñado a respetar la autoridad, increpa con vehemencia al gobierno de Estados Unidos!

Hijo de un pastor y hermano menor de una médica misionera *born again*, Kenneth ha conservado de su educación cristiana sobre todo la preocupación por los menos favorecidos que él y una alergia a la injusticia. A menudo habla a sus tres hijos de los estragos del racismo y la pobreza, los anima a interesarse por los problemas del mundo. Cuando, apenas unos meses después de la ofensiva del Tet, Martin Luther King y Bobby Kennedy fueron asesinados uno detrás del otro, Kenneth sacó a Dorrit de la escuela y le enseñó a investigar en la biblioteca municipal:

buscar en el catálogo artículos sobre los dos hombres, leer esos artículos y tomar notas para asimilar bien su pensamiento y los detalles de sus biografías...

Estas cosas le hacen sentir a Dorrit que Kenneth no está a gusto con su vida. No, ella no lo siente, lo *sabe*. Lo sabe porque en los últimos tiempos se ha convertido en la confidente de su padre.

Ocho años antes, cuando Alison, su primera mujer, lo abandonó dejándole la custodia de sus tres hijos, Kenneth se casó por segunda vez con una joven alemana y católica llamada Alice. Ella, locamente enamorada del joven profesor y tal vez un poco avergonzada por haber sido infiel con él antes del matrimonio, asumió gustosa la carga de sus retoños. Para rematar, Alice trajo al mundo dos niños suplementarios en 1961 (no gemelos). Luego, siempre cantando en alemán, desplegó sus abundantes energías ocupándose de las clases, la cocina, la limpieza, la plancha, la costura, la colada y la educación de esa chiquillería gritona y numerosa. Llena de optimismo y buena voluntad, no desea otra cosa que la felicidad de su marido, aunque a veces no acabe de entender sus estados de ánimo.

El hecho es que, convertido en un hombre de ciencia después de una infancia empapada por la fe, rebelado desde la adolescencia contra las respuestas fáciles y las doctrinas incuestionables, Kenneth se siente vacío en su vida profesional. Él, que adora las matemáticas y la física, sueña con casar el razonamiento científico con su búsqueda espiritual y encontrar un lenguaje común para todo. Aspira a formar parte de una comunidad intelectual, encontrar verdaderos amigos con los que compartir sus preguntas filosóficas y sus preocupaciones políticas. Ya no aguanta más el desdén y la superficialidad de sus colegas universitarios, sus luchas mezquinas por el poder. Con treinta y siete años, empeñado en terminar su tesis, empieza a decirse a sí mismo que *nunca* podrá realizarse en el ambiente apartado y provinciano de la Universidad de Calgary. Su tesis se estanca, su carrera empantana. Sin poder escribir ni enseñar, se detiene en seco. Un callejón sin salida, el derrumbamiento. Los médicos le diagnostican una depresión grave.

Su mujer se intranquiliza, y con motivo: tienen siete bocas que alimentar. ¿Cómo no ponerse nerviosa si la única persona de la casa que trabaja deja de hacerlo? Viendo cómo se amontonan las facturas, Alice ayuda como puede, cuida los hijos de otras además de los suyos, vende puerta a puerta kits de maquillaje o accesorios de repostería... pero la tensión y la angustia por el día de mañana emponzoñan el aire de la casa. Alice deja de cantar.

Cuando la necesidad aprieta, Kenneth busca un trabajo en otra parte, en centros escolares y universitarios en los que se practica una pedagogía diferente. Envía su currículum a todas partes, una carta de presentación, el comienzo de su tesis... Y, por suerte, en la primavera de 1968, recibe tres ofertas de empleo en tres estados diferentes.

Duda. (¡Momento vertiginoso para Dorrit! Si hubiera elegido el trabajo en Minnesota, su destino habría sido completamente diferente...) Finalmente, acepta la oferta de la escuela de Haut-Pré en New Hampshire.

Como símbolo del cambio que desea operar en su vida, Kenneth se deja la barba esa primavera y decide no usar jamás el uniforme de los profesores de universidad, esa camisa de fuerza que son el traje y la corbata. Su nuevo look armoniza a la perfección con la moda hippie, en plena eclosión en las dos costas del país en el que próximamente va a instalarse la familia.

Al llegar el verano, la joven pareja vende todos sus muebles y compra para la mudanza un viejo autobús escolar azul convertido en autocaravana. Lo bautizan como la *Flecha perezosa*. Stephen, el hermano mayor de Dorrit, que había acabado el bachillerato ese año y que no desea

ser reclutado por el ejército estadounidense, se marcha a vivir a Montreal (adonde, mientras tanto, se ha ido a vivir Alison, su madre), pero Alice concibe un bebé ese mes de agosto mientras cruzan el continente, de modo que rápidamente vuelven a ser siete bocas las que debe alimentar el joven profesor errante.

A finales de agosto, cuando han recorrido dos tercios del camino entre Calgary y New Hampshire, acampan en Illinois. Casualmente, ese día se celebra en Chicago la convención nacional del Partido Demócrata de cara a las elecciones de noviembre. La ciudad está convulsionada. Consternado, Kenneth sigue por radio la represión violenta que llevan a cabo las fuerzas de orden público sobre miles de jóvenes que estaban manifestándose contra la guerra de Vietnam.

En el duermevela, Dorrit se da cuenta de forma algo nebulosa de que se encuentra en otro país... y que su nuevo país está en guerra.

7

WILTON, 1968-1970

En la escuela de Haut-Pré, minúsculo instituto colgado sobre una colina boscosa cerca del pueblo de Wilton, en New Hampshire, Kenneth encuentra al fin la camaradería intelectual que tan dolorosamente había echado de menos en Calgary. El cuerpo docente proviene fundamentalmente de las grandes ciudades de las costas atlántica y del Pacífico. Nueva York, Boston, San Francisco, Los Ángeles. Casi todos los alumnos son hijos de familias acomodadas, artísticas y rotas. Al ser hija de un profesor, Dorrit no vivirá en el campus con los otros alumnos sino a tres kilómetros de allí, en unos alojamientos para profesores en medio del bosque.

Entre sus nuevos colegas, Kenneth siente especial predilección por tres: Ruth, la profesora de pintura, joven divorciada y madre de dos niños (la mayor de los cuales se convertirá muy pronto en la mejor amiga de Dorrit); Steve, el brillante profesor de química, homosexual, con el que puede hablarse de matemáticas y de dioses hasta las tantas, y Adam, el profesor de inglés, simpático e impertinente judío neoyorquino de veinticinco años.

A medida que pasan los meses, Adam va intimando cada vez más con Kenneth, le cae bien a Alice, busca y encuentra momentos para estar a solas con Dorrit. Ella se muestra desconfiada, aunque también encantada, porque este hombre le gusta. Está fascinada por sus manos grandes, su gran estatura, su origen judío, los hombros anchos, las caderas estrechas, la forma de andar, de expulsar por la nariz el humo de sus Camel, sus carcajadas. En sus clases descubre unos escritores geniales: Brautigan y Brecht, Dickinson y Salinger. Además es un manitas. No contento con leer y enseñar todas esas obras maestras, se construye unas magníficas estanterías donde colocarlas.

Su aventura erótica comienza en medio de los alborotados días en los que nace el último hermanito, en mayo de 1969. Mientras Kenneth y Alice están ocupados, entre el hospital y la casa, Adam emprende el dulce desfloramiento de la hija en su habitación del campus. Las veces, entre abril y junio, en las que los amantes se vuelven a ver en un lugar secreto —el bosque, los prados en flor, la vieja granja que hay detrás de la casa— el profesor enseña a su alumna, siempre con tacto y delicadeza, cómo dar placer a un hombre. Para evitar un embarazo no deseado, él deja caer en su mochila unas cuantas pastillas de un medicamento que se vende desde hace poco, un medicamento tan fabuloso que se conoce simplemente como *la píldora*.

—Parece que puede acarrear que se engorde un poco —la previene Adam—, pero no te preocupes. Un poco más de carne no hará otra cosa que volverte más deseable...

En la escuela Haut-Pré está prácticamente prohibido hablar de política. Según los principios fundacionales de esta escuela de obediencia steineriana, la vida humana se divide en periodos de siete años. Durante el tercer periodo, de los catorce a los veintiuno, lo fundamental es ocuparse de la armonización del cuerpo y la mente. Mientras que en el resto del país los estudiantes protestan, se rebelan y se manifiestan contra la guerra de Vietnam, recibiendo palizas o muriendo, y mientras que, para escabullirse del servicio militar, muchos jóvenes se van a vivir a Canadá o sufren condenas de prisión, en la escuela Haut-Pré chicos y chicas bailan alegremente en las clases de euritmia, aprenden a tejer o a modelar vasijas en el torno, se embelesan con las flores y las estrellas, se empapan en las pinturas del Renacimiento y memorizan fragmentos de Shakespeare. En los dormitorios no hay televisión ni periódicos, apenas algunos transistores en los que de noche, antes de dormir, pueden escucharse los flecos de una actualidad especialmente ardiente.

Esa falsa inocencia de la escuela Haut-Pré saca de quicio a Adam, cuyas ideas e ideología son de izquierda desde su más tierna juventud. Cada vez que puede introduce subrepticamente temas políticos en sus clases.

No obstante, en esa misma primavera de 1969 ocurre algo que no ignoran no sólo Adam, no sólo los estudiantes americanos más ferozmente opuestos a la guerra, no sólo el colectivo radical de los Weathermen, no sólo los periodistas más veteranos del New York Times, sino incluso los miembros del Congreso en Washington y los altos mandos del ejército: el país acaba de empezar otra guerra. Su nombre en clave es Operación Desayuno, debido a que el presidente Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, han concebido la idea a lo largo de una reunión matutina en el mes de febrero. Es importante que nadie esté al corriente de esa operación. Cada vez que se produce una filtración el presidente suelta una andanada de maldiciones.

Operación Desayuno se desarrolla en un trozo de territorio al este de Camboya, cerca de la frontera vietnamita, que se cree infestada de soldados del vietcong. Sobre ese territorio de apenas diez kilómetros cuadrados, los B-52 (esos monstruos voladores que su tripulación llama cariñosamente Buff, por Big Ugly Fat Fuck, es decir, Gran follador gordo y feo) han realizado doscientas veintiocho salidas y soltado veinticinco mil bombas. «Nada de lo sufrido por los guerrilleros puede compararse al terror atroz que provocan los bombardeos de los B-52 — escribe el abogado y político vietnamita Truong Nhu Tang—. Era como si una inmensa guadaña hubiera atravesado la jungla, segando a su paso como briznas de hierba los árboles de teca gigantes y los ginkgo bilobas, convirtiéndolos en miles de astillas... no es que solamente las cosas fueran destruidas, de una forma terrorífica habían dejado de existir... Sencillamente no había nada en medio de un paisaje irreconocible, socavado por inmensos cráteres... Cuando viví mis primeros ataques de los B-52, tuve la impresión, mientras trataba de hundirme en el suelo del búnker, de encontrarme en medio del Apocalipsis... El whomp-whomp-whomp que lo estremecía todo se acercaba inexorablemente... Y cuando el cataclismo se precipitó sobre nosotros, todo el mundo se apretaba contra el suelo, algunos lloraban en voz baja, otros se esforzaban por reprimir violentas crisis de espasmos involuntarios. A nuestro alrededor, el suelo empezó a elevarse espasmódicamente y fuimos engullidos por un estruendo monstruoso... El terror era absoluto. Todos perdían el control de sus funciones corporales mientras el cerebro gritaba órdenes incomprensibles conminándonos a salir de allí.»[7]

Esos ataques produjeron sobre las fuerzas del vietcong el efecto contrario al deseado: en

lugar de abandonar Camboya, dando así tiempo a las tropas estadounidenses a retirarse de Vietnam del Sur, se adentraron todavía más en el país. Furibundo por los decepcionantes resultados de los bombardeos, el presidente Nixon ordena que se intensifiquen. Desplazándose hacia otros lugares estratégicos del este de un país neutral como es Camboya, a la Operación Desayuno les siguieron inmediatamente, Almuerzo, Aperitivo, Cena, Cena Fría y Postre.

En total, 108.823 toneladas de explosivos fueron lanzadas en el transcurso de esas misiones secretas.

Después de haber matado a unos cuatro mil campesinos camboyanos y traumatizado a otros cientos de miles, la Operación Menú es juzgada insuficiente.

A veinte mil kilómetros de allí, Dorrit tiene la cabeza en otra parte. Puede decirse que sólo piensa en Adam, y que los pensamientos sobre Adam galvanizan todas las células de su cerebro. Se siente despierta, iluminada, alerta como nunca antes. Locamente prendada de su profesor de inglés y de la pasión que este siente por la literatura, todo cobra sentido. Las notas que Dorrit saca en los exámenes finales son alucinantes.

Su padre está al corriente de su romance, su madrastra no. Si lo supiese, a Alice seguramente le habría dado una apoplejía. Kenneth duda entre dos caminos. Por un lado, aunque Dorrit es sorprendentemente madura para su edad, objetivamente es demasiado joven, de modo que hay momentos en los que Kenneth siente miedo. Pero, por otro lado, aprecia sinceramente a Adam y confía en él. Según su criterio no hay nadie mejor en el mundo con quien su hija puede perder la virginidad. Y, la diferencia de edad entre los amantes, que pone de manifiesto su diferencia de estatus dentro de la jerarquía pedagógica, es menos importante que esto último. Abundan los ejemplos de hombres que se han enamorado y casado con mujeres diez años más jóvenes. ¿No sería mejor dejar que se quieran estos dos seres a los que adora?

Esa primavera sopla un viento de libertad por todas partes en Estados Unidos. El consumo de marihuana está omnipresente, Hendrix y Joplin se desgarran las cuerdas vocales, se prepara el festival de Woodstock... Si el propio Kenneth escuchase su corazón nada le gustaría más que dejarse llevar un tiempo por ese viento.

Al acercarse el verano, los dos colegas, siempre cómplices, maquinan un estrambótico proyecto: con una docena de alumnos de Haut-Pré, entre los que está Dorrit, van a formar una compañía teatral, ensayarán una obra y en julio se irán tres semanas de gira.

Que el proyecto sea estrambótico no quiere decir que no se convierta en realidad.

Eligen la obra: será *Don Juan o el convidado de piedra* de Molière. Construyen el decorado, con yute y palos, ligero, fácil de montar y desmontar. Encuentran de pronto el nombre de la compañía: Los yuteros.[8] Se distribuyen los papeles: Adam será Don Juan, Dorrit, doña Elvire, su esposa engañada, otros alumnos representarán los diversos personajes sicilianos, y Kenneth la estatua del Comendador.

Los aprendices de actores aprenden sus textos, se hacen los trajes y muy pronto se ponen en marcha. Kenneth conduce la *Flecha perezosa*, la caravana de la mudanza. Al volante de su furgoneta Volkswagen, Adam transporta el vestuario y el decorado. Haciendo picnics, durmiendo bajo las estrellas, actuando en todos los pueblecitos que aceptan, con sólo unas horas de aviso previo, cederles un espacio público en el que hacer la representación, la caravana de glamurosos hippies avanza por las carreteras pasando de New Hampshire a Massachusetts y luego a Pensilvania hasta llegar a Ohio.

El 21 de julio están en Antioch, Ohio. Esa noche muy poca gente compra una entrada para la

representación. Cien millones de americanos, momentáneamente distraídos de la guerra, están clavados delante de la pantalla del televisor. ¿Cómo estar pendiente de un viejo convidado de piedra de trescientos años mientras Neil Armstrong y su piloto Buzz Aldrin, dan lentos saltitos como balones de goma, exploran el mar de la Tranquilidad y se agachan para recoger guijarros de la superficie de la Luna?

—¿Me haría la gracia de reconocerme, don Juan? —Cruzando el escenario a grandes zancadas, Dorrit declama sus réplicas con una voz fuerte y furiosa, de forma que podría decirse que en vez de sus dieciséis años tiene los veintiséis del personaje—. ¿Podría al menos esperar que os dignéis volver la cara hacia mí? —añade en un tono cáustico, ya que quien tendría que dignarse volver la cara hacia ella no tendría apenas nada que ver porque, recién entrada en el convento, Elvire resulta invisible bajo un velo y un hábito negros.

—Señora —dice Adam—, os confieso que estoy sorprendido y que no os esperaba encontrar aquí.

—Sí —replica Dorrit en voz baja y amarga, llena de ironía—, me doy perfecta cuenta de que no me esperabais.

La obra continúa. El día ha sido caluroso y pesado, el aire es denso, esperan que no descargue una tormenta. Los espectadores se carcajean, se divierten, sueltan risitas. Sentados o echados en el césped del parque municipal, vestidos con vaqueros recortados, con camisetas sin mangas, faldas con flecos o pantalones bombachos, la mayoría nunca ha visto una obra de Molière y no sabrían decir en qué siglo había vivido ese autor. Pero el cartel de la obra hablaba de amor libre y, en general son partidarios de ese concepto, han desembolsado cinco dólares cada uno (niños entrada gratuita) para escuchar lo que pensaba del asunto ese viejo francés con peluca. Porque, al menos esto sí lo saben: los franceses tienen una reputación sagrada en las artes amorosas.

—Señora —dice Adam—, aquí está Sganarelle. Él sabe por qué me fui.

Sganarelle está encarnado por Larry, un joven negro albino con el pelo rojo.

—¿Yo, señor? —dice este, subrayando su consternación—. Disculpadme, pero yo no sé nada de eso.

—¡Vamos, Sganarelle! ¡Hablad! —insiste Dorrit con una voz que la rabia hace subir medio tono a cada sílaba—. Poco importa de qué boca conozca yo esas razones.

Kenneth observa la escena entre las bambalinas. Se ha puesto ya su toga de Comendador, pero como su entrada no va a tener lugar hasta veinte minutos después, su atrezzo (yelmo, escudo y lanza) está todavía en el césped, a su lado. Acurrucada entre sus rodillas, esperando, hay una morena guapa llamada Leslie, que se unió al grupo en el último momento para encargarse de la publicidad y la billetería. Con diecinueve años, Leslie es mayor de edad (en la mayoría de los estados del país al menos), ha terminado el bachillerato y vive en Boston. Se trata de la única persona del grupo que no es ni profesor ni alumno de la escuela Haut-Pré.

Como sus pasajes son muy breves, Kenneth pasa mucho tiempo entre bambalinas. Esa noche aprovecha el tiempo, no sólo en acariciar a Leslie, sino en hacer balance con ella sobre las finanzas de la compañía. Lo mejor que podría decirse de las cuentas es que son enclenques. En vista de que su sexto hijo acaba de nacer y que su modesto sueldo de profesor de instituto apenas es suficiente para alimentar a los que ya había, Kenneth habría podido buscarse un trabajo de verano un poco más en consonancia con la situación. Si Alice supiera lo que está haciendo en este momento... En fin. Dentro de poco volverá a hacer frente a sus responsabilidades como padre y marido. Pero después de haber sido padre demasiado pronto, a los veintiún años, ahora no tiene

fuerzas para renunciar a este embriagador paréntesis de felicidad.

La obra sigue, va sin problemas de una escena a otra. Al contrario, es una de las mejores representaciones que han hecho. Llega la señal para la última entrada de Kenneth en escena. Es esa en la que, finalmente, en el último minuto, el Comendador se mueve.

—Deteneos, don Juan —trueno con su voz sepulcral—. Ayer me disteis vuestra palabra de venir a comer conmigo.

—Sí —dice Adam, tranquilo, como si cada día viera moverse las estatuas.

—Dadme la mano.

—Aquí la tenéis.

Se levanta un viento tan fuerte que hace ondular el telón de fondo de modo inquietante. Tres o cuatro actores se lanzan desde las bambalinas para agarrar los postes e impedir que el decorado salga volando.

—Don Juan —trueno Kenneth bajando dificultosamente de su pedestal—, obstinarse en el pecado lleva a una muerte funesta y rechazar la gracia del cielo es abrirles camino a sus rayos.

Cuando Kenneth va a coger la mano del libertino, un golpe de viento le levanta la toga mostrándole al público sus delgadas y peludas piernas y sus calzoncillos blancuzcos. El público estalla en carcajadas. Con un movimiento instintivo y protector para cubrirse, Kenneth suelta la espada y el escudo, que golpea la cabeza pelirroja y rizada de Larry y, aunque no es de bronce sino de cartón (pero de una fibra de cartón acanalado muy sólido) lo derriba. El público se parte de risa.

—¡Oh cielos! ¿Qué siento? —dice Adam, a quien Kenneth le da ahora la mano, tratando desesperadamente con la otra de pegarse la toga al cuerpo—. Un fuego invisible me abrasa. No puedo más, todo mi cuerpo es una hoguera en llamas.

Exactamente como Molière había previsto, en ese instante la tormenta estalla con gran ruido y relámpagos.

—¡Ah! —grita Adam en la última réplica de la obra...

Los espectadores se dispersan en todas direcciones antes de haber podido dedicarles a los actores con una ovación. Un diluvio cae sobre el parque municipal de Antioch.

Contemplándolo todo desde las bambalinas, Dorrit ha visto los muslos desnudos de su padre, ha oído al público estallar en carcajadas y se ha dicho a sí misma: «Este hombre jamás será capaz de castigar a mi seductor».

La mañana del día anterior, mientras ordenaban las colchonetas del camping para ponerse en marcha, Adam le había dicho en voz baja:

—Hay algunas cosas que aún no sabes.

—¿Qué? ¿Cosas de qué tipo?

—No sé, por ejemplo... puedo equivocarme, pero me parece que eres de ese tipo de mujeres que encuentran placer en el dolor.

—¿Eso te parece?

—Eso creo, sí.

—Bueno... podemos probar.

Así que, después de haber intercambiado en el escenario las réplicas de doña Elvire y don Juan, después de haber cenado y haber dicho buenas noches al grupo y de haber comprobado que su colchoneta está lo suficientemente alejada de las de los demás yutereros, Adam empezó a hacerle

el amor a Dorrit y a abofetearla al mismo tiempo. Mientras ella aún no tenía dieciséis años y pesaba menos de cincuenta kilos, este hombre de veintiséis años que medía un metro noventa y pesaba noventa y cinco kilos la golpeó con su mano enorme, con todas sus fuerzas.

La violencia del primer bofetón la dejó grogui. No se esperaba algo así. Durante el día había imaginado muchos escenarios posibles para el encuentro algo especial de esa noche, pero eso, bofetones fuertes y repetidos en la cara, no, ni por un segundo lo había pensado.

Cada uno de los bofetones que le había soltado Adam para exaltar su sexualidad fue inesperado. Ninguna regularidad, ninguna previsibilidad. Mejilla derecha, mejilla izquierda, mejilla izquierda, derecha derecha derecha derecha, de pronto encadenadas, de pronto espaciadas. Al cabo de muchos minutos, goteando sangre, había empezado a temer que los dientes se le movieran. Para no perder el conocimiento se puso a contar los golpes de un lado y de otro. Llevaba catorce en la derecha y siete en la izquierda cuando Adam dejó de abofetearla para correrse.

Cuando Adam recuperó el aliento le dijo:

—¿Me quieres pegar tú?

—No, no...

—¿Una vez sólo, para que yo sienta lo que has sentido tú?

Entonces ella lo abofeteó, fuerte, una vez, y él se encolerizó:

—¡Mierda! —dijo, frotándose ese lado de la cabeza—. ¡Me has dado en la oreja, me has podido dejar sordo! ¡Yo he tenido cuidado de no darte en las orejas!

Arrepentida, Dorrit le pidió perdón. *Ahora me doy cuenta de lo que significa ser mujer*, se dijo en voz baja. *Amorosamente, una mujer debe lavar con sus lágrimas los escalones que su hombre subirá para alcanzar la gloria.*

Al día siguiente, por la mañana, los estragos eran evidentes: equimosis, inflamación. Para evitar las miradas y las preguntas de otros yuteros, sobre todo de su padre, Dorrit se lió un fular alrededor de la cabeza. De todas formas no tenía por qué preocuparse, Kenneth sólo tenía ojos para Leslie. Al ir a despertarlo para desayunar encontró al Comendador engatusando a su joven amante.

Una semana después, Los yuteros ponen fin a su gira y se dispersan. Cada cual vuelve a su casa. Dorrit y Adam se separan en Pensilvania: la *Flecha perezosa* se dirige hacia el norte y el Volkswagen hacia el sur.

*

Dorrit sabe que ahora tendrá que ser fuerte, porque Adam ha dejado su plaza en la escuela Haut-Pré. Ya no soportaba por más tiempo estar al margen de la verdadera vida, sobre todo de la actualidad y del activismo políticos. Ha encontrado un trabajo como librero en el sur de Manhattan. A lo largo de todo el año que los separa de su boda, el último año de bachillerato para Dorrit, apenas se encontrarán tres o cuatro veces, y de forma clandestina. Antes de separarse, Adam le ha dicho al oído: «No te prohíbas nada, vive».

Leslie y Kenneth no esperan construir un futuro juntos, pero también permanecen en contacto. Leslie viaja con frecuencia a India, practica la meditación y enseña yoga. Le ha hablado mucho a Kenneth de filosofía budista. Permaneciendo inmóvil, vaciando la cabeza por medio de mantras,

aprende uno a poner distancia con todas las ataduras, pasiones, convicciones... y a salir poco a poco del sufrimiento que es la vida humana. *Nada existe, todo es ilusión*. En los años siguientes esa filosofía va a ayudar a Kenneth a no renegar demasiado de las cargas de su vida familiar y de la mediocridad de su carrera.

Durante la ausencia de su marido, Alice no sólo se ha ocupado magníficamente del hogar, también le ha echado un ojo a la cuenta del banco. Después de haber pasado todo el verano en números rojos, no deja de zarandear a su marido soñador desde su regreso al redil. Con el corazón roto, Kenneth se resigna a conseguir un segundo empleo en el inicio del curso de 1969.

En esta región rural no hay mucho donde elegir. Así que se decide a trabajar en la fábrica Hitchiner, en Milford, a unos cuantos kilómetros de Wilton. Así que, después de su día de trabajo en Haut-Pré, cena rodeado de su mujer y de sus cinco hijos, echa un sueñecito y se va a la fábrica a trabajar desde medianoche hasta las cuatro de la madrugada. Al final de la noche aún puede arañar algunas horas de sueño antes de volver a salir para el colegio con Dorrit y llegar a tiempo a la asamblea general con la que, en Haut-Pré como en todas las escuelas Steiner-Waldorf, empieza el día a las nueve en punto.

Su cadena de montaje fabrica piezas de precisión con la técnica de moldeo a la cera perdida. Su trabajo específico consiste en sacar las réplicas de cera de las piezas y ensamblarlas en grupo alrededor de una barra central de cera. El molde se construye rápidamente por inmersión de ese ensamblaje en una barbotina de escayola y después en un lecho de arena muy fina. Una vez que la escayola se ha secado, la cera se funde creando la impresión negativa del ensamblaje en el interior del molde. Se vierte metal fundido en el molde. A medida que el metal se enfría se va formando una copia de cada una de las partes. Una vez que el metal se ha solidificado, la carcasa de escayola se rompe (bien por vibración, bien por un chorro de agua a presión) y cada una de las partes es despegada del conjunto central con ayuda de una sierra, frotándolas muy rápidamente.

Kenneth no sabe exactamente en qué se convierten luego las piezas que él ayuda a construir en la fábrica Hitchiner, pero sí sabe que vive en un país que está en guerra y que si esa fábrica trabaja a pleno rendimiento es para cubrir la demanda del Pentágono. Hace preguntas a todo el mundo y, después de unos días, se entera de que otros hombres —que como él tienen problemas amorosos y de dinero— insertan la pieza que él fabrica en un Stratofortress (castillo de las nubes), es decir un B-52, un bombardero que pesa ciento sesenta mil kilos y cuesta treinta y seis millones de dólares. Ese avión recorrerá trece mil setecientos kilómetros hasta Tailandia y aterrizará en una pista secreta en Bangkok, desde donde volverá a despegar unos días o semanas más tarde para soltar un sinfín de pequeñas bombas de racimo sobre el este de Camboya.

«Cuando una de esas pequeñas bombas explota —escribe Nic Dunlop—, propulsa unos doscientos mil fragmentos de acero a la velocidad de una bala sobre un territorio tan grande como varios estadios de fútbol creando de ese modo una zona de muerte. Esas astillas calentadas al blanco desgarran literalmente los cuerpos que encuentran a su paso. Algunas pequeñas bombas contienen flechas metálicas con garfios que clavan a las personas al suelo. Un B-52 puede soltar veinticinco mil de estas pequeñas bombas en una sola salida.»[9]

En todo Estados Unidos, el 15 de octubre de 1969 es un día de movilización contra la guerra de Vietnam. Cien mil personas van a concentrarse en Boston, apenas a dos horas por carretera de la escuela Haut-Pré. Leslie llama a Kenneth: ella piensa ir a la manifestación, ¿quiere que se vean allí? Agotado por sus semanas de sesenta horas laborales, Kenneth no se encuentra con fuerzas.

Dorrit tampoco piensa ir. Está centrada en su último curso de bachillerato y ayuda un poco a

Alice en las tareas domésticas y maternas y, además, se encuentra obnubilada por esa especie de dicha dolorosa que es el amor a distancia. También hay que decir que desde que su madre se marchó diez años atrás se habituó a vivir sus relaciones más importantes como una especie de síndrome de abstinencia. Ahora, el Adam ausente va reemplazando poco a poco a la Alison ausente como destinatario imaginario de sus gestos y de sus pensamientos. En el interior de Dorrit cada instante de cada día está sublimado por la mirada y la aprobación de su maravilloso amante. Ella lo quiere y por tanto puede quererse a sí misma. Pero... ¿está tan atrasada con respecto a él, es horrible! Cuando piensa en las estanterías atestadas de la biblioteca de Adam en aquella habitación del campus en la que la desfloró siente un poco de vértigo. Tiene que hacer lo imposible para reducir su retraso y que él no se desilusione por las lagunas que tiene. Los amantes se escriben con regularidad. Cada seis semanas más o menos se encuentran en algún lugar para hacer el amor en secreto y renovar la promesa de casarse en junio, cuando Dorrit haya acabado el bachillerato.

Dorrit envía su historial académico a muchas universidades neoyorquinas. Sus preferencias se dirigen a Sarah Lawrence, facultad situada en Bronxville, en el condado de Westchester, a unos veinte kilómetros al norte de Manhattan. Mixta desde hace poco, Sarah Lawrence ha sido durante mucho tiempo una de las prestigiosas Siete Hermanas, esas universidades glamurosas que otorgan a las chicas más prometedoras una educación comparable a la de la Ivy League de los chicos.

En diciembre, Dorrit recibe las respuestas de las universidades solicitadas. Está directamente admitida en todas *salvo* en la de sus sueños. Más moderada que las demás, la carta de Sarah Lawrence le pide que vaya a Bronxville para visitar el campus y entrevistarse con el responsable de las admisiones. Algo inesperado. Tiene una excusa para ir a ver a su amante a Nueva York.

No siente ningún reparo en decirles a Kenneth y Alice que se quedará en el campus. La verdad es que Adam la recoge directamente en la estación de autobuses de la calle Cuarenta y dos y la lleva a su casa. Dorrit cree estar en el paraíso al descubrir el barrio del Lower East Side de la mano de su gigante judío... y el segundo piso de un viejo edificio de ladrillos de la calle Norfolk, el apartamento que Adam ha acondicionado a su gusto forrando todas las paredes de libros. Unas horas más tarde, en la cama, la noche se transforma en infierno.

Después de haber hecho una y otra vez el amor, se cuentan sus respectivas vidas durante las últimas semanas. Dorrit se cachondea un poco de su amante describiéndole cómo ha rechazado a algunos tipos que se la querían ligar y luego pregunta desenfadada:

—¿Y tú?

Tranquilamente, Adam enumera las cinco o seis mujeres (incluida su ex) con las que se ha acostado desde el verano, y acaba con una gran sonrisa.

—Pero a quien quiero es a ti, con quien me quiero casar es contigo.

Dorrit pasa el resto de la noche encerrada con llave en el cuarto de baño, echando algún sueño en la alfombra de baño.

El día siguiente por la mañana, masticando unos bagels comprados en Katz, en la calle Houston, Adam se muestra sereno y firme.

—He estado reflexionando —le dice a su joven amante—. Kenneth me ha llamado, hemos estado hablando un poco y nos hemos puesto de acuerdo. Incluso siendo muy madura para tu edad, Dorrit, eres todavía muy, demasiado, joven. No hace falta que te des tanta prisa para meterte en un matrimonio del que podrías arrepentirte más tarde. Primero debes tener un poco de experiencia de la vida adulta.

De modo que, en lugar de aproximarse a Dorrit, el verano siguiente Adam tiene previsto multiplicar por diez el número de kilómetros que los separan. Ha planeado marcharse al extremo oeste de Canadá, a Victoria, en la isla de Vancouver, a orillas del Pacífico, y crear allí un centro cultural.

Deberán ser fuertes, dice él. Pero tiene confianza porque *son* fuertes. Se escribirán con regularidad, Adam tratará de venir al este en enero y, seguro, resistirán. Su amor resistirá.

—Mi pequeña Dorrit, no llores, por favor te lo pido, no llores, te quiero.

Más tarde, ese mismo día, segunda decepción: Dorrit es admitida en Sarah Lawrence pero la beca que se le concede no cubre más que una parte de sus gastos de escolarización. Para suplir la diferencia (alrededor de dos mil dólares) tendrá que interrumpir sus estudios y trabajar durante un año.

La situación de Dorrit en septiembre de 1970 es, por tanto, complicada. Con su bachillerato en el bolsillo pero sin un céntimo para iniciar sus estudios universitarios y enamorada de un prometido que acaba de instalarse en el otro extremo del continente norteamericano, se marcha a probar fortuna en la ciudad vecina de Boston-Cambridge.

8

CAMBRIDGE / VICTORIA, 1970-1971

Golpe de suerte: cuando lleva menos de una semana presentándose a entrevistas de trabajo, los servicios de salud de la Universidad de Harvard la contratan como secretaria de sanidad de su clínica psiquiátrica. El mismo día que recibe la noticia de su contratación cumple diecisiete años.

Kenneth no aguanta más fabricar piezas para los B-52 y abandona su empleo en la Hitchiner. Muy pronto la familia se encuentra en dificultades. No pueden pagar las facturas. Alice se siente avergonzada. Kenneth, con calendario y gráficos de ingresos como prueba, le pide a Dorrit que le preste la mitad de lo que gana en Harvard (justo la cantidad que ella pensaba ahorrar para sus estudios), prometiendo devolvérsela a tiempo para que pueda ingresar en la universidad en el otoño de 1971. Dorrit accede. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Esos años, en Estados Unidos los cerrojos de la vieja moral saltan por los aires uno detrás de otro. La juventud esplendorosa de la costa Este está especialmente encantada con la liberación en todos los acimuts, potenciada por sustancias euforizantes. Cuando va por Cambridge, los hombres se vuelven a mirarla, la desean, la invitan, y tiene que inventarse excusas para decirles que no, porque el *no* no está en absoluto de moda. Los chicos que se marchan a hacer la guerra quieren, cueste lo que cueste, hacer el amor. Las chicas quieren probar que, a diferencia de sus madres, ellas no son ni unas reprimidas ni unas acomplejadas, ni culpables de nada, y que saben perfectamente controlar y poner en práctica todo lo que tiene que ver con el placer.

No hay ninguna promesa de fidelidad y, de hecho, ninguna fidelidad hay entre Dorrit y Adam a lo largo de ese año. Se engañan alegremente. Un mes tras otro, Dorrit se desliza a toda velocidad por la resbaladiza pendiente de la libertad. Y no sólo en las noches embarulladas por demasiados porros, cervezas y ligues de paso. No, también lo hace durante el día, en su lugar de trabajo, porque tiene diecisiete años y unos jefes que aprecian sus encantos. Siete horas al día, desde las ocho a las doce y de una a cuatro, copia las cartas que le dictan los psicoanalistas, transcribe los informes de sus sesiones y ordena los dossieres de sus pacientes. Sus jefes saben perfectamente que tiene un prometido en alguna parte, pero la verdad es que su vida es muy dura. No sólo tienen que tratar a sus pacientes, además deben escribir artículos, preparar conferencias, participar en coloquios y alimentar a sus familias. Agobiados por todas esas responsabilidades, es normal que a veces tengan necesidad de desconectar. Dos o tres de ellos cogen la costumbre de llamar a su despacho a la más joven de las tres secretarías con el pretexto de dictarle una carta. Cierran con pestillo la puerta detrás de ella y la soban un poco. Sólo un poco. Realmente no infringen las reglas. Se pasan sólo lo justo, por ejemplo, una mano bajo la falda para explorar la parte alta de

sus muslos... A veces se permiten tumbarla en el diván, echarse encima y moverse un poco susurrándole lo guapa que es... ¿Qué tiene de malo, realmente? Y cuando, en diciembre, la secretaria en cuestión empieza a manifestar signos de depresión, uno de ellos le regala un par de zapatillas de jogging por Navidad y le sugiere unas sesiones de psicoterapia. Gratis: es una de las ventajas de su estatus de empleada de Harvard. Y, no, ella no tendrá que teclear su propio dossier, sólo le faltaba eso. Nadie lo va a teclear. Lo que ella cuente en el diván quedará entre ella y su terapeuta, ese buen padre de familia de cuarenta años, gran especialista en paranoia. Y al final de la sesión podrá tomarla a gusto entre sus brazos y consolarla un poco, la pobre chica, abandonada primero por su madre y luego por su prometido, besándola en el cuello, en las mejillas, en los labios.

Como habían pactado, su prometido viene a pasar quince días al este en enero. Le hace una visita a su familia en New Jersey y le pide prestado un coche para subir a Cambridge y saludar a su amada Dorrit. Pero los reencuentros son penosos. Sus listas de amantes son más o menos igual de largas esta vez, y Adam no está seguro de que esto le parezca bien del todo. Como hace un tiempo glacial, en lugar de pasear morreándose por la orilla del río Charles, se ven obligados a encerrarse en la casa. Pero Dorrit comparte su apartamento con otras tres chicas. La puerta de su habitación da directamente a la cocina, donde, a cualquier hora del día o de la noche, una u otra está instalada con amigos para charlar, beber, fumar y escuchar la radio. No es fácil, en esas condiciones, reencontrarse plenamente.

Un día, Adam convence a Dorrit para que lo acompañe a una manifestación organizada por la Universidad de Northeastern contra la guerra de Vietnam. Acepta a regañadientes. La policía carga, la marcha se alborota, muchos manifestantes son pisoteados. Dorrit recibe un golpe de porra en la cadera que la deja coja y dolorida para el resto de la visita de su prometido.

—¿Me importa una mierda Vietnam! —lloriquea rabiosa—. ¡Soy canadiense, joder! ¡Vietnam no es problema mío!

El 18 de marzo de 1970, mientras Sihanouk está de viaje en el extranjero, tiene lugar un golpe de Estado en Phnom Penh y el Primer Ministro Lon Nol toma el poder. Fanfarrón y fatuo, muy vulnerable a la manipulación americana, Lon Nol jura expulsar al vietcong del país cueste lo que cueste.

Unos días más tarde, Sihanouk anuncia la formación de un nuevo movimiento político, el Frente Nacional Unido de Kampuchea, el FUNK, y pide a sus compatriotas que no obedezcan las directrices del gobierno de Lon Nol. Un borrador de su llamamiento es enviado a Pol Pot, que le hace algunos retoques. De repente, los dos hombres se encuentran del mismo lado, algo que da a los jemes rojos la legitimidad política que hasta entonces les faltaba. Sus filas engrosan de forma espectacular.

Escindido entre anticomunistas (el gobierno de Lon Nol, sostenido por Vietnam del Sur y Estados Unidos) e independentistas (el FUNK de Sihanouk, sostenido por Vietnam del Norte y los jemes rojos), el país se hunde en el caos de la guerra civil.

En primavera, estudiantes de Radcliffe, esa facultad que es la réplica femenina de Harvard y figura entre las «Siete Hermanas», organizan escandalosos *sit-in* para reivindicar su derecho a entrar en Harvard. Los psicoanalistas comentan la situación en la hora de la pausa para el café.

—¿Qué piensan de eso nuestras guapas secretarias? —se preguntan sonriendo.

—¡Oh! —dicen Janet, Florence y Molly—, el lenguaje agresivo de las feministas nos choca, no parece que eso sea muy femenino.

—¿Y usted, Dorrit?

—Bueno —dice, aburrida—. Si hubiese entre esas mujeres por lo menos una que fuese guapa a lo mejor me las tomaba en serio.

Todos se parten de risa.

En junio, Dorrit presenta su dimisión al director de los Servicios de Salud de Harvard. La razón invocada para su marcha: boda inminente. Los psicólogos pagan a escote el regalo, una edición encuadernada de *Joy of Cooking*, con la idea de garantizarle de ese modo la felicidad dentro de la cocina para el resto de sus días.

A principios de julio es una mujer precozmente madura pero moderadamente cínica la que se aleja de Cambridge para reunirse en la costa Oeste con su guapo judío neoyorquino. ¿Cómo piensa organizarse Dorrit una vez que esté allí? Vivirá con Adam en Victoria, el pueblecito de la isla, y cada día cogerà el ferry para ir a Simon Fraser, una excelente universidad pública de Vancouver.

Pero el destino decide otra cosa. El día mismo de su llegada, Adam le presenta a Nathan, director de escena que se ha traído de Nueva York para animar los talleres de verano en su nuevo centro cultural. De ascendencia judioalemana, igual que Adam, Nathan nació el mismo año que él y creció en el mismo barrio del norte del Bronx, es casi su gemelo. Enseña en la Juilliard School de Manhattan y ha llevado con él media docena de sus estudiantes de arte dramático para montar un espectáculo sobre la peste negra...

Un relámpago. Un giro inesperado. Cuatro días después con quien vive Dorrit en Victoria es con Nathan. Cocina las primeras recetas de *Joy of Cooking*, se inscribe en los cursos de verano, empieza a trabajar de camarera en un gran hotel y le comunica sus nuevos proyectos a su desconcertada familia: a finales de agosto volverá a la costa Este y se instalará con su nuevo amor en el Bronx.

Y es lo que hace.

9

NUEVA YORK, 1971-1973

De momento, Kenneth no puede pagar su deuda. Dorrit se resigna a que empiece un nuevo curso escolar con sus estudios abandonados. Un año más de pausa (desde luego Dorrit habría podido imaginar unas cuantas actividades más agradables para llenar esa pausa que transcribir los informes de los depresivos de Harvard mientras sus terapeutas le metían mano), pero de todas formas, con el ánimo por los suelos, empieza a buscar trabajo para ganar por segunda vez, ahora en Nueva York, el dinero que ya había ganado antes en Cambridge.

Se instala en casa de Nathan. Se trata de un pequeño apartamento en la planta baja de un edificio de ladrillo amarillo situado bastantes kilómetros al norte del Yankee Stadium, en la calle Ciento noventa y seis —un apartamento con poca luz y ningún encanto muy cercano del metro aéreo de la línea IRT número 4, cuyos trenes pasan con un rugido ensordecedor cada siete minutos veinticuatro horas al día, crónicamente infestado de cucarachas y equipado con barrotes en todas las ventanas para desanimar a los ladrones, eso sí, con la ventaja de que no hay que pagar alquiler porque es de los padres de Nathan—. Este sale temprano por las mañanas para dar sus clases de teatro en Manhattan (la Juilliard School forma parte del Lincoln Center en la calle Sesenta y seis Oeste) y casi siempre vuelve tarde por la noche.

Dorrit encuentra muy pronto un trabajo a jornada completa en la Liga nacional municipal, también en Manhattan, en la calle Setenta y tres Este. De septiembre a diciembre comparte, estupefacta, el destino del común de los mortales en el mundo occidental contemporáneo, consagrando toda su energía cuarenta horas por semana a una actividad sin el menor sentido para ella, eso sin hablar de las diez horas de transporte público para ir y venir del trabajo. Sin embargo, ocuparse ella sola de la intendencia doméstica no le pesa, porque en esa fase de su vida cree que es su deber por el hecho de ser mujer.

Poco antes de Navidad, Sarah Lawrence le da una buena noticia: su petición ha encontrado ahora la plena aprobación del comité de admisión y por muy poco que consiga algunas unidades didácticas que faltan en su evaluación del primer año, podrá entrar directamente en segundo curso cuando el próximo otoño se inicien las clases. Para conseguir esas unidades didácticas, deja la Liga nacional municipal y se inscribe en una universidad pública que está muy cerca de su casa: el Herbert Lehman College del Bronx.

Aunque de todos modos necesita pasta. Así que en la primavera de 1972, además de ocuparse del penoso apartamento, además de empollar sus clases de literatura francesa y de historia del arte, encuentra curros por aquí y por allá, transcribiendo cintas magnetofónicas para

investigadores y ensayistas, vendiendo helados en Häagen-Dazs, participando en experimentos científicos...

Entre sus pocos amigos de esa época hay dos escritores, autores de ficción: Mark Mirsky y Sonya Arcone. Al primero lo conoce por medio de Adam; a la segunda, por Nathan. Desgraciadamente, los dos viven en el sur de Manhattan —él en el Bowery, ella en el West Village—, a casi una hora y media de metro. Muy raramente tiene tiempo de bajar a verlos. Para ellos el Bronx es una *terra incognita*.

Dorrit se organiza la vida como una maniática. Obsesionada por la idea de perder el tiempo, se dirige lo más rápidamente posible del punto A al punto B, no concediéndose jamás el menor respiro para tomarse un café en un bar, sin dejar nada a la improvisación, ni un paseo, ni disfrutar de Nueva York. Los sábados, la pareja come a veces en casa de los padres de Nathan en el distinguido barrio del West Bronx. Dorrit engulle educadamente su *gefilte Fisch* como la buena mujercita judía que no es, y se esfuerza por reírse con las bromas medianamente divertidas del hermano de Nathan. Una vez pasan un fin de semana en el campo, en casa de Norman, el primo de Nathan, y su mujer, Hannah. El domingo, durante el desayuno, mientras que Nathan y Hannah están en la cocina, Norman, que tiene unos cuarenta años, deja su sitio en la mesa y se acerca a Dorrit. Con gestos dulces pero firmes, la vuelve hacia él, se inclina. Desliza la lengua en su boca y su mano en su blusa, y vuelve a sentarse con una sonrisa satisfecha.

La cuenta bancaria de Dorrit se encuentra desesperadamente infraalimentada. A veces compra el *New York Times* para mirar los anuncios por palabras. Los que figuran en la sección «Empleos para mujeres» a menudo son dudosos...

La operación secreta Menú ha fracasado y el presidente Nixon está muy disgustado. Algunas transcripciones de sus conversaciones telefónicas dejan ver su irritación: «Tienen que ir a por todas —dice—, y quiero decir a por todas de verdad. Quiero que golpeen muy duro. Quiero que usen los aviones grandes, los aviones pequeños, todo lo que pueda servirles para hacerles daño».[10]

Menú, pues, ha sido reemplazado por una operación algo menos secreta llamada Freedom Deal. A lo largo de los años siguientes, en lugar de contentarse con sembrar de bombas zonas bien delimitadas a lo largo de la frontera vietnamita, Estados Unidos extenderá los bombardeos a más de la mitad de Camboya, y posteriormente al país entero.

«Para finalizar —escribe Philip Short—, la cantidad de salidas de los B-52 alcanza las ochenta y una por día, un tercio más que en Vietnam. La congestión del tráfico aéreo es tal que a veces los bombarderos sueltan su carga a decenas de kilómetros de su objetivo.»[11]

Hojeando el *Times* en febrero, Dorrit ve un anuncio proponiendo un trabajo en un salón de masaje tailandés. ¡Oye, está bien pagado!, se dice a sí misma. Me gusta mucho dar masajes, podría aprender a darlos de forma profesional.

Al llegar a la dirección indicada en el anuncio se informa de lo que verdaderamente quieren decir las palabras «masaje tailandés», algo que, aunque se desarrolla en un marco cordial y apacible, sin duda no es del todo legal. Al irse después de esa primera visita, Dorrit ha entendido perfectamente qué estaban esperando los clientes del salón (todos de sexo masculino) de las masajistas (de las que ninguna tiene más de tailandesa que ella misma). Pidió un margen para pensárselo, y se lo dieron. Lo habla con Nathan. Mostrándose muy circunspecto, su compañero le dice que ella es quien debe tomar la decisión. Ella la toma: y es que sí. Sí, lo va a hacer. Quiere comprender cómo es eso.

Así que Dorrit se dirige por segunda vez al salón de masaje con conocimiento de causa. Muy pronto se ve envuelta en una escena propia del lugar: sentada con otras mujeres en un salón con sillones de terciopelo rojo y luces bajas, *esperando al cliente*. Un momento después se abre la puerta y el cliente entra, acompañado por la recepcionista, para pasarles revista. Sin duda, a causa de su aire juvenil y de inexperta, siempre es a Dorrit a quien, por medio de un gesto o de una mirada discreta, eligen.

Y esto es lo que aprenderá Dorrit a lo largo de esa única tarde pasada en un salón de masajes pseudotailandés del sur de Manhattan en febrero de 1972 y que no olvidará nunca: en el planeta Tierra existe una cantidad ilimitada de deseo masculino insatisfecho. En todas las grandes ciudades del mundo, multitudes de hombres vagan día y noche en busca de un placer concreto y anónimo. Un hecho de gran magnitud del que ella, sin ser mojigata ni inocente, no había sido consciente hasta entonces. Y, aunque de momento, no extrae ninguna *interpretación* (política, económica, sociológica...), rápidamente entiende cómo funciona. Los clientes no son ni zafios ni unos cabrones, son hombres corrientes. Lo que les da placer no es ella (o al menos eso que desde su infancia ella está acostumbrada a considerar como *ella*), eso es lo de menos. Les basta con concentrarse en la curva de su pecho juvenil bajo el uniforme... en sus grandes ojos azules... su nombre... su edad... la línea de su mandíbula... contemplar una imagen que ellos evocan detrás de sus párpados cerrados... y ya está, ya pueden volar. Está claro que lo que desean sobre todo es abandonarse. Lo que compran con su dinero es menos una mujer que la posibilidad de alcanzar su placer sin que les hagan reproches ni les pidan cuentas.

Por su parte, al estar implicada en ese asunto con repugnancia, Dorrit puede mantener los ojos bien abiertos y la cabeza fría. Siguiendo los consejos de su amigo escritor Mark Mirsky, observa atentamente a los clientes y memoriza el menor gesto, palabra o movimiento. Le parecen sorprendentemente transparentes, casi conmovedores, en su enorme necesidad de ternura y atención, con esas artimañas que emplean para obtener eso que, como ellos saben muy bien, no es más que un sucedáneo de lo que necesitan. La historia que cuentan es básica. Y aunque todos saben que se trata de algo impostado, la unión de esa historia con los gestos de Dorrit hace que todo fluya. Algunos segundos o minutos después, tras enjuagarse las manos bajo el grifo, ella lavará a los hombres, los frotará con aceite y los empolvará como a bebés, luego desaparecerá para dejar que se vistan y se larguen. El pago se hace por anticipado, en la recepción.

Al final del día, Dorrit se embolsa los cuarenta y cinco dólares que le corresponden por cinco clientes (la mitad de lo que ellos han pagado), y le explica al jefe que no, que finalmente, después de ese globo sonda, no piensa volver a hacer ese trabajo. El jefe acepta su decisión sin problema y ella se vuelve al Bronx... donde, unas horas después, Nathan le hará el amor.

Más que traumática, para Dorrit esa experiencia es triste. Es una tristeza pesada, que le durará mucho tiempo en el estómago y que nunca acabará de digerir. Ya nunca conseguirá tomarse la prostitución a la ligera ni a bromear sobre ella, ni incluso a usar la palabra «Putas» como interjección. Nunca olvidará hasta qué punto, incluso en las circunstancias higiénicas, suaves y discretas en las que lo pudo descubrir, ese universo está basado en la mentira. Su corazón se sublevará cada vez que algún hombre de su entorno evoque con nostalgia los maravillosos burdeles de su juventud o describa con complacencia a los chicos o chicas que se le han ofrecido en un país pobre.

Sin embargo, no todas las consecuencias de ese breve episodio de la vida de Dorrit son negativas. Al menos extraerá la ventaja, reforzada por el hecho de haber sido testigo de las

calaveradas de su padre y haber sido acosada por sus profesores y por los psicoanalistas: ningún hombre podrá volver a intimidarla. Jefes de Estado, rectores de universidades, obispos, *big boss*, generales del ejército, da igual: ya no le va a impresionar ningún estatus. Y no es que encuentre a los machos alfa risibles o anodinos —seguro que no porque sabe muy bien hasta qué punto pueden ser siniestros—. Simplemente, detrás de sus tonterías, ella ve siempre el miedo, la incertidumbre, la duda, la abrumadora necesidad de ternura.

Además ha aprendido desde que era niña a neutralizar por medio de la escritura todo lo que le causa dolor. Las palabras lo reparan todo, lo ocultan todo, tejen un ropaje que cubre los hechos desnudos. Dorrit no vive las cosas en directo sino en diferido. Primero reflexionando sobre el modo en que podrá escribirlas, luego escribiéndolas. Protegida por la malla de las palabras, una verdadera armadura, las agresiones no llegan a alcanzarla realmente.

Así que dedica el fin de semana posterior a esa experiencia a transformarla en un relato de ocho páginas titulado «El palacio del masaje». Siguiendo los consejos de su amiga novelista Sonya Arcone, mecanografía el texto a doble espacio con su nombre en la parte superior derecha de cada página, justo al lado del número del folio. Hace muchas copias, las mete en sobres y al mismo tiempo que se envía una a sí misma las manda por correo a diferentes revistas literarias. Algunas ni siquiera le dan el consuelo de una respuesta.

Poco después, le habla de ese asunto a Kenneth en una carta. «*Bronx, 3 de marzo, 1972.* Encontrar un trabajo fuera de una oficina en la ciudad de Nueva York parece ser una experiencia más bien escabrosa. La verdad es que estos días podría tener un curro vendiendo a las empresas artículos fabricados por discapacitados, físicos o mentales. Pero un trabajo así no me seduce para nada porque se comería todas mis horas libres desde las nueve hasta las cinco. Preferiría de lejos currar por la noche —de camarera en un restaurante o en un bar, por ejemplo— pero con un sueldo decente. Mis trabajos de masajista y de modelo desnuda estaban bien pagados pero me han costado tanto en el aspecto psíquico que no compensa. Como creo haberte dicho por teléfono, he escrito un relato, puede que te interese leerlo. Por lo que respecta a los bares lo único que he conseguido encontrar de momento es un trabajo como “azafata”, que consiste en escupir oportuno barato en un vaso de Coca-Cola al que me invitan los hombres mientras charlo con ellos (¡me pagan un dólar setenta y cinco por vaso!). Aunque resulta un poco deprimente mirar los anuncios de los periódicos y los tabloneros de anuncios no me quejo y lo prefiero a volver a verme atrapada en algo que aborrezca.» Marca paterna: silencio por toda respuesta.

Un mes más tarde, armándose de valor, Dorrit le pregunta a Kenneth si piensa devolverle o no la deuda de dos mil dólares a tiempo para poder entrar en Sarah Lawrence en otoño. La respuesta es suave pero dura. Es negativa.

«Camboya entera es desde ahora una zona libre de fuego para el ejército americano — escribe Nic Dunlop—. [...] Volando muy por encima del cataclismo que sembraban allá abajo, los pilotos estaban, además, distanciados de la destrucción por el lenguaje de la guerra high-tech: “blancos blandos”, “antipersonal”, “objetivos”. Un “blanco blando” podía ser bien personas, bien edificios como la escuela primaria de un pueblo que se eliminaba por completo [...] Un B-52 lleva una carga útil de cinco mil kilos. A una altitud de diez mil metros, el vientre de esos aviones enormes se abría y su carga mortal caía en picado pulverizando todo lo que se encontraba en la tierra [...] Con ese “alfombrado de bombas”, el ataque del escuadrón abarcaba toda una región, abriendo surcos de dos kilómetros de largo...»[12]

En mayo de 1972, un último intento de encontrar dinero será breve pero tendrá repercusiones

duraderas en la vida de Dorrit. En este empleo, bajo la égida de una discoteca de nombre tan poco poético como Mr. Party Inc., también se trata de que Dorrit sea lo que es, es decir, una chica joven y guapa. El trabajo consiste en ofrecer su encantadora compañía nocturna a hombres de negocios que están unos días en Nueva York por motivos laborales.

Al llegar puntualmente a la entrevista de trabajo (es de una puntualidad patológica), Dorrit se ve de nuevo metida en otra escena ancestral. Igual que los granjeros miran una vaca o los colonos un esclavo, *los hombres calibran el cuerpo de una mujer*. Dos señores bien trajeados la reciben y la examinan con la vista, le piden que se levante, que se gire y se vuelva a girar, que se siente, que camine un poco... Incrédula, con la voluntad paralizada como si estuviera bajo los efectos de la hipnosis, pasmada por su propia pasividad, Dorrit obedece.

—¿Aceptaría trabajar como camarera con los pechos desnudos? —le preguntan.

Asiente con la cabeza.

—¿Estaría dispuesta a salir alguna vez con esos hombres, darles conversación y ese tipo de cosas?

—Ehh... tendría que hablarlo con mi compañero.

—¿Vive usted en pareja?

—Sí.

—Hummm... Aunque sea sólo para charlar, es probable que su compañero no quiera que usted salga con otros hombres.

—Bueno... no creo que eso sea problema. A menudo él vuelve tarde por la noche...

—¿Le importaría volver a ponerse de pie, dar unos pasos?

Pasiva, indolente, deseando echarse a llorar, Dorrit obedece. Los dos hombres se consultan en voz baja y se ponen de acuerdo.

—Volveremos a hablar lo del servicio de acompañamiento cuando usted haya tomado una decisión —dice uno.

Y el otro añade:

—En cuanto al empleo de camarera con los pechos desnudos... ya lo veremos, primero tendría que perder cinco, seis kilos.

Esa noche, plantada delante de su espejo, Dorrit está rabiosa, no contra los hombres de «Señor Fiesta Inc.», no contra los jefes o los clientes del salón de masaje, no contra los desconocidos que le silban en la calle y la rozan en el metro, no contra Norman que le ha robado un beso a espaldas de su propio primo, no contra los psicoanalistas de Harvard que la han magreado, no contra Adam que la ha golpeado salvajemente en la cara, no contra su padre que no la ha sabido proteger... sino contra su propio cuerpo. ¡Horror! ¡Se ha puesto gorda! ¡Se ha hecho obesa! Con un metro setenta, pesa un poco más de sesenta kilos. ¿Cómo ha podido llegar a eso?

—¿Me ves muy gorda?

Cuando le hace la pregunta a Nathan, él le responde como un hombre de teatro:

—No, pero podría ser interesante para ti ver el efecto que te hace vivir dentro de un cuerpo más delgado.

El desafío está sobre la mesa: hay que adelgazar.

Dorrit renuncia sin problema a la idea de trabajar para «Señor Fiesta Inc.». Pero esos dos hombres han plantado en su ánimo la semilla de una flor venenosa que a lo largo de los próximos años crecerá, florecerá y proliferará locamente infestando todo su ser: la obsesión por el peso. En

vez de comer, esa semilla la lleva a fumar y a caminar deprisa, correr y nadar, a pesarse todos los días. Nathan ha oído hablar de una asociación que ayuda a la gente a perder peso de una forma duradera: los Weight Watchers. Estos acaban de publicar un libro de cocina... Dorrit se convierte en una Weight Watcher, aunque a su modo: elimina las féculas de su dieta. Durante la década siguiente se esforzará por no tocar las patatas, el pan ni la pasta, ni el arroz ni los pasteles. La cosa funciona. Pierde peso. Mucho peso.

«Cada segundo de las horas que pasamos despiertos —escribe Theary Seng—, nuestro pensamiento está ocupado por el hambre. Las costillas me sobresalen y se rozan con mi camisa. Soy tan ligera y sin embargo me siento tan pesada, como aplastada por el peso del odio y de la rabia de los cuatro últimos años.»[13]

»Los niños que se mueren de hambre son pequeñas estatuas serenas y silenciosas con la mirada fija.»[14]

Como toda anoréxica que se precie, Dorrit se atiborra de vez en cuando. Cuando Nathan sale de noche, ella abre el frigorífico y, mirando lo que hay, engulle a toda prisa un litro de helado de vainilla o un montón de sándwiches con mantequilla de cacahuete, y luego lo vomita. Pero la mayor parte del tiempo deja que el hambre modele sus pensamientos y su cuerpo. Quiere y consigue esa disciplina. Bebe agua, grandes cantidades de agua. Aspira a ser pura y limpia.

Los campesinos camboyanos estaban acostumbrados al arroz, para todo. El arroz es la base de toda la economía camboyana.

«En los campos de trabajo de los jemeres rojos —escribe Rithy Panh—, se trabajaba día y noche por una sola comida hecha de sopa de correhuela con sal. Y cuando los dirigentes nos preguntaban: ¿Está bueno, camaradas?, respondíamos a coro: ¡Muy bueno!, porque teníamos miedo de ser ejecutados.»[15]

«Nosotros ya no tenemos sopa —escribe Malay Phcar—. En la única comida del día cada uno recibe el arroz que cabe en una cucharilla de café. Una nueva ración inventada por los jemeres rojos. Participamos en la tarea de construcción de la Kampuchea Democrática de radiante porvenir. Esa será a partir de ahora la cantidad diaria de alimento. Estamos sometidos a este régimen desde hace una semana. Ni siquiera tenemos fuerza para intentar buscar otra cosa. Estamos empapados en sudor. Nuestros ojos brillan.»[16]

Para Dorrit la alimentación se convierte en algo esencialmente imaginario. En las salas de espera busca las páginas de cocina de las revistas y lee atentamente las recetas. Se relame pero no se permite nada, no alimenta su cuerpo sino su espíritu, huele los aromas que flotan delante de la puerta abierta de los restaurantes, sueña con manjares prohibidos: salsas grasas, *cappucini*, tartas de merengue, pan blanco crujiente recubierto de una buena capa de mantequilla y mermelada.

No le habla a nadie de esa obsesión alimenticia: ni a Nathan, ni a Sonya su amiga novelista, ni a su padre ni a su hermano ni a su hermana... Cada vez se siente más ligera, esa nueva definición de sexy que no tiene que ver con la sensualidad. Aunque está encantada con adelgazar y no quiere comer, muchas imágenes de alimentos se interponen entre ella y las páginas de los libros que lee: ve chocolate fundido en vez de *Thérèse Desqueyroux*, rosbifs y compota de manzana en lugar de *Tartarin de Tarascon*. Cuando la madre de Nathan le ofrece que repita su *gefilte Fisch*, Dorrit no le responde que eso sería burlarse de uno de los mandamientos sagrados de los Weight Watchers («Nunca repetirás»). Simplemente dice: «He comido muy bien, gracias...», y sus labios de piedra esbozan una gran sonrisa.

«Hinchados por el líquido que se acumula en su interior —escribe Chanrithy Him—, la cara

y el cuerpo entero de mamá están inflados. Su cara se ha convertido en una máscara horrible, pálida como la piel de un cerdo, los carrillos abotargados. Apagados y opacos, sus ojos nos miran con esa vista carnosa. Nadie entiende lo que pasa, por qué nuestros miembros se han vuelto tan pesados [...] Lleva tiempo asociar todo esto a nuestra propia hambre. [...] Yo también tengo las piernas, los brazos, la cara hinchada por el edema. De repente, incluso andar es tan penoso como si el aire fuese barro. Como mamá y yo, Avy y Map se inflan como muñecas hinchables, la cara apretada y estirada, las piernas gordas. La piel entre los dedos de los pies de Avy me da miedo: está tan tensa y transparente que parece a punto de explotar.»[17]

En el libro de cocina de los Weight Watchers aparecido en 1972 hay listas, listas y más listas. Alimentos de los que se puede comer un poco, mucho, apasionadamente, hasta la locura, o en absoluto. Dado que la obesidad es ahora una de las principales causas de enfermedad de las clases desfavorecidas de la sociedad americana, la anorexia golpea sobre todo entre las chicas inteligentes de las clases culturalmente privilegiadas. Como Dorrit.

«Renacuajos. Saltamontes. Ciempiés. Ratonés. Ratas y escorpiones: se come todo, sea lo que sea —sigue escribiendo Chanrithy Him—. Mientras trabajamos la tierra miramos los insectos como un tesoro oculto. Nuestros ojos inspeccionan el suelo en busca de una delicia comestible que podremos meternos en la cintura, en el bolsillo, en un pañuelo. Más tarde cogeremos esa maravilla para ensartarla y ponerla en el fuego. Los que no han cogido nada mirarán, siguiendo cada uno de nuestros gestos con ojos suplicantes. Hay que ignorarlos, igual que se ignora lo que comemos. No hay repulsión. La comida es la comida. Todo está bueno. Incluso el olor de los saltamontes mientras se asan hacen gorgotear de ganas los estómagos. [...] El hambre nos posee.»[18]

Llega el otoño y, finalmente, dos años después de su primera visita al campus, Dorrit entra en Sarah Lawrence. La experiencia habitual de los estudiantes en ese tipo de universidad es ser internos cuatro años completos (vacaciones aparte, claro). Dorrit será externa un año.

Sus días están cuadrículados pero vacíos, porque no está plenamente presente. Guapa y robotizada, se despierta en su apartamento del Bronx cada mañana a las siete, saca del horno el cultivo de yogur que ha dejado allí la víspera, se traga un vaso del líquido blanco y espeso, se viste, se maquilla, lleva a Nathan el desayuno a la cama (una litera debajo de la cual ella ha instalado su oficina), y sale de la casa a las siete cuarenta y cinco.

Saca el Volvo del garaje y se dirige al norte. Media hora más tarde deja el coche en el gran parking exterior de la universidad y está cuarenta y cinco minutos tocando el clavicémbalo. Ahora prefiere ese instrumento al piano porque puede controlarlo del mismo modo que controla su cuerpo. Parecida en esto a todas las jóvenes anoréxicas (y a todos los chicos enrolados en la pureza violenta de una causa religiosa o política), huye de las emociones, se esfuerza por dominar cada instante de su vida. Prefiere el pasado inmóvil al presente imprevisible.

De nueve a una asiste a distintas clases. Psicología de la creatividad, análisis musicológico de los compositores de principios del siglo XX. Taller de escritura... A la una en punto va a la cafetería y compra su comida. Un vaso de limón exprimido sin azúcar y una pequeña ensalada de judías. Luego vuelve al Bronx en el coche, se instala en su oficina bajo la litera, se traga un tocho tras otro para sus clases gracias a un método de lectura rápida que ha aprendido y, para pagar sus gastos académicos, transcribe cintas magnetofónicas hasta bastante tarde por la noche. Los fines de semana los tiene reservados para las tareas domésticas.

«Cuando el Congreso pone fin a los ataques de los B-52 en 1973 —escribe Nic Dunlop—,

más de dos millones de bombas y otras municiones habían caído sobre los campos y los pueblos camboyanos. Habían matado o herido a más de un millón de personas y aniquilado dos tercios de los animales de tiro. Desplazada, casi la mitad de la población rural había huido a las ciudades.»[19]

Con sólo tres mil combatientes en 1970, la guerrilla de los jemeres rojos que dirige clandestinamente Pol Pot ve cómo les llega una gran cantidad de campesinos acosados en sus propias tierras. Cada vez se le unen más hombres jóvenes, muchachas también pero sobre todo chicos muy jóvenes, adolescentes, a veces niños de diez o doce años, completamente hambrientos.

A finales de 1972, forman un ejército de más de doscientos mil hombres.

Por la noche, Dorrit se reúne a veces con Nathan en un teatro o en un salón de conferencias en Manhattan. Allí se encuentra ante grandes figuras de la cultura internacional: el escritor suizo Max Frisch, el actor británico John Gielgud, el coreógrafo ruso George Balanchine. Impresionados por su aire de frágil inocencia, esos hombres la saludan con un beso en la mano y la tratan con una amabilidad paternal. Sonriendo con sus labios de piedra, Dorrit vuelve a coger el metro al Bronx y, antes de meterse en la cama, pone en el horno el cultivo de yogur para el desayuno del día siguiente.

Decir que aquel año Dorrit no es una activista, una izquierdosa, una contestataria, una militante, una *passionaria* de la lucha contra el imperialismo americano sería un litote.

*

El profesor de su taller de escritura, el señor D., judío neoyorquino cuya obra narrativa conocerá pronto renombre mundial, es un hombre de izquierdas con una conciencia política muy desarrollada. A menudo habla de política en clase, y sus novelas, grandes frescos coloreados de la historia americana, hablan de los estragos que causó la crisis económica en los años treinta, del racismo y del macartismo. Dorrit no se enamora de este profesor-novelistas, pero la magnitud de sus conocimientos le impresiona, lo mismo que sus éxitos literarios. De modo que se siente halagada cuando, hacia el fin del primer trimestre, durante uno de los encuentros personales que tienen cada semana, el señor D. se le insinúa. En enero se convierten en amantes.

Este novelista tiene la edad de Kenneth, cuarenta y tantos. Como Kenneth, está casado y es padre de familia. Lo típico sería que Dorrit representara para él juventud y belleza, una escapadita erótica para romper el aburrimiento conyugal. En realidad, su relación (al igual que la de Kenneth y Leslie, que continúa) es más interesante que eso. Además de comentar en profundidad los relatos que la joven escribe para su clase (actividad para la que está contratado), el señor D. le recomienda y le presta libros de autores de su interés y pasa largas horas hablando de literatura con ella. Un día él le dice que alguien debería escribir un libro sobre parejas de creadores: Sand-Chopin, Sartre-Beauvoir, los Woolf, los Fitzgerald... sería apasionante.

Otro día lleva a Dorrit a una lectura de Joseph Brodsky. Le explica que en Rusia la poesía se toma muy en serio y que, al ser crítico con el régimen soviético, Brodsky está declarado allí persona non grata; ha pasado un año en un campo de trabajo antes de ser expulsado del país el otoño anterior. Dorrit se esfuerza por comprender. La Unión Soviética es comunista, pero siendo procomunista, el señor D. es claramente antisoviético... ¿Cómo es eso posible?

Ante un público boquiabierto, Brodsky declama sus versos en ruso con una voz rítmica,

percusiva y poderosa. El señor D. parece comprenderlo todo. Sobrepasada, Dorrit oculta su desconcierto detrás de su impecable estatua de chica guapa. Y, como se siente deseada por un verdadero escritor, intenta sentirse inteligente por delegación.

*

En la primavera de 1973, Kenneth va a pasar un fin de semana a Nueva York. Se supone que verá a Dorrit y Nathan en una fiesta en Manhattan, pero una serie de malentendidos se lo impiden y, tan pelado como peleado, acaba pasando la noche en un albergue juvenil.

Cuando finalmente su hija abre la puerta de su apartamento, a Kenneth no le tranquiliza en absoluto lo que ve. Aquella Dorrit de Los yuteros, esa adolescente rellenita de pelo largo y sonrisa calurosa, ha desaparecido. La chica ha perdido quince kilos. Peinada a lo Jane Fonda, se ha comprado lentillas y sus ojos oscurecidos con una sombra de kohl le devoran la cara. Tiene gestos rápidos y mecánicos, una voz al mismo tiempo cortante y ausente. Kenneth se da cuenta de que apenas lo mira a los ojos, enciende un cigarrillo detrás de otro, apenas se ríe.

El domingo, segundo día de la visita, Dorrit lleva a su padre a Bronxville para enseñarle el campus de Sarah Lawrence. Se pone delante del clavicémbalo y le toca las piezas de Bach en las que lleva trabajando obstinadamente desde hace meses. Kenneth encuentra esa música demasiado estricta para su querida hija.

—Eso no respira —le dice—. No se interrumpe ni un instante...

Dorrit no agradece los comentarios de su padre. Cuando él se marcha al día siguiente Dorrit lanza un suspiro de alivio. El entendimiento incestuoso entre ellos se ha quebrado finalmente.

Adam también va a visitar a Dorrit esa primavera... y se maravilla al encontrarla instalada justo en el corazón del barrio de su infancia. La antigua pareja deambula por las calles cogida del brazo.

—Ahí jugaba yo al hockey —dice Adam—. Allí me gasté todo el dinero que llevaba encima para comprarle una Coca-Cola a mi chica.

Pero Dorrit está lejos, preocupada (como siempre) por lo que ha tomado en la última comida y lo que va a tomar en la siguiente. Ingresada en el convento de la anorexia, viviendo bajo el grueso velo negro de la delgadez, Elvire contempla a su don Juan con una mirada crítica. *¿Así que este es el hombre del que creí estar enamorada?*, se dice por lo bajo. Todo lo que en otro tiempo le encantaba de Adam —cada detalle de su fisonomía, el hueso anguloso del pómulos izquierdo, su risa abierta, su forma de hacer grandes gestos con las manos al hablar— la dejan ahora fría, incluso le desagradan. Está deseando que se vaya. Su visita ha descabulado su programa de trabajo de la tarde.

No es fácil estimar el número de víctimas directas e indirectas de Freedom Deal: la horquilla está entre cien mil y quinientos mil muertos. Phnom Penh está a la cabeza por lo que respecta a la subida de precios, a las epidemias, a la corrupción y a la malnutrición infantil. Las condiciones de vida son especialmente alarmantes en los campos donde se amontonan los refugiados que han sido bombardeados y, a partir de 1973, por la hambruna que han provocado esos bombardeos.

Lo peor está por llegar.

Entre las lecturas obligatorias de Dorrit para su clase de psicología de esa primavera está *El*

segundo sexo de Simone de Beauvoir. Se traga los dos gruesos volúmenes a toda velocidad tomando notas, pero considera que la obra no le concierne personalmente. Ella es libre, ¿no? A diferencia de sus abuelas, tiene derecho a conseguir diplomas, abrir una cuenta en el banco y hacer el amor como le parezca sin estar casada y sin temor a una barriga. ¿A qué otra forma de libertad podría aspirar?

Hace proyectos con Nathan para su futuro inmediato. Dorrit ha conocido en Sarah Lawrence a muchos estudiantes que han pasado una especie de año Erasmus en París. Hablan de la experiencia con entusiasmo. Cuanto más los escucha más sueña con hacer lo mismo. Nathan la anima a que lo solicite. Lo hace. Y, unas semanas más tarde, su solicitud es aceptada. La verdad es que resulta perfecto, porque Nathan también quiere alejarse de Nueva York ese año y crear una compañía de teatro experimental en Cambridge.

De modo que Dorrit se encuentra a punto de separarse del hombre que quiere durante un año, exactamente como había ocurrido con Adam cuatro años antes. El precedente no es en absoluto alentador para la pareja... Pero Nathan la tranquiliza: en realidad sólo se tratará de nueve mesecillos, se verán en todas las vacaciones y, jurado y prometido, retomarán su vida en común en Nueva York el verano siguiente.

Dejan sin ningún pesar el triste apartamento de la calle Ciento noventa y seis y pasan el verano en Massachusetts. Nathan estableciendo las bases de su compañía de teatro y engañando a Dorrit con una bailarina del grupo teatral. Dorrit puliendo su francés gracias a un curso en Harvard sobre poesía modernista: Mallarmé, Verlaine, Rimbaud.

El jueves 9 de agosto hacen una excursión a Peterborough, en New Hampshire, para ver la casa a la que acaba de mudarse la familia de Dorrit. En ese tiempo, Kenneth ha dejado de enseñar en la escuela Haut-Pré. Da clases de matemáticas en diferentes universidades pequeñas por un lado y por otro y, para llegar a fin de mes, durante el verano recoge arándanos en el monte Monadnock.

En el picnic familiar, Dorrit se enorgullece de no comer salchichas ni hamburguesas, ni pan ni dulces, sólo crudités y medio huevo duro. Le canta *Happy Birthday* a Alice, juega al plato volador con sus hermanos y su hermana y disfruta viendo hablar a los dos hombres que adora, Kenneth y Nathan. No escucha las noticias referentes a los B-52 Stratofortress que ese día lanzan por error ciento ocho bombas Mark 82 de doscientos treinta kilos sobre el pueblo camboyano de Neak Luong causando ciento treinta y siete muertos y trescientos heridos.

Hace las maletas y dice adiós. El 2 de septiembre de 1973, Nathan la lleva al aeropuerto Logan de Boston.

Cuando aterriza en París la mañana del día siguiente está lejos de imaginar que su vida norteamericana ha acabado para siempre.

10

PARÍS, 1973-1979

Tras aterrizar en Orly, Dorrit se dirige a la filial parisina de Sarah Lawrence, un apartamento situado en la rue Lhomond en el distrito quinto. Allí, a un tiro de piedra de la plaza de Contrescarpe, de la rue Mouffetard y del Panteón y en medio de un pequeño grupo de estudiantes americanos boquiabiertos, escuchará a Jean Elleinstein (su primer comunista de carne y hueso) elogiar la Revolución Rusa, a Bernard Bensimon desmenuzar a Rousseau o a Descartes, y a Anne Delbée desnudar a Paul Claudel.

Un amigo neoyorquino le ha dado las señas de una cariñosa familia francesa que vive en la rue de Seine. Durante ese primer año, los Dupont invitarían siempre a Dorrit a comer con ellos los domingos. La actualidad es rica en ese mes de septiembre: guerra del Yon Kipur en Oriente Medio, derrocamiento del régimen socialista y procastrista de Salvador Allende en Chile... Dorrit no acaba de entender que los parisinos pasen tanto tiempo hablando de cosas tan lejanas. ¿Palestina? ¿Chile? ¿A cuento de qué? Los Dupont, por su lado, están desconcertados con el apolitismo sonriente de su invitada norteamericana.

—¿No sabe lo que está pasando? —le preguntan frunciendo el ceño—. Bueno, es normal, acaba de llegar, tiene mil cosas que hacer, no ha tenido tiempo todavía de comprar los periódicos...

Comprar periódicos no ha formado parte de los hábitos de Dorrit, jamás.

De una comida a otra, poco a poco, los Dupont le describen la Ocupación.

—Hace apenas treinta años los boches estaban instalados aquí mismo, allí, allí, en todas partes de la ciudad... Se habían adueñado del Louvre, de los cafés, de los teatros... Y nosotros, mientras, pasando hambre y frío, quemábamos las sillas en la chimenea para calentarnos. Pero, bueno, Dorrit, ¿es que usted nunca ha oído hablar de la Ocupación? —En esa época, ella aún los escucha con un aire educado, sorprendida al verlos tan obsesionados con la Segunda Guerra Mundial—. No hace tanto tiempo —le aseguran los Dupont—. Los abuelos lo recuerdan como si fuese ayer...

Por su lado, Dorrit esta obnubilada con *otro* pasado francés: no del pasado reciente sino de más atrás. Visita de forma metódica los museos y los jardines de la capital, toca a Rameau y Couperin al clavicémbalo, en recuerdo del señor D. hace una peregrinación a las diferentes casas de George Sand, asiste desde el gallinero a los espectáculos de la Comédie Française. Cosas que sorprenden a los Dupont.

—Literatura, teatro, filosofía, clavicémbalo, historia de la URSS... estudia usted cosas muy

diferentes, ¿de qué le va a servir todo eso? ¿Qué proyectos tiene? ¿Escribir? —Se ríen—. ¿Escribir cómo, escribir-escribir?, ¿como Balzac?, ¿como Malraux? Bueno, estupendo, está bien eso de ser ambicioso...

Cuando el 16 de octubre de 1973 el comité noruego concede el premio Nobel de la Paz a Henry Kissinger y a Le Duc Tho por sus excepcionales esfuerzos en favor de la paz en Indochina, ese acontecimiento no se registra en la memoria de Dorrit. (Al considerar que la paz no está todavía completamente restablecida, Le Duc Tho rechaza el premio. Kissinger no ve inconveniente en embolsarse las trescientas mil coronas.)

La emoción más fuerte de Dorrit en los primeros meses en la Ciudad de la Luz es sin duda la que experimenta una noche en el barrio de la Huchette. Acaba justamente de celebrar su veinte cumpleaños. Al abrirse paso entre la compacta multitud de estudiantes desgredados que circula en vaqueros por esas callejuelas medievalescas, Dorrit, que viene de pasar dos largos años neoyorquinos con Nathan, con los amigos y colegas de Nathan del mundo del teatro, con escritores y artistas profesionales, con clientes en el bar y en las fiestas y en la sala de masajes, de pronto se da cuenta de que esos jóvenes... tienen la misma edad que ella. *¡Fíjate, Dorrit!*, se dice por lo bajo. *¡Mira estos chicos con los ojos encendidos! ¡Escucha sus risas y sus sueños! Creen que la vida merece la pena ser vivida. Tú también tienes derecho a creerlo, no es demasiado tarde. Todavía no eres vieja, todavía no estás para el desguace.*

En las fiestas a las que la invitan se divierte viendo cómo las parejas jóvenes se lanzan a bailar frenéticamente ese viejo baile desfasado al que llaman «rock» (y que ella, de adolescente en los tiempos de Calgary, llamaba *jive* o *jitterbug*) y en el que el chico dirige a la chica, la hace dar vueltas, la lanza por el aire, se la pasa alrededor de la cintura, todo en ese plan. Desde hace muchísimo, eso que los norteamericanos llaman «rock» ha despegado los cuerpos unos de otros y provocado que cada uno(a) se dé rienda suelta solo(a) por la pista, con los ojos cerrados o vueltos. Pero siempre deseando agradar, Dorrit aprende a bailar el «rock» a la francesa. A veces se deja llevar y tiene algunos pequeños escarceos. Nada serio, claro, porque Nathan irá a París en las vacaciones de Navidad y esperan revivir juntos todo lo que dejaron en junio...

Aunque luego, cataplum.

Principios de diciembre de 1973. Cerca del metro de Sully-Morland, en el distrito cuarto, Dorrit entra en una cabina telefónica y descuelga el auricular. El aparato ha sido meticulosamente estropeado y bloqueado de forma que echando una moneda de un céntimo puede llamarse a cualquier parte del mundo durante un tiempo ilimitado. El emplazamiento de esas cabinas mágicas se difunde rápidamente entre la comunidad parisina de los expatriados, de modo que, delante de cada una de ellas puede verse a los extranjeros de la capital formando largas colas en espera de su turno para llamar. Estricto protocolo: no más de diez minutos por persona.

Y así, ese día de frío intenso y en ese espacio de diez minutos, es como Dorrit se entera por boca de Nathan de que su futuro no va a ser como hasta entonces había pensado, es más, se entera de que ni siquiera hay futuro. Tras haber conocido en una pista de tenis a una tal Nancy cuyo manejo de la raqueta lo ha dejado alucinado, Nathan prefiere renunciar al reencuentro con Dorrit. Necesita, le explica, vivir esa relación (y, naturalmente, ella puede vivir la que quiera por su parte), pero él sigue queriendo a Dorrit, se lo jura. Su historia con Nancy no va durar por encima de la de ellos: se reencontrarán el verano próximo como tenían previsto.

Cuando Dorrit cuelga suavemente el auricular mágico, está muy pálida. Sabe con certeza que su pareja ha pasado a mejor vida.

En Navidad se va sola, en autostop, a Alemania para visitar a la familia de Alice, su madrastra.

A principios de 1974 en una fiesta cerca de la plaza Monge, conoce a un joven de Bourges, alumno de la École Normale que baila maravillosamente el «rock» a la francesa. Gérard le encuentra a Dorrit —con su pelo corto, los grandes ojos azules y su cara de americanita falsamente inocente— un parecido sorprendente con la Seberg de *À bout de souffle* de Godard (actriz, película y director de los que, dicho sea de paso, ella no ha oído hablar nunca). Gérard la capta, la captura, la secuestra, la transporta, la deja alucinada.

En las vacaciones de febrero se van a dar una vuelta por Italia en el Cuatrolatas de Gérard. Después de haber viajado toda la noche, se toman un respiro en el mercado del casco antiguo de Niza. Por delante de la terraza en la que están sentados pasa una anciana alta y de aire noble, vestida toda de negro, el cuerpo doblado, vencido. Inclínada hasta casi la horizontalidad, arrastra penosamente un carrito de legumbres. Conmovida, Dorrit exclama:

—¡Mira, Gérard, la pobre!

—Lejos de aserir, Gérard se cabrea. Fustiga y denigra.

—Es insoportable —dice—, el modo que tienen los americanos de esquivar la lucha de clases llevándolo todo al plano de las emociones, del individuo, de la caridad cristiana. *¡Mira, Gérard, la pobre!* —dice imitando cruelmente a su amiguita—. Esa mujer no necesita tu piedad, Dorrit. Lo que necesita es la revolución.

Dorrit se queda grogui con esa primera clase de marxismo soltada a las nueve de la mañana en el mercado del casco antiguo de Niza. No la olvidará nunca. Habrá bastantes clases parecidas, será sometida a un cursillo intensivo de sociología marxista. Un ejemplo entre otros muchos: el Cuatrolatas se para en un semáforo al lado de un Mercedes conducido por un hombre de negocios corpulento, reloj de oro en la muñeca y un puro en la boca.

—Variedad de gordo puerco capitalista —farfulla Gérard entre dientes.

—Pero, cariño —objeta Dorrit—, no hay que juzgar a la gente por su apariencia. Cada cual tiene algo que ofrecerle al mundo, ¿no?

—Y Gérard le lanza una mirada de cínica incredulidad, como debía hacer tantísimas veces Gary a Seberg (otra vez ella), su joven, rubia e idealista mujercita americana.

Gérard es un militante marxista-leninista originario del departamento del Cher que ganó sus galones combatiendo primero en las barricadas de mayo del 68 y luego en los comités Vietnam, agregado a la École Normale Supérieure de la rue Ulm, y, por otra parte, un refinado gourmet. Trabaja en una tesis doctoral sobre el marqués de Sade. Sus padres, profesores y militantes socialistas de la más pura tradición anticlerical, viven en Bourges. ¿Qué ve Dorrit en este chico? Su amabilidad con los campesinos de la región. Su voz de bajo cuando canta la *Internacional* al final de los turbulentos mítines de la Mutualité. Sus juicios brillantes y lapidarios formulados a lo largo de interminables conversaciones políticas llenas de humo en el Normal Bar, en la Académie Belge de la Bière o en la Closerie des Lilas. ¡Sus amigos! Distribuidos en un impresionante abanico de militancias entre la izquierda y la extrema izquierda, hay rojos, troskos, maos, PS, PSU, hijos de republicanos españoles... A Dorrit le da vueltas la cabeza tratando de seguir las explicaciones de Gérard sobre esas microdiferencias políticas. Pero por encima de todo, sin duda, está deslumbrada por el deslumbrante dominio de un idioma nuevo para ella.

Un día la escucha tocar el piano en el apartamento de la rue Lhomond. Después de una sonata y media de Scarlatti, Gérard lanza un suspiro de aburrimiento:

—Muy bonito todo eso, sí —dice—, pero no escucho ahí nada sobre la lucha de clases.

Para Dorrit esa frase tendrá unas consecuencias casi tan fuertes como los «Pierda cinco, seis kilos» del Señor Fiesta. Al haber recibido una educación norteamericana típica, es decir, ahistórica, nunca se le había ocurrido pensar que las obras de arte pudieran ser deudas en algo de las estructuras políticas y económicas en cuyo seno hubiese trabajado su creador. Se siente avergonzada de haber pasado de lado por la política. Sí, lo confiesa: ha sido una pura individualista, una pequeñoburguesa obnubilada por sus problemas personales —en una palabra, como le suelta un día Gérard, un parásito—. ¡Algo muy grave! Mientras ella estudiaba y su *boy-friend* enseñaba en las facultades chics de la costa Este, obreros mal pagados se mataban a trabajar día y noche en las fábricas del Medio Oeste para fabricar su pasta dentífrica, sus zapatos y su coche. (Bueno, el coche era sueco, pero da lo mismo...) Una revolución estaba en marcha en el mundo entero y Dorrit no se había enterado. Ahora se trata de que ese tren no se le escapase.

En las rutilantes *brasseries* parisinas en las que se reúnen, Gérard y sus amigos describen esa revolución con pelos y señales. Un día, mientras se la están describiendo en el Balzar, en la rue des Écoles, Dorrit ve a Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir sentados a una mesa del fondo del local, ensalzados también en una animada conversación. ¿Quién lo habría podido creer? Ella, Dorrit, la chica de Alberta, neurótica y nerviosa, manoseada y machacada, insomne e inquieta, estaba allí, en el barrio Latino izquierdista intelectual revolucionario marxista parisino, allí donde se cuece todo. Cuando pasa cerca de Castor y de Poulou para ir al baño se da cuenta de que el rumor es cierto: la célebre pareja se habla de usted.

Un día de abril sale de su lección de clavicémbalo en casa de Huguette Dreyfus, justo frente al puente del Alma. Está angustiada. ¿Cómo conciliar su pasión por la música de la corte de Luis XIV y las convicciones marxistas de su amor? Temerosa de decepcionar a Gérard pareciendo demasiado naif y americana, y con su dificultad para expresarse delante de sus amigos tan aparatosamente elocuentes (en el Normal Bar, la víspera, estuvieron a punto de llegar a las manos), empieza a caminar a paso rápido a lo largo del Sena, sin ver nada.

Los puentes y los monumentos se encadenan: puente del Alma, Invalides, Assemblée Nationale, puente Alexandre III, Concorde, puente Royal, puente del Carrousel, Institut de France, puente des Arts, Casa de la Moneda de París, Pont-Neuf, Louvre... al llegar a la altura del puente de Saint-Michel, su mirada se ve atrapada por el título de un libro colocado de pie en el puesto de un *bouquiniste*: *Sur la littérature, la philosophie et la musique*. Le viene, fulgurante, el recuerdo de otra frase lapidaria de Gérard: «Música clásica, música de clase». El autor del libro es un tal Andréi Zhdánov, nombre evidentemente ruso. Gérard, al igual que el señor D., su profesor-amante neoyorquino, aprueba la Revolución Rusa pero no el régimen soviético. ¿Cómo entender eso? ¿Apreciará Gérard a este autor? ¿Zhdánov podría ser un disidente como Brodsky? Dorrit coge el libro y lo hojea. Se trata de un librito publicado hace casi un cuarto de siglo, en 1950. «Cinco francos», le dice el librero aspirando el humo de un Gitane sin filtro. Asiente con la cabeza, saca el monedero y compra el libro. ¿Quién sabe? Quizás en uno de los futuros debates políticos en la Closerie des Lilas esta lectura le permita sorprender a Gérard y a sus amigos con citas que vengan al pelo.

—¡Vas lanzada, tú! —exclama su amor cuando le enseña su compra—. Zhdánov era el principal ideólogo del realismo socialista bajo Stalin. Pero bueno, léelo, es una buena idea. A lo mejor te ayuda a aclararte...

La prosa es de serrín, indigesta, pero los temas que aborda el texto son los mismos que

investiga Jean Elleinstein en sus clases sobre la Rusia del siglo XX: cómo se hace para, después de una revolución, conciliar la vanguardia política y la vanguardia artística. Se siente repentinamente entusiasmada, casi obsesionada por ese tema. Tiene la sensación de que su vida cobra sentido finalmente.

*

En esa primavera de 1974, los acontecimientos políticos se precipitan. El 2 de abril, el presidente Georges Pompidou muere a consecuencia de una grave enfermedad de la sangre. El 25 del mismo mes se produce la caída de la monarquía y del régimen de Salazar en Portugal. Dorrit y Gérard se meten en el Cuatrolatas con su amigo hijo de republicanos españoles y atraviesan alegremente Francia (no sin haber dejado de aplaudir en Orange el juego a muerte de seis *toros*) [20] y la España franquista (no sin haber dejado de recuperar fuerzas a base de *tapas* y *riojas*). [21] Al llegar a Lisboa van a la mayor cantidad posible de mítines para celebrar la Revolución de los Claveles con los enfervorecidos portugueses. Ahí está la pequeña Dorrit revolucionaria. Recitando violentos eslóganes políticos en portugués...

Las elecciones presidenciales francesas van a tener lugar el 5 de mayo. De vuelta a París con Gérard y su banda, Dorrit apoya al candidato socialista. Al darse cuenta de que la victoria va a volver a caer en su adversario de la derecha, se marchan, ahora al sur, para ahogar sus penas zampándose un magnífico *mechui* en casa de unos amigos en Manosque.

Una fuerte preocupación atormenta a Dorrit y le impide dormir: no quiere volver a Nueva York cuando acabe el verano. Desde que está enamorada de Gérard sabe que el enemigo es Estados Unidos. No paran de bombardear ese valeroso país, Vietnam, en el que los comunistas luchan por darle una vida digna a los pobres, y el poder al proletariado. Le es imposible volver y seguir estudiando en Bronxville, en ese campus típicamente americano, artificial y archiprivilegiado, circundado por la nada (Dorrit maneja ya perfectamente la jerga...). ¡No, cualquier cosa menos eso!

Envía una carta a Sarah Lawrence. Explica que necesita imperiosamente volver a París para su cuarto y último curso, y suplica que le sea renovada su beca. Le conceden ese enorme favor... pero con una condición: al final del primer trimestre deberá entregar su memoria de último curso (una tesis, doscientas páginas por lo menos). ¿Dónde ir a escribirla? El contrato de su alquiler acaba a final de agosto. Atrapado en las redes de un matrimonio aún no disuelto, Gérard no puede legalmente acogerla en su casa. Como Nathan y Nancy siguen enredados en su estupenda historia de amor en Boston, no tiene sitio en el que quedarse en Nueva York. Y tampoco es cuestión de ir nuevamente a encerrarse en un albergue de Bronxville...

Atrapada. Se resigna a pasar los cuatro meses del otoño en casa de Kenneth y Alice en New Hampshire. Allí celebra sus veintiún años. «¡Ya eres mayor de edad en cualquier parte del mundo, mi vida! —le escribe Gérard—. Ni siquiera los hoteles italianos que son los más retrógrados del mundo podrán negarnos una habitación...»

Ese otoño de 1974 va a ser uno de los periodos más extravagantes de toda su existencia. Como conclusión prolija e incierta a la boutade de Gérard sobre la música de clase, su trabajo de fin de curso se titula *Un análisis marxista de la música del siglo XX*. Cada día va a la biblioteca de Peterborough y devora todas las obras que, de cerca o de lejos, parezcan explorar la relación entre arte y política (fundamentalmente la colección completa de la revista de André Breton *Le*

Surréalisme au service de la révolution, publicada ente 1930 y 1933 mientras millones de campesinos morían en Ucrania a consecuencia de las hambrunas organizadas por la URSS). Después de comer, Dorrit está una hora tocando el clavicémbalo en casa de una amiga de Alice. Luego escribe unas cuantas páginas de su memoria. Al acabar su jornada de trabajo y con el fin de guardar vivo el recuerdo de los encuentros en la Mutualité, monta su flauta travesera y toca la *Internacional* sola en su habitación.

Si ya había quedado abatido por la Dorrit enflaquecida y glacial con la que se había topado en Nueva York un año antes, ahora Kenneth además está molesto con la marxista dogmática en la que se ha convertido su hija después de haber pasado un año corto en París. La escucha, evita contradecirla de modo frontal, trata de comprender su entusiasmo por un joven capaz de cantar alabanzas, alternativamente, al marqués de Sade y a los combatientes del vietcong.

Cuando, por su lado, Kenneth hace partícipe a Dorrit de sus incursiones en el universo del budismo, ella se encierra en un silencio reprobador. Si la religión es el opio del pueblo, según piensa ella, su padre no hace otra cosa que cambiar una ilusión por otra. En otro orden de cosas, Kenneth le presenta a su nueva amante, esta vez se trata de una mujer de una edad más cercana a la de él. Se llama Varda.

—Tu padre me ha hablado muchísimo de ti —le dice esta morena regordeta mientras le sirve un té con canela—. Cree que tenemos muchas cosas en común...

Dorrit se ve envuelta de nuevo y sin poder hacer nada para evitarlo en los enredos adúlteros de su padre.

Decididamente, la vida de Dorrit se ha convertido en un hermoso revoltijo. Revolucionaria Zhdanovista por la mañana, toca a Couperin por la tarde y por la noche habla con su familia de los valores relativos a Cristo, Buda y Karl Marx. Su verdadero ídolo —no se atreve a confesárselo a Kenneth— es Vladímir Ilich Uliánov alias Lenin. Lo admira perdidamente por su exigencia, su disciplina y su perseverancia. Comparada con él, ella no es más que una perezosita dispersa y disipada a la que no se puede tomar en serio. Qué no daría ella por elevarse a la altura de ese revolucionario tan austero como implacable.

Lee y escribe, lee y escribe febrilmente. La cuestión que se desprende del título de su trabajo académico es muy vasta, y los conocimientos de Dorrit, fragmentarios. No escatima medios. Escribe un sinfín de páginas sobre el jazz, el rock y el pop, la música folclórica en contraposición al genio individual, Béla Bartók y sus danzas húngaras, la creación reciente del Ircam en París... Finalmente, ese trabajo cumple su función: en diciembre envía por correo la memoria a Sarah Lawrence, un mes más tarde le darán luz verde para regresar a París.

Poco antes de que se vaya, un día Kenneth la lleva delicadamente aparte y, sumergiendo sus ojos azules en los suyos, le dice:

—Es que, verás, desconfío de... cualquier sistema de pensamiento que... pretenda ser el dueño de la *totalidad* de la experiencia humana.

Pero Dorrit precisamente quiere y necesita creer que eso es lo que hace el marxismo: *explicarlo todo*. Así que no hace el menor caso de la advertencia.

Su padre la acompaña al aeropuerto Logan. Emocionados pero sintiéndose mal los dos, tristes al sentir cómo su relación cojea, se abrazan y se desean buena suerte. Esta vez el billete de Dorrit es sólo de ida.

En París reina la euforia. Gérard ha conseguido finalmente su divorcio y Dorrit se instala en su casa, en Port-Royal, y consigue un certificado de convivencia común en la sede municipal del distrito quinto. Durante el tiempo que ella ha estado fuera, su amor ha integrado a un grupo de escritores y periodistas federados alrededor de un proyecto. Van a publicar un nuevo periódico que se llama *L'Imprévu* y que dirige un joven intelectual con el pelo ondulado. Cuando sus horarios de clase se lo permiten, Dorrit se une a ellos en el cuartel general del periódico en la rue Montmartre y va aprendiendo cómo funciona un periódico, desde los comunicados de la AFP[22] hasta la distribución en los kioscos. A pesar del entusiasmo y del talento del comité de redacción, a pesar de la simpatía y el apoyo de su padrino François Mitterrand, *L'Imprévu* será un fracaso. Desaparecerá después de tan sólo once números.

Al igual que Gérard y sus amigos, Dorrit consume religiosamente todas las publicaciones de izquierda, desde *Libération* a *Charlie Hebdo*. Dorrit se divierte con sus bromas, se parte de risa con su machismo. «Ja, ja, ja, ja, ¡va con doble sentido, qué bueno!» Cuando tiene tiempo, rebusca en la inmensa biblioteca de Gérard para llenar las lagunas de sus conocimientos teóricos. Le encanta consumir en grandes dosis a Sartre, Guattari, Deleuze, Foucault, Lacan, Derrida, Genet y Kristeva. Siempre le faltan conocimientos esenciales para hablar con los intelectuales franceses. Remontándose más atrás, se da un atracón de Montaigne, Montesquieu, Rousseau, Hegel, Nietzsche, Freud, Saussure, Vico... Es infinito todo lo que desconoce.

En el espacio de seis años, en el curso de 230.516 salidas aéreas, con 113.716 emplazamientos y con trece mil pueblos como objetivos, Estados Unidos ha lanzado sobre el minúsculo país neutral de Camboya no menos de 2.756.941 toneladas de bombas, casi lo mismo que las 2.770.540 toneladas lanzadas sobre toda Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Todo ha acabado. Nada de eso ha servido de nada. A punto de perder la guerra de Vietnam, los americanos evacúan su embajada de Phom Penh el 15 de abril de 1975.

Los miembros del grupo de Gérard son unos revolucionarios bastante epicúreos. Fuman Balkan Sobranie multicolores y puros cubanos, les encanta soplarse una copa de armañac después de comer, preparan primorosamente el café en una cafetera de depresión y, haciendo unos sinceros esfuerzos por imitar los grabados de las ediciones de lujo de Sade y alcanzar «la experiencia de los límites» tan querida por Georges Bataille, se entregan encantados a innumerables juegos eróticos. En el fondo, estos jóvenes militantes de extrema izquierda se aburren. Las chicas insisten en demostrar que están liberadas; los chicos, que están a la altura de las circunstancias. Todos andan deseosos de vivir intensamente... aunque sin saber *qué* es lo que quieren vivir. Las barricadas de Mayo les parecen ya lejanas y, mientras esperan el momento propicio para acabar con los capitalistas, se ven obligados a poner en marcha sus proyectos profesionales.

Dos días más tarde, el 17 de abril de 1975, los jemeres rojos entran triunfantes en la capital y la vacían. La población de la ciudad se ha triplicado en los últimos años. Phnom Penh tiene más habitantes que París. Tres millones de personas son echadas a las carreteras a la vez: no sólo los príncipes, princesas y cortesanos, curas y profesores franceses, monjes y religiosos budistas, habitantes de los barrios lujosos, no sólo el servicio doméstico y los animales domésticos, los lisiados y los moribundos, los recién nacidos y los cancerosos, sino también la masa de refugiados que recientemente había llegado a la capital, acosados en sus campos por los bombardeos americanos. Apoyándose unos en otros, centenares de heridos y mutilados de guerra se tambalean bulevar Monivong adelante. Miles de enfermos, todavía conectados a los

goteros, transportados en camillas por sus enfermeros. La vista se pierde sobre una marea humana vacilante, llorosa y estremecida, un embotellamiento alucinante en el que se entremezclan automóviles, bicicletas, cerdos, pollos, patos y niños perdidos. Los jemeres rojos los empujan. Caen. Si mueren asfixiados y pisoteados es su destino. Armados con fusiles AK-47, niños de doce años abaten fríamente a los ancianos que no avanzan lo suficientemente rápido. Barrios enteros arden. Los neumáticos son desmontados de las ruedas de los coches para hacer sandalias revolucionarias.

Tres días después de la toma del poder por los jemeres rojos, veinte mil camboyanos han muerto en la evacuación de la capital.

Esa primavera, dividida entre sus diferentes actividades —clases en Sarah Lawrence, lecturas bulímicas, mecanografía del libro de Gérard adaptado de su tesis sobre el Divino Marqués (ejercicio que contribuirá especialmente a su dominio del francés)—, Dorrit no tiene tiempo de unirse a los miles de jóvenes franceses que han salido a la calle para celebrar la caída del régimen de Lon Nol y la llegada al poder de los jemeres rojos.

Sin embargo, unos días después, saca tiempo para escribirle a Kenneth sobre ese asunto. «*París, 29 de abril, 1975.* Ante todo, no creas que me he convertido en una francófila hasta el punto de decir que todo lo americano es malo y todo lo francés, bueno. Muchas cosas de la sociedad francesa también me dan náuseas. Con todo su refinamiento y su civilización, muchos franceses son incapaces de manifestar una emoción sincera, incluso de pensar por ellos mismos sin citar a treinta y seis filósofos diferentes. Políticamente el país no es lo suficientemente fuerte como para ser imperialista al modo americano, pero si pudiese lo sería. No, pensándolo bien, lo sería aún más: me parece que la guerra de Argelia le dio a Francia la lección que hoy están aprendiendo los americanos con Vietnam y Camboya. (Incluso muchas cosas siguen estando oscuras en este último país, no hay duda de al lado de quién hay que estar. ¿Cuándo será el turno de Corea del Sur?) Pero sigo deslumbrada por mi revelación del año pasado sobre el carácter engañoso del liberalismo americano: por ejemplo, Noam Chomsky ha escrito (sobre Vietnam, entre otros) un libro titulado *Baños de sangre* en el que cuenta las técnicas verbales de lavado de cerebro empleadas por los medios de comunicación y los políticos americanos —y, aunque la censura no existe en Estados Unidos, las editoriales han encontrado una serie de pretextos para impedir la publicación del libro.»

El día siguiente de esta carta amable en la que Dorrit da por hecho como si tal cosa que hay que apoyar a Pol Pot y a sus jemeres rojos, la guerra de Vietnam llega a su fin con la increíble derrota de Estados Unidos. Un día después, Dorrit participa en la marcha del 1 de mayo, caminando orgullosa, puño en alto y mirada resplandeciente, entre miles de militantes de izquierda por el recorrido autorizado por el gobierno de derecha, entonando al unísono este sutil estribillo: «¡Jojojó, Ho Chi Minh! ¡Jojojó, Ho Chi Minh!».

En junio, después de diplomarse en Sarah Lawrence, Dorrit se inscribe en la École des Hautes Études en Sciences Sociales para redactar, bajo la dirección de un gran intelectual desengañado, una memoria sobre el tabú lingüístico. (Como excepción de la regla, Dorrit no acabará en la cama de ese profesor: en vez del cuerpo de las estudiantes, él prefiere el de los estudiantes, a no ser que esté de vacaciones en Marruecos y pueda elegir el de los niños de la calle.)

A partir del inicio del nuevo curso, entre las clases de inglés que da en el ministerio de Finanzas y sus sesiones de posado desnuda en los estudios de artistas, Dorrit se gana la vida fácilmente. De pronto puede pasar horas enteras en la Bibliothèque National, investigando sobre

los temas de su memoria: maldiciones, injurias, blasfemias. Una parte importante de los libros que le interesan deben ser pedidos a través de unos canales especiales porque se encuentran en «el infierno» de la biblioteca, reserva en la que Francia esconde sus publicaciones escabrosas, un poco al estilo de los padres que guardan sus revistas pornográficas en el fondo de un armario. En cuanto a Gérard, en ese otoño de 1975 empieza a trabajar por primera vez como profesor: por suerte es en Normandía, no demasiado lejos de París. Agrupando sus clases, puede pasar allí sólo tres días a la semana. A partir de octubre, empieza a ligarse a sus alumnas normandas más monas y lanzadas (el ciclo vuelve a empezar...). Dorrit acaba de cumplir veintidós años y empieza a sentirse vieja.

*

Un día recibe una llamada de I., la exmujer del hombre del pelo ondulado que había conocido en *L'Imprévu*. I. le dice que una amiga suya, Xavière Gauthier, va a iniciar una nueva aventura periodística. Con el título de *Sorcières*, la revista estará centrada en la escritura femenina. Xavière se ha rodeado de un comité de redacción enteramente femenino y está buscando una anglófona capaz de escribir reseñas de libros de mujeres traducidos del inglés. ¿Querría Dorrit hacerle una llamada para hablar del asunto?

¡Claro que querría! Al marcar el número de Xavière, le tiemblan las manos. Para evitar errores a causa de los nervios, quienes hablan un nuevo idioma preparan de entrada, *in petto*, la frase que van decir. Dorrit no quiere cometer una falta en francés en la primera frase que pronuncia al presentarse a la fundadora de *Sorcières*. «Parece —empieza a decir—, que usted está montando...» Pero en ese punto duda: ¿se dice *un* o *una* revista? Las palabras que acaban en una *e* muda son generalmente femeninas, pero esa regla tiene muchas excepciones... en el último instante Dorrit revisa su frase y dice, en lugar de «revista», «especie de revista», porque está segura del género de la palabra «especie». Años más tarde, Xavière se reirá a carcajadas al recordar esa entrada en materia: «Parece que usted está montando una especie de revista».

Dorrit recibe las pruebas de imprenta de un libro de Ti-Grace Atkinson, *Odyssée d'une amazone*, y las lee en el Berry durante las vacaciones de Pascua. De regreso a París, se instala en la mesita coja que hay en casa de Gérard, en un rincón de la habitación. Coge su rotulador verde y se pone a escribir.

Instante sagrado. Un camino nuevo.

Al poner las letras del título en la parte superior de la página, Dorrit piensa en Xavière Gauthier. Sabe que esta ha publicado un libro titulado *Surréalisme et sexualité* y también un libro de entrevistas con Duras, *Les Parleuses*. Cómo le gustaría merecer la confianza de esta escritora...

Empieza copiando una frase de Ti-Grace Atkinson: «No es la guerra de los sexos, es la masacre». Luego, con los ojos en el techo, esforzándose por sacar de su conciencia la radio estruendosa de la vecina dura de oído, empieza a esbozar palabras en francés y... oh, magia, la cosa funciona.

«Herida, no rota...» Llena de confianza y de incredulidad, Dorrit deja correr la pluma por la página... y la cosa viene, sí, viene porque la cólera está ahí —la de las mujeres, sublevadas contra la violencia que han soportado a manos de los hombres desde la noche de los tiempos... un torrente de cólera que se insinúa, se desliza, se precipita, se une a otros torrentes que corren,

forman cascadas y convergen para formar ríos, mil ríos que se convierten en grandes cauces y bajan rápidamente las colinas para llegar al océano donde forman mareas, olas rompientes... «Ningún compromiso ni seguridad son posibles. El fusil para combatir el fusil», escribe Dorrit... y en este caso no se trata de una cita.

El texto es corto pero al terminarlo está agotada, empapada en sudor. Después de dormir dos o tres horas, lo pasa a limpio y lo lleva, caminando, a casa de Xavière en la rue Quatrefages. De nuevo en la rue Lacépède, la cabeza le da vueltas.

El texto se imprime unos días después. Su nombre figura al pie de un artículo. Su nombre se ha publicado. Sus palabras han sido juzgadas dignas de un interés general, global... serán leídas por cientos, tal vez por miles de ojos.

Para que las órdenes entren en el cráneo de los principiantes, dice Pol Pot, los instructores de Angkar deben tener la voz fuerte y clara, como la de los monjes que dirigen las oraciones en el vat.

Abajo la emoción, el deseo y la pereza. Abajo la propiedad, abajo las fábricas. Abajo la iniciativa, el egoísmo, el orgullo y los pensamientos complicados. Abajo los derechos individuales. Abajo la familia, el amor, la conciencia, la reflexión, la educación. ¡Viva la sociedad agraria! ¡Viva el grupo, la lucha y el trabajo! Se acabó la vida privada. Tal como decía Saint-Just: «Todo hombre mayor de veintiún años está llamado a declarar en el templo quiénes son sus amigos».[23]

Vamos a enseñar a esa gente instruida, a esos esnobs, a esos urbanitas, a esos intelectualoides. Los vamos a educar... o, mejor, a reeducarlos a nuestra manera. Vamos a enseñarles a mendigar como monjes y a contentarse con poco: un cuenco de arroz al día, no, menos, medio cuenco de arroz, no, menos, medio cuenco de sopa de correhuela. Si se mueren de hambre o de disentería será su destino. No vale la pena alimentar a quienes llevan gafas: directamente una bala en la nuca para estos parásitos que se creen superiores, consideran importantes los cuadernos escolares y no comprenden que vienen de la tierra y dependen de los campesinos. No hay la menor necesidad de dinero. La menor necesidad de libros. Todo eso forma parte de lo que la nueva sociedad va a erradicar. Los Nuevos deben aprender de los Antiguos.

Las palabras ordenadas por Pol Pot se convierten en realidad.

Los billetes de banco y las páginas de los libros están tiradas a millones por el suelo de las calles vacías de Phnom Penh, sus pedazos flotan al viento o son pisoteados en los charcos que ha dejado el monzón. Hay cerdos vagando por los pasillos de la Biblioteca Nacional. Templos e iglesias destripados, el palacio real saqueado. Los manuscritos y pergaminos cuyas páginas recuerdan minuciosamente la historia de Camboya son destrozados, desparramados, perdidos. Siglos de conocimiento y de erudición se desvanecen para siempre.

En Camboya no quedan libros.

Gradualmente, reunión tras reunión, leyendo y escribiendo, Dorrit empieza a saber cuál es su camino. No se le ocurre soñar con ser novelista (no es el momento: bajo el capitalismo, el arte no sirve más que al Capital). Apoyada por sus hermanas de lucha, trabaja con ahínco por la liberación. No sólo de las mujeres, sino de todo el mundo.

Cada vez menos enamorada de Gérard y cada vez más encolerizada contra los hombres en general, fuma y reflexiona mucho, duerme y come poco, escribe febrilmente artículos para Sorcières y para la revista belga *Les Cahiers du GRIG*. Durante una época su cuerpo también

prefiere el de las mujeres.

*

El 14 de julio de 1975 se produce un giro. Es la fiesta nacional, la que conmemora la toma de la Bastilla, el inicio de esa magnífica revolución de la que los franceses están tan orgullosos, modelo de la Revolución Rusa (que entonces ha tenido la desfachatez de criticar un tal Solzhenitsyn...). Dorrit pasa la noche deambulando por las calles de la ciudad del brazo de una de sus queridas amigas, una guapa argelina llamada Yasmina Salhi.

«Fiestas por todas partes en la ciudad esta noche —escribe en su diario el día siguiente—. Todo el mundo está invitado: Nueva York nunca ha visto nada parecido. Pero cada fiesta es tan homogénea como si un solo grupo de gente hubiera sido convocado. En el “gran baile popular” del periódico *Libération*, por ejemplo, no se ven más que izquierdosos; fuman hachís, compran una copa de vino detrás de otra, se mueven al ritmo de un rock electrónico. En la isla de Saint-Louis, quienes participan en la fiesta son los vecinos de allí y los turistas; los pocos exógenos se quedan en un grupo aparte... así están los árabes que, colocados en círculo en la pasarela que une las dos islas, tocan música, brincan y tocan las palmas con una especie de abandono alegre.

»Andando entre el gentío, rozadas e interpeladas a cada instante, arrastradas al baile por hombres borrachos, Yasmina y yo nos dimos cuenta rápidamente de que, para protegernos, había que bailar juntas o andar cogidas de la mano. Una vez más me impactó la gravedad de la enfermedad que afecta a las relaciones entre hombres y mujeres. Cada vez que mi mirada se cruza con la de un hombre, tengo que bajar los ojos irremediadamente para no ser molestada. Cada hombre se arroga el derecho de manosearme o de hacer una broma sucia a mi costa. Escena de pesadilla: nos paramos en una pasarela para escuchar a los músicos árabes; de repente se nos echan encima y nos rodean tocando frenéticamente los tambores. Estamos rodeadas. Los hombres se lanzan sobre nosotras, nos desnudan con la vista, intentan obligarnos a bailar. Nos reprochan que no les sigamos el juego, nos tocan la nariz, nos agarran, uno por el brazo, otro por el hombro... Su propia insistencia hace imposible cualquier posibilidad de consentimiento.

»A las tres de la madrugada, la vuelta a casa es una tortura: pies apretados y sudorosos dentro de los zapatos, petardos que explotan por todas partes a nuestro alrededor, serie ininterrumpida de hombres que nos importunan y que hay que espantar como moscas. Si son negros nuestro rechazo es calificado como racista. Yo normalmente tomo poca conciencia del calibre de esta escandalosa situación porque casi siempre paseo del brazo de Gérard, y una mujer acompañada no es una presa posible. Estos hombres creen que actúan de la forma más natural del mundo, pero la realidad es que no hay mayor alienación que su deseo, y es ese deseo justamente lo que los convierte en algo tan humillante. Su necesidad es real, pero pretender satisfacerla sería para nosotras un suicidio. Un poco como si la gacela dijese: “¡Si es que tienen hambre, los pobres tigres! Puede que hablando un poco con ellos encontremos el medio de alimentarlos”.»

Dorrit no aguanta más. No soporta esta forma tan francesa de festejar una revolución tan francesa. Tiene ganas, y necesidad, de hacer su propia revolución. Pero, por dónde empezar.

Las páginas de su diario la muestran tanteando, a veces de un modo muy ingenuo. Por ejemplo, escribe cosas como: «Si el movimiento feminista pudiera extenderse hasta alcanzar al proletariado, la revolución forzosamente se produciría antes. Los hombres proletarios serían privados del único territorio en el que pueden comportarse como amos y señores (la casa), algo

que volvería intolerable su sumisión a los patronos».

Unos meses más tarde, en febrero de 1976, después de la enésima pelea violenta con Gérard, Dorrit se marcha en mitad de la noche. Su tercera pareja acaba de morder el polvo. De modo que ahí está, si no una mujer libre al menos un electrón libre. Cambia la orilla izquierda por la orilla derecha y encuentra un estudio en un barrio que ya no abandonará durante un cuarto de siglo: el Marais.

Leïla Sebbar, amiga de su amiga Yasmina, nacida como esta en Argelia, prepara un número especial de *Temps modernes* sobre el tema «La educación de las chicas». ¿Os gustaría colaborar en ese número, Dorrit, Yasmina? Las dos amigas conciben la idea de entrevistar a diferentes hombres sobre su relación con sus hijas (reales o imaginarias) y escribir un artículo a partir de esas entrevistas.

La directora de *Temps modernes* invita a las mujeres que van a colaborar en ese número especial a una reunión de trabajo en su casa, rue Schoelcher. Dorrit está impresionada por encontrarse dentro del universo íntimo de la autora de *El segundo sexo*, viendo fotos de Sartre colocadas de modo tan natural en la biblioteca y encima del piano, igual que cada cual tiene sus fotos íntimas por su casa. Aunque Beauvoir le parece más bien seca y antipática con su turbante, su mirada penetrante y su voz de máquina de coser, a partir de entonces Dorrit comparte sus opiniones al cien por cien. En particular rechaza todo aquello de lo que las mujeres se han ocupado a lo largo del tiempo (la cocina, la limpieza, el cuidado de los demás, sobre todo de los niños), valorando únicamente la lucha y el trabajo infatigable de las personas adultas y con buena salud.

Sí, Dorrit se radicaliza. «Hay que abolir el matrimonio —escribe—, es lo menos que podemos hacer.» Como todos los radicales, sueña con la pureza y la severidad, precisamente porque está perdida. Copia en su diario esta cita de Saint-Just: «Lo que constituye la República es la destrucción total de lo que se le opone».[24]

Con los labios de piedra bien colocados, Dorrit lleva una vida doble: encantadora, sonriente y eficiente en la superficie, loca de rabia en el fondo.

Kenneth, por su parte, cada vez está más apasionado por el budismo tibetano. «El simple valor intelectual del pensamiento budista me deja atónito —le escribe a Dorrit en una carta el 5 de febrero de 1976—. Es de un nihilismo intransigente [...] Uno se pregunta cómo se las arreglan para vivir con eso. Aunque a esa pregunta le he encontrado una respuesta tan sorprendente como deslumbrante. Sus filósofos positivistas más penetrantes son al mismo tiempo sus místicos religiosos más avanzados. En definitiva, toda dualidad se reduce al Shuniata, el vacío.»

Jamás se ha sentido Dorrit tan lejos de su padre.

Dorrit lleva abrigos negros de piel comprados (podrían ser birlados) en los mercadillos, lía sus cigarrillos y bebe la cerveza directamente de la botella. Esa primavera la cronología se pierde. Su diario personal se desintegra. En sus cuadernos no hay más que fragmentos dispersos: notas, citas teóricas, observaciones, fiebre militante. Idem en sus diarios: amantes hombres, reuniones, amantes mujeres, mudanzas, cigarrillos, vino, noches en blanco, escritura. Es la bohemia...

En el otoño de 1976, participa con Leïla Sebbar y algunas mujeres más en la creación de una nueva revista mensual femenina, *Histoires d'Elles*. Menos literaria que *Sorcières*, menos teórica que *Les Cahiers du GRIF*, más politizada y de publicación más frecuente que las dos anteriores, será, afirman ellas, «el único periódico en el que las mujeres hablan de todo». A Dorrit le gusta el

ambiente de las reuniones, en las que el trabajo serio no impide la risa y el placer. *Histoires d'Elles* se venderá en los kioscos durante muchos años, y las amistades que Dorrit establecerá alrededor del periódico se prolongarán mucho más allá del fin del mismo.

Continúa privando a su cuerpo de alimento, a cambio, él la priva de fecundidad y le inflige largos periodos de amenorrea. Ella le replica que eso le da exactamente lo mismo. De momento, no se imagina en absoluto como madre.

Asiste al seminario de Jacques Lacan, se traga las obras completas de Luce Irigaray y de Hélène Cixous, descubre con entusiasmo el libro de Elena Belotti, *Por el camino de las muchachas*, ensayo precursor de la teoría de género. A excepción de los de su entorno —padres, amantes, amigos artistas—, abomina de los hombres en general: soldados de permiso vociferando en el metro, futbolistas y futboleros, gordos hombres de negocios, pequeños agentes de bolsa excitados, obispos perversos reunidos en sínodo, políticos e intelectuales que, en la radio, en la televisión y en la Asamblea Nacional se quitan unos a otros la palabra, se pelean y parlotean sin fin... *¡No se escuchan más que a ellos...!*[25] Con sus voces gruesas, su desdén, su suficiencia, sus tonterías, Dorrit los encuentra insoportables.

Mientras escribe la memoria sobre los tabúes lingüísticos, Dorrit amplía su campo de estudios. De hecho no sólo se interesa por los juramentos y las blasfemias sino también por la prostitución, la pornografía, la guerra, el incesto, la pedofilia... en una palabra, por la transgresión bajo todas sus formas. Pero, a pesar de sus innumerables lecturas y reflexiones, conferencias y coloquios, mítines y manifestaciones, cantinelas recitadas y artículos publicados sobre el tema, le sigue ocurriendo que, en alguna cena fuera de casa, un viejo verde se vuelve hacia ella después de haber soltado una palabrota y murmura: «Con el debido respeto, señora». Eso la desespera hasta no poder más. Enmudecida por la rabia, pierde el sentido del humor.

Sí, Dorrit se ha hecho intolerante. Intransigente. Insoportable.

Hay que borrar del país cualquier rastro de vida moderna, dice Pol Pot. Que los urbanitas abandonen las ciudades para trabajar en el campo. Que sientan sus cuerpos, su esfuerzo, su dolor, su hambre, a cambio de nada. Que trabajen la tierra para comprenderla y transformarla. Que se use su cadáver como abono. Siempre habrá más y más. Filas y filas, miles, millones de hormigas.

De visita en Nueva York, Dorrit ve a su antigua amiga, la novelista Sonya Arcone. También activa en el movimiento de la mujer, Sonya la invita a una reunión feminista y antimilitarista en el West Village. El lema para la acción que están preparando —*Take the toys / away from the boys*—[26] es un hallazgo de la escritora Grace Paley, a la que Dorrit conoce en ese momento. (Al igual que el señor D., esta escritora dirige talleres de escritura en Sarah Lawrence. Dorrit se dice que si se hubiese apuntado a los cursos de la señora P. esta seguro que no la habría llevado a una habitación del hotel Manhattan para hacerle el amor...)

Sonya le cuenta la historia de Valerie Solanas. Violada de niña por su padre, prostituida a los quince años, Solanas llega a Nueva York a mediados de los años sesenta y empieza a frecuentar el mundillo excéntrico de Andy Warhol. Warhol le pregunta si puede echar un vistazo al manuscrito que ella anda paseando de un lado a otro, una novela autobiográfica con el título provocador de *Up Your Ass*. [27] Halagada por su interés, Solanas le deja el único ejemplar del manuscrito. Pasan los meses... Warhol no le dice ni una palabra. Solanas se impacienta y acaba por exigirle que le devuelva el libro. Cuando Warhol le confiesa que lo ha perdido, Valerie Solanas decide asesinar al despistado gurú. Se agencia un arma y, el 3 de junio de 1968, le mete unas cuantas balas en el

cuerpo. La que le da en el estómago lo deja afectado de por vida.

A Dorrit no le cuesta ningún trabajo comprender a Solanas. Sonya le presta el libro que aquella ha publicado en 1967, *SCUM Manifiesto*.^[28] Dorrit lo encuentra apasionante. En ese libro, observando que los machos están en superioridad numérica para la necesaria reproducción de la especie, y estimando que si fuesen minoría serían menos machistas, Solanas defiende la exterminación de la mayor parte del género masculino. En efecto, se dice Dorrit, el ratio macho cabrío/cabra sería perfectamente suficiente: un hombre por veinte o veinticinco mujeres. Sí, Dorrit está dispuesta a considerar entonces la eliminación de una buena parte de la población humana. O más bien, se dice a sí misma, de una *mala* parte.

Por otro lado, como todo marxista francés que se precie (con Sartre y Beauvoir a la cabeza, no importa que hagan frecuentes y lucrativas giras de conferencias por las universidades americanas), Dorrit aborrece Estados Unidos. Le hace saber a su familia que, como no desea tomar la menor parte en el circo del bicentenario de la Independencia de ese «antro del capitalismo», no pondrá allí los pies en todo el año 1976.

*

A principios de 1977, con cincuenta y dos años de edad, Pol Pot se muestra finalmente al público por primera vez. De un día para otro, su cara con una sonrisa calurosa se pega por todos los rincones de Camboya, inmediatamente después aparece en los periódicos del mundo entero. A Dorrit le parece guapo.

El 19 de febrero de 1977, Kenneth le escribe una carta en la que le habla de los jemeres rojos. «Me he quedado muy impresionado al leer un reportaje sobre Camboya en el *Reader's Digest*. Es verdad, pasan de puntillas por los sucesos que ha sufrido el país antes de abril de 1975, pero esto no cambia nada el hecho alucinante de que un puñado de líderes jemeres rojos instruidos hayan masacrado a un millón de sus compatriotas (de una población de seis millones) y coordinado eficazmente sus esfuerzos con el fin de destruir todos los vestigios de su patrimonio nacional [...] Después de crear en los demás una reacción espontánea de horror ante la carnicería, ¿puede haber una arrogancia mayor que esa determinación de los jemeres rojos de eliminar aquello que se ha ido elaborando a lo largo de miles de años y apoderarse salvajemente del material humano restante para forzarlo a entrar en un molde que ellos consideran superior? ¿Qué tipo de educación (en Francia, según el artículo) ha podido engendrar semejante despotismo? [...] Quizás tú hayas podido leer algo más que yo sobre lo que está ocurriendo en Camboya en los dos últimos años; estaré muy interesado en todo lo que puedas contarme.»

La respuesta de Dorrit no se hace esperar. «*París, 7 de marzo*. Gracias por haber compartido conmigo tus recientes lecturas. En lo que respecta a Camboya, aquí no ha habido un gran reportaje, como ese que mencionas del *Reader's Digest*. Al ser reticentes a especular partiendo de testimonios individuales, la mayoría de los periódicos guardan silencio. El malestar que siente la izquierda francesa al ver cómo se echa a perder y se pudre una lucha que ella ha apoyado no se ha transformado todavía en una denuncia abierta. Hace un par de semanas, oí en la radio cómo entrevistaban a un hombre que, después de la revolución, había pilotado aviones privados de los actuales dirigentes de Camboya. Consiguió escapar. Según él, Phnom Penh es una ciudad fantasma: las calles están tan desiertas que se podría circular en coche por ellas con los ojos cerrados. Casi todas sus informaciones sobre las masacres provienen de conversaciones entre los

dirigentes que él ha podido pillar al vuelo. De todas formas, lo importante no es saber si hay doscientos mil o un millón de muertos. Como tú dices, es la repetición del síndrome: una matanza cometida en el nombre de la verdad marxista; acabemos con el viejo mundo para que llegue el nuevo. La muerte de Mao ha llevado a algunos intelectuales franceses, militantes muy comprometidos a comienzos de los años setenta, a la conclusión de que la rebelión era un sueño imposible, que la teoría socialista conducía irremisiblemente al gulag, que en la época de su activismo político ellos no eran más que unos psicóticos y que su verdadero lugar en el seno de la sociedad occidental está... en el diván de un psicoanalista. Es algo repugnante ver la facilidad con la que, cuando razonar se hace complicado, algunos renuncian a sus convicciones más queridas.»

En cualquier caso no es el razonamiento complicado lo que ahoga a Dorrit. A diferencia del intelectual con el pelo ondulado, por ejemplo, que acaba de publicar un libro titulado *La barbarie con rostro humano*, ella no renuncia a sus convicciones más queridas.

Pol Pot reina ahora en Camboya de forma absoluta e impone su devastadora ley.

Expuestos al sol desde la mañana a la noche y sin comer casi nada, los urbanitas construyen en los campos de trabajo diques para ríos inexistentes. Tiemblan. Padecen crisis de vómitos y diarrea, se vuelven transparentes, caen, se extinguen.

Con unos efectivos limitados, una cantidad enorme de heridos y una gran necesidad de transfusiones sanguíneas, los jemeres rojos empiezan a desangrar a los no combatientes en el hospital de Phnom Penh. Cogen a un hombre, lo matan de un garrotazo en la nuca, le extraen toda la sangre (alrededor de cinco litros) y tiran su cuerpo al montón que hay en una fosa detrás del hospital. Infligen ese tratamiento a cientos de pacientes.

Pol Pot insta una jerarquía maniática en todo el país. Divide las regiones en zonas. En cada nivel, los responsables dan unas órdenes que sus subordinados deben seguir al pie de la letra. Si hay problemas hay que resolverlos. La palabra problema quiere decir sospechoso, la palabra resolver quiere decir matar. Pero como hay escasez de munición, faltan balas para eliminar todos los problemas, de modo que la mayoría deben solucionarse a mano. Si un campesino recibe la orden de resolver un problema y rehúsa hacerlo, él a su vez se convierte en un problema y alguien lo resolverá.

De modo que el campesino se convierte en un asesino. Por la tarde, antes de que oscurezca, la hora en la que los fantasmas de los antepasados vuelven a la tierra, se le presenta un problema, con las manos atadas a la espalda. Se le ofrecen también unas botellas de vino. Sin vino sería complicado resolver tantos problemas en una sola noche. Con una mano y un pie inmoviliza al problema y le tira de la cabeza hacia atrás para que no pueda gritar. Luego le corta la garganta. Enseguida empieza de nuevo. Cada noche empieza de nuevo decenas, puede que cientos de veces, no lleva la cuenta. Hay un momento en el que a fuerza de cortar tantas gargantas de la misma forma le duele la mano, y en ese caso, para variar, se dedica a apuñalar a los problemas en la nuca. Con un trozo de bambú. Los problemas son depositados cerca de la fosa, dispuestos a ser reducidos a papilla y servir de abono. A veces, se inclina sobre un problema resuelto, le extirpa la vesícula biliar y bebe unas gotas de bilis. Al principio es un sabor amargo, pero se acostumbra y acaba por gustarle. A partir de entonces va por todas partes con una vesícula biliar en el bolsillo y de vez en cuando se mete un trago de bilis para refrescarse. Más adelante, la idea de abrir el cuerpo de un hombre para sacarle la vesícula biliar, le impresionará mucho, pero en ese momento le parece normal.

En el monasterio, el primero de los juramentos del budismo era «Me comprometo a no matar ni a causar daño a cualquier criatura», pero a fin de cuentas los preceptos de Angkar son más fáciles de seguir que los del Dhamma. «Hay que obedecer a Angkar en cualquier circunstancia.» Sí: la obediencia sin duda, sin reflexión. De todas formas, todo es ilusión. «El maestro ha dicho: Sólo miramos un cuadro. Esta vida es un espejismo, tan frágil y efímera como una burbuja en la superficie del agua.» La pasividad es muy fácil de aplicar.

En el verano de 1977 Dorrit atraviesa el continente norteamericano acompañada por una pareja de amigos. Mientras va traduciendo frenéticamente una biografía de la militante anarquista, francmasona y feminista Louise Michel (ya que jamás de los jamases se la puede sorprender en flagrante delito de vacaciones). Hacen la ida en autocar Greyhound, desde Nueva York a San Francisco, y la vuelta en tren, desde Vancouver a Montreal.

En el punto más lejano, la ciudad de Victoria en la isla de Vancouver, Dorrit queda con Adam para tomar tranquilamente un café. Han pasado ocho años desde la gira de Los yuteros, el *Don Juan* de Molière y la escena de las bofetadas en Antioch; cuatro desde el crispado reencuentro en el norte del Bronx. Trastornados, pasan dos horas devorándose con los ojos, acariciándose las manos. Aunque geográficamente sus caminos han sido divergentes han seguido un sentido paralelo. Adam se ha convertido en un personaje importante en la pequeña ciudad de Victoria. El centro cultural que ha creado en un hangar abandonado del viejo puerto funciona ahora a pleno rendimiento: exposiciones, encuentros, conciertos, obras de teatro... También es el redactor jefe de una excelente revista cultural de periodicidad semanal que sigue el modelo de *Village Voice* de Nueva York.

Adam está impresionado al saber que Dorrit vive en París y ha publicado algunos textos en francés.

—Es genial —le dice, con su irresistible sonrisa—. Aunque de todas formas deberías coger un poco de peso. Tengo miedo de que la brisa marina te lleve.

Dorrit se ríe y enciende un cigarrillo. Un silencio se instala entre ellos, se prolonga. Al final, con una voz baja y ronca, Dorrit murmura:

—¿De qué se trataba?

Durante un instante Adam le sostiene la mirada, para estar seguro de haber entendido bien. Luego vuelve los ojos y se aclara la garganta:

—Siempre estabas segura de ti misma... Yo quería, creo, o necesitaba, romper por *una vez* tu serenidad, verte desconcertada y nerviosa, vuelta del revés como un guante por la violencia.

Lentamente, Dorrit asiente con la cabeza.

—Es cierto que no hubo una segunda vez —reconoce.

Nuevo silencio, que Adam rompe finalmente susurrando una sola palabra: «*Sorry*».

Se abrazan. Se quedan así un tiempo, entrelazados, mirando el Pacífico.

Dorrit se suelta lentamente. Se marcha para coger el tren... el avión... el camino de la revolución.

Khieu Ponnary, la mujer de Sar, participa en la tarea revolucionaria. Tiene accesos de locura desde la operación que la dejó estéril, y esos accesos se hacen más frecuentes después del nacimiento de la Kampuchea Democrática. Durante esas crisis Ponnary está convencida no sólo de que los vietnamitas del norte se infiltran en el país sino de que los consejeros más próximos de Pol Pot son microbios que infectan el partido amenazando con volverlo contra su

jefe. *Pone a su marido en guardia.*

De hecho, Sar sufre la misma enfermedad. Nada es estable. El suelo que pisa está minado de mil subterfugios y complots. Hombre escondido, hombre enjaulado, doble y dúplice, supone que sus camaradas se le parecen —que son, como él, unos mentirosos inveterados, unos actores bien entrenados, unos traidores sonrientes—. Cuanto más próximos son, más traidores piensa que son. Sus consejeros y amigos caen uno tras otro.

En una antigua escuela de Phnom Penh en Tuol Sleng, Pol Pot hace instalar un centro de tortura. Designado con el código S-21, es un lugar reservado a los interrogatorios y la ejecución de dirigentes de los jemeres rojos... y de sus mujeres... y de sus hijos: una plaga, la de los informadores y mentirosos que no hacen más que socavar el trabajo de la revolución. Esta disciplina es indispensable para el triunfo de la revolución. El crimen está ahí, agazapado en alguna parte de su ser y se puede y se debe extirpar. Es suficiente con hurgar lo necesario en el cuerpo, y siempre se encuentra. Todos los acusados acaban por confesar, y todos son eliminados.

Bajo la dirección de Kang Kek Ieu alias Douch, más de doce mil hombres, mujeres y niños mueren en el S-21. Los cráneos se amontonan.

El 1 de junio de 1978 Dorrit escribe en su diario (en francés): «La “bomba” de Louis Malle: *La pequeña*. ¿Qué impresiona de esta película? ¿Por qué nos sorprende que una adolescente de doce años (la mitad de mi edad) viva “de forma natural” su condición de prostituida? ¿Es más aberrante ver a una chica de esa edad utilizar los clichés amorosos —“Me pones a mil, cariño”— que ver, en China, a los niños de parvulario recitar los lemas del presidente Mao? ¿Puede alguien creer de verdad que las chiquillas buenas tienen un comportamiento menos programado, más conforme a su pretendida inocencia que esta puta jovencita?

»Frustración del fotógrafo homo, que sueña con rasgar el velo para llegar a la “verdadera” Violette, hacer que se exprese “con su voz”. Pero Violette sabe lo que hace. Ha aprendido de forma precoz que lo que importa no es su placer sino el de los hombres, y a decir “Haré todo lo que quieras”. La aberración consiste en que sea una niña quien desempeña ese papel y luego prohibir la película a los menores de dieciocho años bajo el estricto precepto de mostrar su carnet de identidad. Siendo mayor de edad tengo derecho a saber que se prostituye a las adolescentes».

A finales de junio de 1978 y por mediación de Gérard —que ya no comparte vida con ella pero sigue siendo su amigo y a veces su amante—, Dorrit firma su primer contrato de edición de un libro. Retomando las entrevistas a hombres hechas con Yasmina Salhi para *Temps modernes* dos años antes (y también el título ligeramente sensacionalista de su artículo), se compromete a entregar al editor antes de Navidad el manuscrito de un ensayo titulado *Jouer au papa et à l’amant. De l’amour des petites filles*.

El mismo día en el que se firma el contrato, Kenneth y Alice la visitan en París por primera vez. Se quedan en su casa de la rue des Rosiers una semana. Siguen paso a paso su vida cotidiana. Al cabo de esos ocho días se marchan, asustados. Todo en Dorrit les inquieta desde hace un tiempo: su anorexia, su militancia, su lenguaje estereotipado, su tabaquismo...

Sus padres no son los únicos desconcertados por su comportamiento. A los novios de sus amigas que van a cenar o a tomar el aperitivo a su encantador estudio situado en un ático, les entrega sonriente una tarjeta de visita en la que puede leerse: «La tarjeta que tiene entre las manos ha sufrido un tratamiento químico que en las próximas horas hará que su pene se seque, se encoja y se desprenda». Los hombres se ríen sin ganas, Dorrit no tiene remedio. Tendrían que tomárselo

con humor, se dice a sí misma, igual que nos dicen a nosotras que nos tomemos las bromas sexistas de *Charlie Hebdo*. Después de ver las cifras sobre las mujeres asesinadas por sus cónyuges, los abusos sexuales contra las menores de edad, la prostitución, la pornografía, la ablación, las violaciones en las guerras y la falta de igualdad en los sueldos, no puede hacerles demasiado daño a los hombres tener que reírse sin ganas de vez en cuando.

Envalentonado por su victoria ante Estados Unidos, Hanói pone el ojo en Camboya (como no ha dejado de hacer desde hace miles de años). Pol Pot envía tropas de los jemeres rojos a Vietnam del Norte con la orden de aplicar las técnicas que aprendió con el Viet Minh en 1954: sin cuartel. Un pueblo que se resiste es un pueblo muerto. Jemeres rojos, formados por niños sin familia, reclutados y robotizados, incendian, saquean, violan y matan: decenas de pueblos norvietnamitas son borrados del mapa.

Le Duc Tho —el mismo que, al creer que la paz no estaba aún completamente restablecida, había renunciado a la mitad del premio Nobel en 1973— decide que el vaso se ha colmado. El día de Navidad de 1978, ciento setenta mil soldados vietnamitas conducidos por el general Van Tien Dung invaden Camboya.

Dorrit vuelve a New Hampshire para celebrar la Navidad con su familia.

¡Cómo ha crecido todo el mundo! Louisa, su hermana menor, está a punto de convertirse en enfermera: como su hermano Stephen, se ha instalado cerca de Alison, su madre, en Montreal. Los dos chicos traídos al mundo por Alice en 1961 están ya más altos que Dorrit; en poco tiempo ellos también emprenderán el vuelo. El único niño todavía niño es el pequeño nacido en 1969... el tiempo en el que Dorrit follaba con su profesor de inglés bajo los manzanos en flor.

Qué lejos está ahora esa época hippie. Qué diferente es esta Dorrit que ahora llega a Peterborough, con sus regalos, su conciencia feminista, su acento francés y su sonrisa congelada.

Las festividades van pasando.

El 26 de diciembre, hace un tiempo glacial, aunque soleado. Kenneth le propone a Dorrit dar una vuelta por el bosque. Ella duda, inquieta, preguntándose si el padre va a volver a la carga con su delgadez, su marxismo o su feminismo, pero acaba por aceptar la invitación.

—Una vuelta por el bosque, ¿por qué no?

Padre e hija se abrigan, salen de la casa, andan un rato callados. Finalmente, Kenneth elige la tercera persona para hablar. Y lo hace con una voz insegura y los ojos empañados en unas lágrimas que se desbordan y forman minúsculas estalactitas por su barba.

—¿Cómo una chica que, como tú, ha sido profundamente amada por hombres maravillosos puede juzgar tan duramente a «los hombres» en general? Dorrit, no lo entiendo. Yo no he sido un padre típico, siempre fuera de casa o volviendo nada más que para sentarme a comer en medio de un silencio incómodo. No te he educado tomándote por débil o por idiota. He obligado a tu hermano a lavar los platos lo mismo que a ti. Te he hablado libremente de la vida y del amor. He hecho todo lo posible por romper los estereotipos que encorsetan a la familia tradicional y enseñarte el camino de la libertad... ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué eres tan dura, tan cerrada? ¿De qué forma he contribuido, a pesar de mí, a fabricar una feminista amargada y vengativa? Me opuse a que perdieras la virginidad a los quince años, pero no de una forma autoritaria... y cuando lo hiciste fue con tu plena aceptación, con un hombre al que queríamos los dos y en quien confiábamos.

Después de una pausa, Dorrit responde a su padre con una *lista*,^[29] una especie de *mille tre*.^[30]

—Por ejemplo —le dice—, ese hombre que dices, una noche, me machacó la cara. Por ejemplo, poco importa el tipo de educación del que yo me haya beneficiado, cuando voy sola por la ciudad y soy la presa de los comentarios y los gestos obscenos de hombres de todas las edades y de todos los colores. Por ejemplo, si me paro un momento en una esquina me abordarán y me preguntarán el precio de mi cuerpo. Por ejemplo, todavía hoy, los hombres que se enamoran de mí viven mi independencia intelectual y económica como una amenaza. Por ejemplo, he soportado infinidad de comidas escuchando las acrobacias verbales de unos hombres que me impedían introducir una cuña bajo riesgo de perturbar su equilibrio sobre la cuerda floja de la competencia viril. La cuestión más bien es: si no eres una santa, cosa que no soy, ¿cómo *no* odiar a todos los hombres?

Animada por su propia vehemencia, Dorrit vuelve la cabeza hacia Kenneth para ver el efecto que ha hecho su perorata. Pero su padre ya no está a su lado. Se ha quedado unos metros atrás en el camino, petrificado.

—Qué te pasa —le pregunta Dorrit.

Paralizado, Kenneth es incapaz de soltar una palabra.

—¿Machacado la cara? —balbucea.

—Sí, papá. Ya te lo conté.

—En absoluto. En absoluto. Adam te ha...

—Sí, papá. En Antioch, una noche...

—Dorrit, eso no es posible. Nunca me has dicho nada de eso.

—Lo has olvidado, papá. O entonces es que yo me olvidé de contártelo... a ti expresamente, quiero decir, porque todo el grupo lo sabía. Tuve equimosis, la mandíbula inflamada... Pero, bueno, fue así, tú tendrías la cabeza en otra parte. Y otra cosa además de la cabeza, si me dejas que lo diga.

—Te lo pido por favor, no bromees. Cuéntame lo que pasó.

Entonces, temblando de frío y de rabia, Dorrit le cuenta a Kenneth esa noche de diez años atrás en Antioch. Para no perder el conocimiento ella se dedicó a ese cómputo enfermizo: catorce bofetadas en la mejilla derecha, siete en la izquierda, cifras grabadas para siempre en su memoria, lo mismo que comprendió que *ser mujer significa lavar amorosamente con sus lágrimas los escalones que su hombre subirá para alcanzar la gloria*.

Cuando termina de hablar ya ha empezado a caer la noche.

Sus pasos los devuelven a la casa. Mientras les sirve una tisana para que entren en calor, Alice se sorprende de su silencio.

Unos días más tarde, Kenneth lleva a Dorrit al aeropuerto Logan y la aprieta muy fuerte entre sus brazos. El abrazo se eterniza y, preocupada por no perder su vuelo a París, Dorrit se mueve un poco para liberarse. Pasa la noche de san Silvestre en una fiesta alegre y desenfadada con sus amigas de *Histoires d'Elles*.

Mientras el país es asolado por el conflicto, Pol Pot se dedica a actividades rutinarias. En los primeros días de 1979, la toma por parte de Vietnam de las ciudades de Kratie y Kompong Cham hace comprender a los responsables de la Kampuchea Democrática que sus días están contados. Entre el 4 y el 7 de enero, todos los miembros del gobierno de los jemes rojos huyen, abandonando a su suerte a los cuarenta mil obreros y soldados que aún subsisten en Phnom Penh.

Entre los buenos propósitos de Dorrit para el nuevo año de 1979 está el de comenzar a psicoanalizarse. Encuentra un terapeuta y pide cita. Sin apenas retraso, entrega a la editorial el manuscrito de *Jouer au papa et à l'amant*.

El 5 de enero, en la escuela Tuol Sleng o S-21, todavía continúan los interrogatorios a los dirigentes jemereros rojos sospechosos de traición cuando Douch, el director del centro, recibe un mensaje de Nuon Chea, el hermano n.º 2, ordenándole ejecutar inmediatamente a los detenidos que quedan. Douch obedece, pero no tiene tiempo de destruir los archivos de la prisión. Los archivos caerán en manos de los vietnamitas.

El 9 de enero, Dorrit recibe un telegrama de Kenneth: UNO DE LOS VEINTIUNO HA CAÍDO. Dorrit no entiende nada. ¿Dónde está su padre? ¿Qué le ocurre? Dorrit se preocupa. Espera. Al poco tiempo empiezan a llegar un montón de cartas muy largas en las que Kenneth, exaltado, le cuenta con minuciosidad el castigo tardío al que el Comendador somete a don Juan.

Kenneth ha recorrido en autocar los quinientos kilómetros para ir desde New Hampshire a Montreal, luego ha cogido un tren para hacer los cinco mil kilómetros que hay hasta Vancouver y luego otro autocar y el ferry hasta Victoria. «Deteneos, don Juan.» Para conseguir el número de teléfono de Adam le bastó llamar al semanario cultural del que es redactor jefe. Encantado de oír la voz de su viejo amigo Kenneth, Adam lo citó el día siguiente en su casa.

«Ayer me prometisteis cenar conmigo.» Al cumplirse la hora de la cita, el Comendador se queda algo confundido al descubrir que don Juan está... casado. «Bien, ¿dónde hay que ir?» Su mujer también debe de estar bastante confundida al ver cómo por la mañana temprano irrumpe en su casa un barbudo desconocido y con los ojos desorbitados. Se va a la cocina a preparar café, los dos hombres se instalan en el salón. Empiezan hablando de banalidades, hacen un resumen del camino recorrido por cada uno desde la última vez que se vieron... pero, orientando poco a poco la conversación hacia Dorrit, Kenneth ve aparecer en los ojos de Adam un destello de comprensión, después una llama de terror. En ese intervalo la rabia crece dentro de Kenneth.

«Dadme la mano.»

«Aquí la tenéis.»

Primeras muestras de violencia: Kenneth vuelca algunos muebles. Pánico y confusión en la cara. Llanto de la mujer. Esfuerzos de un amigo llegado como refuerzo para calmar la situación. «Don Juan, obstinarse en el pecado lleva a una muerte funesta...» Bruscamente, Kenneth se tira sobre Adam. «... y rechazar la gracia del cielo es abrirles camino a sus rayos.» «Llamad a la policía!», grita Adam a su amigo. «¡Perfecto! —se alegra Kenneth—, ¡así la ciudad entera de Victoria se enterará de todo!» Nadie hace el menor movimiento en dirección al teléfono. Se sucede una serie de golpes sin tino ni contundencia hasta que llega el placer intenso de un golpe acertado: un directo a la nariz. Ruido de hueso que se rompe. Visión de sangre manando de la nariz.

El 9 de enero de 1979 las tropas norvietnamitas se despliegan en Phnom Penh, mostrando al mundo la realidad de la Kampuchea Democrática: la capital desierta, devastada... los campos estériles... los montones de esqueletos y de cráneos... De forma directa o indirecta, a lo largo de cuarenta y cinco meses en el poder, el régimen de Pol Pot habrá supuesto la muerte de más de un millón de personas, es decir, una quinta parte de la población del país. Camboya se encuentra inerte, igual que un cuerpo completamente vaciado de sangre.

Dorrit está indignada por formar parte de un arreglo de cuentas entre hombres. Igualmente está asqueada al ver cómo su padre ha elegido esa forma melodramática de aliviar su propia

conciencia y eliminar el recuerdo de sus propios deslices del verano de 1969. Herida, finalmente, porque él lo haya hecho sin tomarse la molestia de consultarla —sin saber por tanto que Adam y ella se han visto hace dos años, que Adam le pidió perdón y que de ese modo su historia encontró un desenlace sereno—. *¿Por qué tiene que entrometerse este Comendador?*, se dice Dorrit. *¡Es demasiado tarde! Es demasiado tarde para todo...*

Jouer au papa et à l'amant se publica en abril y provoca entre ella y su padre un frío duradero.

EPÍLOGO

Pol Pot se salvó. Volvió a la guerrilla —en la frontera con Tailandia esta vez, al norte del país, y allí seguirá combatiendo durante cerca de veinte años más. Cercano ya a los sesenta y con deseos de tener descendencia, se divorciará de Khieu Ponnary, volverá a casarse y tendrá una hija a la que llamará Patchata. Continuará viendo complots por todas partes, obsesionado por la idea de que la gente que le rodea lo está traicionando o lo traicionará. En 1997 mandará asesinar, al mismo tiempo que a nueve miembros de su familia, a Son Sen, su antiguo ministro de Defensa y su amigo de cuatro décadas. La dirección del partido lo inculpa, lo juzga y lo condena a vivir bajo arresto domiciliario.

A la hora de hacer balance, piensa que no tiene gran cosa que reprocharse porque sus intenciones eran buenas. Siempre obró por el bien de su país. «Míreme —le dirá sonriendo a un periodista que fue a entrevistarlo unos meses antes de su muerte—. ¿Acaso parezco un hombre violento?»

*

Dorrit también se casará pronto... acaba de encontrar a su futuro marido. Tendrá hijos e incluso nietos. Contra cualquier pronóstico, terminará por disfrutar con la comida y dando de comer, riéndose a carcajadas y relajándose en largas veladas con amigos.

Aunque, año tras año, seguirá torturándose y matándose dentro de sus libros... y sonriendo, fuera de ellos, como si no hubiera pasado nada.

AGRADECIMIENTOS

«Hombre oscuro» debe mucho a los trabajos sobre Camboya de Philip Short, Thierry Cruveiller, François Bizot y Rithy Panh. Aquí quiero mostrarles calurosamente mi agradecimiento. Muchas gracias también a Jean Perret por su apoyo constante a lo largo de este trabajo y a Harry Bernas, Freddy Eichelberger y Cécile Raynal por sus lecturas.

NOTAS

- [1] Cf. *Bad Girl. Classes de littérature*, Actes Sud, 2014. (N. de la A.)
- [2] Sampeah, saludo camboyano. (N. del T.)
- [3] *Barang*, francés en camboyano. (N. del T.)
- [4] *Apsará*, ninfa. (N. del T.)
- [5] Dhamma, conjunto de enseñanzas de Buda. (N. del T.)
- [6] Alguien evolucionado que ha alcanzado el nirvana. (N. del T.)
- [7] Truong Nhu Tang, con la ayuda de David Chanoff y Doan Van Toai, *Mémoires d'un Vietcong*, Flammarion, París, 1985.
- [8] Juego de palabras intraducible. *Toile de jute* en francés es «yute». Les Toiles-de-juteux con el que se denomina el grupo teatral podría ser «Los yuterros», pero también «Las Telas Jugosas», o, «Los lienzos provechosos» en cuanto *toile* puede significar «tela», «lona» o «lienzo», y *juteux*, «jugoso» o «provechoso». (N. del T.)
- [9] Nic Dunlop, *The Lost Executioner, A Story of the Khmer Rouge*, Bloomsbury, Londres, 2005.
- [10] Elizabeth Becker, «Kissinger Tapes Describe Crises, War and Stark Photos of Abuse», *New York Times*, 27 de mayo de 2004.
- [11] Philip Short, *Pol Pot. Anatomie d'un cauchemar*, Denoël, París, 2007.
- [12] Nic Dunlop, *The Lost Executioner*, op. cit.
- [13] Theary C. Seng, *Daughter of the Killing Fields: Asrei's Story*, Fusion Press, Londres, 2005.
- [14] John Pilger, *Year Zero: The Silent Death of Cambodia*, documental de televisión, 1919.
- [15] Rithy Panh, con Christophe Bataille, *L'Image manquante*, película, 2013.
- [16] Malay Phcar, *Une enfance en enfer*, Robert Laffont, París, 2005.
- [17] Chanrithy Him, *When Broken Glass Floats: Growing Up Under the Khmer Rouge*, a Memoir, Norton, Nueva York, 2000.
- [18] *ibid.*
- [19] Nic Dunlop, *The Lost Executioner*, op. cit.
- [20] En castellano en el original. (N. del T.)
- [21] En castellano en el original. (N. del T.)

- [22] Agence France Press. (*N. del T.*)
- [23] Saint-Just, *Des affections*, 6.º fragmento sobre las instituciones republicanas.
- [24] Saint-Just, «Informe sobre la necesidad de detener a las personas reconocidas como enemigas de la Revolución», discurso pronunciado en la Tribuna nacional, 1794.
- [25] Letra de una conocida canción infantil, *Madame Sardine*. (*N. del T.*)
- [26] Aproximadamente «Vamos a dejar / a los chicos sin jugar». (*N. de la A.*)
- [27] «Te voy a joder» o «Enculado». (*N. de la A.*)
- [28] SCUM: Society for Cutting Up Men, «Sociedad para el despedazamiento de los hombres». (*N. de la A.*)
- [29] En castellano en el original. (*N. del T.*)
- [30] Italiano. Catálogo. (*N. del T.*)